
HARLEQUIN
Deseo
Los Kincaid
El hombre al que esperaba
KATHIE DENOSKY

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

EL HOMBRE AL QUE ESPERABA, N.º 89 - Enero 2013
Título original: Sex, Lies and the Southern Belle
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-2608-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo Uno

A Lily Kincaid empezó a hacérsele un nudo en el estómago al pasear la vista por la mesa de la sala de juntas, en torno a la cual estaban sentados su familia y los tres extraños que habían asistido al funeral de su padre, Reginald, el día anterior.

Se habían reunido para la lectura del testamento.

Habían descubierto que su padre había llevado una doble vida durante las tres últimas décadas, y le resultaba tan difícil creerlo como el hecho de que los había dejado. No le cabía en la cabeza que durante todo ese tiempo hubiese tenido una segunda familia en Greenville.

Cuando Harold Parsons, el abogado de su padre, entró con un grueso portafolios y se sentó en la cabecera de la mesa, su aprehensión aumentó. Odiaba que la muerte le hubiese arrebatado a su padre, y que su empresa, la labor de toda una vida, estuviese a punto de ser dividida en acciones.

Pero por encima de todo detestaba el hecho de que su percepción de él no hubiese sido más que una ilusión que se había quebrado y no había forma de reparar.

–Antes de comenzar, me gustaría expresarles mis condolencias por su pérdida –dijo el señor Parsons. La sinceridad de sus sentimientos suavizó su voz, áspera de ordinario–. Conocía a Reginald desde hace muchos años, y echaré mucho de menos su sentido del humor y su ingenio. Recuerdo aquella vez que...

Lily se mordió el labio para que dejara de temblarle cuando el hombre que aseguraba ser su hermanastro, Jack Sinclair, tuvo la grosería de carraspear y mirar el reloj como si tuviera prisa por que acabaran cuanto antes.

¿Cómo podía un hombre bueno y afectuoso como su padre haber engendrado a un hijo tan frío e insensible?

El hermano mayor de Lily, R. J., frunció el ceño y le dijo furibundo:

–¿Acaso tienes prisa por ir a algún sitio, Sinclair?

–Pues la verdad es que sí –respondió Jack sin tapujos–. ¿Cuánto va a llevarnos esto, Parsons?

El señor Parsons lo miró por encima de la montura de sus gafas y frunció las canosas cejas en un gesto desaprobador.

–El tiempo que lleve, joven.

–Jack, por favor... –le rogó Angela Sinclair con voz temblorosa a su hijo, poniéndole la mano en el brazo–. Su corta melena rubia se agitó suavemente cuando sacudió la cabeza–. No hagas esto más difícil de lo que es.

Si las circunstancias hubiesen sido distintas, probablemente habría sentido lástima por aquella mujer. Tanto el día anterior, en el funeral, como en esos momentos, mientras esperaban a que comenzaran la lectura del testamento, era evidente que estaba muy afectada por la muerte del padre de Lily.

Sin embargo, no podía olvidar que había sido la amante de su padre durante los últimos treinta años, y que se había presentado allí como si sus hijos y ella fuesen parte legítima de la familia. Parecía que Angela no había pensado siquiera en lo doloroso que sería aquello para la familia de Lily y para Lily, o que no le había importado cómo pudieran sentirse.

–Disculpad la impaciencia de mi hermano –habló Alan Sinclair, ofreciendo una sonrisa compasiva a Lily y su familia–. Me temo que le está costando superar la muerte de Reginald.

Alan parecía ser completamente opuesto a su hermano mayor. Tal vez porque solo eran hermanos por parte de madre. Mientras que Jack era alto, moreno, de ojos azules, y se comportaba de un modo frío y rudo; Alan era de menor estatura, tenía el cabello rubio y los ojos marrones, como su madre, y parecía comprender la incredulidad y el estupor de Lily y el resto de los Kincaid. No solo habían sufrido un mazazo por la muerte –probable suicidio– de su padre, sino que también habían descubierto que les había ocultado que llevaba una doble vida.

–No te disculpes por mí –gruñó Jack, fijando los ojos en Alan. Había tal animosidad en su mirada, que era evidente que no había afecto alguno entre ellos–. No he hecho nada de lo que tenga que arrepentirme.

–¡Ya basta! –intervino R. J. Se volvió hacia el abogado–. Continúe, por favor, señor Parsons.

–Sí, si tanta prisa tiene el señor Sinclair puede mandarle una carta para que se entere de qué quería legarle nuestro padre –añadió Matt, saliendo en su apoyo.

Matt, que solo tenía unos años más que Lily, había sufrido ya lo suyo. Hacía un año que había enterrado a su mujer, Grace, y estaba criando solo a su hijo Flynn, de corta edad. Perder a su padre también debía haberle evocado recuerdos muy dolorosos.

Lily miró a su madre. Elizabeth Kincaid, la personificación de la genuina dama sureña, había sobrellevado la situación con una elegancia y una calma envidiables, y en ese momento también estaba mostrando bastante entereza, al contrario que las dos hermanas de Lily: Laurel, la mayor, tenía que hacer uso a cada rato de su pañuelo para secarse las lágrimas, y Kara parecía estar en estado de shock.

–Por favor, continúa Harold –le dijo su madre al abogado.

–Muy bien, señorita Elizabeth –respondió el señor Parsons. En el sur la mayoría de los hombres de cierta edad llamaban «señorita» a cualquier mujer ya fuera soltera o casada.

Leyó los prolegómenos, un montón de fórmulas legales, y luego, tras aclararse la garganta, pasó a enumerar la lista de pertenencias que su padre legaba a unos y a otros.

–«En cuanto a mis posesiones personales, me gustaría que fuesen divididas como se especifica a continuación. A mi hijo R. J. le lego la cabaña Great Oak en las Smoky Mountains. A mi hija Laurel le lego la casa de la playa en Outer Banks. A mi hija Kara le lego la casa de veraneo de la isla Hilton Head. A mi hijo Matthew le lego la granja. Y a mi hija Lily le lego la casa del Coronel Samuel Beauchamp en el paseo marítimo de Battery».

Los ojos de Lily se llenaron de lágrimas. Su padre sabía cuánto le gustaban esas mansiones de estilo neoclásico de antes de la Guerra Civil.

El paseo marítimo de Battery era una de las zonas más bonitas de Charleston, y posiblemente de todo el estado de Carolina del Sur, pero no tenía ni idea de que su padre fuera propietario de una de esas mansiones.

Tras enumerar también las propiedades y el dinero que su padre legaba a su madre y a Angela, el señor Parsons añadió:

–Cuando Reginald revisó su testamento escribió estas cartas para

que os las entregara en este día –excepto a Elizabeth, le entregó a cada una de las personas de la sala un sobre cerrado con su nombre escrito en el exterior, y se dispuso a continuar leyendo–: «En cuanto a mi negocio, es mi deseo que se dividan las acciones de la siguiente manera: R. J., Laurel, Kara, Matthew y Lily recibirán cada uno un nueve por ciento de las acciones del Grupo Kincaid. Mi primogénito, Jack Sinclair, recibirá un cuarenta y cinco por ciento de las acciones».

Un largo e incómodo silencio descendió sobre los presentes.

–¿Qué diablos? –la expresión de R. J. era una mezcla de furia apenas contenida e incredulidad.

Lily gimió y sintió náuseas.

¿Cómo podía hacerles eso su padre, y sobre todo a R. J., que era su primogénito legítimo?

R. J. había trabajado sin descanso durante años como vicepresidente del Grupo Kincaid, y todo ese tiempo había creído que un día, cuando su padre decidiera jubilarse, pasaría a ser el presidente.

–Además, eso solo es el noventa por ciento de las acciones –añadió R. J.–. ¿Qué pasa con el otro diez por ciento?

El señor Parsons sacudió la cabeza.

–Por cuestiones de confidencialidad entre abogado y cliente no puedo desvelar esa información.

Cuando las dos partes estallaron en acaloradas protestas y amenazas, una tremenda sensación de ansiedad se apoderó de Lily. Si no salía pronto de allí iba a vomitar.

–Necesito... un poco de aire fresco –murmuró sin dirigirse a nadie en particular.

Se levantó, guardó la carta sin abrir de su padre en el bolso, y abandonó la sala.

Era tal su agitación mientras se alejaba por el pasillo, que iba andando sin mirar y se chocó con alguien. Unas manos fuertes la asieron por los hombros para evitar que se cayera, y cuando alzó la vista el corazón le palpitó con fuerza.

De todas las personas con las que habría podido encontrarse, ¿por qué tenía que ser precisamente Daniel Addison, el dueño y director de Industrias Addison?

Aquel hombre no solo era el competidor más fiero del Grupo

Kincaid, sino también el padre del hijo que llevaba en su vientre, un hijo del que él no sabía nada.

–¿Acaso hay un incendio o algo así? –le preguntó Daniel a Lily, que llevaba dos semanas evitándolo como si tuviera la peste.

–Es que necesito tomar un poco el aire –respondió Lily en un hilo de voz.

A Daniel le dio un vuelco el corazón al ver la palidez del rostro de LIly y la angustia en sus ojos azules. La tarde anterior, en el funeral de su padre, la había visto muy apenada, pero en ese momento parecía que para Lily el mundo se estaba viniendo abajo.

–Vamos –le dijo rodeándole los hombros con el brazo para conducirla hacia la salida.

Cuando llegaron a recepción Daniel se detuvo y le pidió a la persona tras el mostrador que lo disculpase con sus abogados y que se pondría en contacto con ellos para pasar la reunión a otro día, y le pidió que informara a los Kincaid de que iba a llevar a Lily a casa.

Ya en la calle, donde el frío aire de enero casi cortaba, vio a Lily tragar saliva, y supo que le faltaba poco para vomitar lo que hubiera desayunado, así que la condujo hasta la papelera más cercana y le sostuvo hacia atrás la larga cabellera pelirroja mientras devolvía.

–Por favor, márchate y déjame morir en paz –le suplicó ella cuando finalmente pudo incorporarse.

–No vas a morirte, Lily –Daniel le levantó la barbilla con la mano y le secó las lágrimas con un pañuelo.

–Pues ojalá me muriera –Lily inspiró profundamente–, porque si me muriera ahora mismo sería una bendición.

–¿Has venido en tu coche?

–No, vine con mi madre en el suyo.

–Estupendo; así no tendré que mandar a nadie a recogerlo –le rodeó de nuevo los hombros con el brazo y la condujo hacia donde había aparcado.

–Pero es que no puedo irme; mi familia... Solo quería tomar un poco el aire.

–Esto no es negociable, Lily. Es evidente que no te encuentras

bien –cuando llegaron junto a su coche, un Mercedes blanco, Daniel le abrió la puerta–. Sube.

–Está bien, pero en cuanto me hayas dejado en casa te vas –claudicó ella entrando en el vehículo–; no hace falta que te quedes conmigo.

Daniel cerró la puerta y, mientras rodeaba el coche para sentarse al volante, murmuró para sí:

–Ya veremos.

No la dejaría sola si no la veía bien. Podía acusársele de muchas cosas: de ser un hombre arrogante, incluso despiadado en los negocios, y hastiado de todo, pero no era un bastardo insensible que dejaría sola a una mujer destrozada.

Y mucho menos si esa mujer era Lily Kincaid.

Por razones que ni él mismo podría explicar, se había sentido atraído por ella desde el momento en que sus ojos se posaran en ella en la fiesta benéfica de un hospital infantil que su madre había ayudado a organizar el otoño anterior.

Él mismo se había acercado para presentarse, le había pedido que bailara con él, y luego la había invitado a cenar.

La verdad era que no había esperado que le dijese que sí, sobre todo teniendo en cuenta la diferencia de edad entre ellos: trece años, pero para su deleite, Lily aceptó.

De eso hacía ya tres meses, y hasta hacía un par de semanas habían estado viéndose casi cada noche.

Lily era especial, y le hacía sentirse más vivo y menos cínico de lo que se había sentido en años. Lo que no podía comprender era por qué, de repente, había dejado de contestar sus llamadas y a poner excusas para no quedar con él.

Cuando llegaron a la mansión de los Kincaid, giró hacia la antigua cochera, donde Lily vivía casi independiente de sus padres. Aparcó, y alargó la mano para acariciar la suave mejilla de Lily, que se había quedado dormida.

–Ya estás en casa, cariño.

Ella abrió los ojos y se irguió lentamente en el asiento.

–Gracias por traerme –se despidió mientras se colgaba el bolso–. Seguro que tienes un montón de cosas que hacer.

Sin embargo, cuando fue a abrir la puerta se encontró con que Daniel ya había salido del coche y estaba abriéndola.

–Déjame las llaves –le dijo después de ayudarla a bajar.

–Estoy bien, de verdad –insistió ella sacudiendo la cabeza–. No hace falta que me acompañes a la puerta.

–No sería un caballero si no lo hiciera –replicó él sonriendo.

Lily parecía agotada, y quisiera admitirlo o no, los acontecimientos de los últimos días habían hecho mella en su espíritu alegre y libre. Necesitaba a alguien que la ayudara a superar el difícil momento por el que estaba pasando, y estaba decidido a ser ese alguien.

–¿Por qué no te sientas y pones los pies en alto mientras yo preparo un poco de café? –le dijo cuando hubieron pasado al salón, mientras le ayudaba a quitarse el abrigo.

–Para mí no, gracias –respondió ella sacudiendo la cabeza–. Lo último que necesito es cafeína. Es que… llevo unos cuantos días que duermo bien.

Daniel asintió.

–Es comprensible –dijo conduciéndola al sofá–. Sé por lo que has estado pasando estos últimos días, cariño.

–Ni te lo imaginas –murmuró ella sentándose. Sus bonitos ojos azules se llenaron de lágrimas cuando alzó el rostro hacia él y se preguntó en voz alta–: ¿Por qué lo hizo?

Si lo que Daniel había leído en los periódicos era verdad, el padre de Lily había utilizado una de las pistolas de su colección de armas antiguas para quitarse la vida.

Sabía lo unida que Lily había estado a su padre, y lo duro que debía ser para ella que se hubiese suicidado.

–No lo sé, Lily –se sentó a su lado y la abrazó–. Puede que nunca lleguemos a saberlo, y tienes razón, no puedo ni imaginar lo horrible que debe ser, pero estoy seguro de que con el tiempo lo superarás, y de que cuando pienses en él solo recordarás los buenos momentos que compartisteis.

Lily sacudió obstinadamente la cabeza.

–Yo no estoy tan segura. No cuando todo lo que creía saber sobre mi padre ha resultado ser una mentira.

La intención de Daniel había sido consolarla, no hacerla sentir peor.

–Date tiempo. Ahora mismo todo está demasiado reciente como para que puedas pensar con claridad.

–Tú no lo entiendes, Daniel –le espetó ella echándose hacia atrás para mirarlo a los ojos–: la vida de mi padre fue literalmente una gran mentira.

La vehemencia con que había pronunciado esas palabras hizo comprender a Daniel que detrás de lo que se decía en la prensa había mucho más, y también que Lily necesitaba echarlo fuera.

–¿Qué te hace pensar eso?

Ella vaciló un instante, y una lágrima primero, y después otra, rodaron por sus mejillas.

–Supongo que debería decírtelo, porque a finales de semana seguro que se habrá convertido en la comidilla de Charleston.

–Te escucho.

–¿Te fijaste en la mujer rubia y los dos hombres jóvenes que estaban sentados justo detrás de mi familia en el funeral?

Daniel asintió.

–¿Son parientes?

–No. Bueno, sí –Lily se secó las lágrimas con el dorso de la mano–. A decir verdad no estoy segura de qué nombre darles. Eran la otra familia de mi padre –le explicó con amargura–. Durante los últimos treinta años, todos esos viajes de negocios no eran más que excusas para ir a Greenville, para estar con esa mujer y sus dos hijos.

Daniel jamás se habría esperado algo así de Reginald Kincaid.

–A ver si lo he entendido –dijo lentamente, tratando de digerir aquella información–: ¿Tu padre tenía otra esposa y dos hijos más?

–En realidad el hijo mayor de Angela Sinclair, Jack, es mi hermanastro; el menor, Alan, es hijo de su marido, que ya falleció.

–¿Jack Sinclair es tu hermanastro? –repitió anonadado.

Daniel había oído hablar de aquel hombre, famoso por el éxito del negocio que había iniciado: la empresa de mensajería Carolina Shipping.

–¿Pero no acabas de decir que es el mayor? –le preguntó a Lily–. ¿Cómo puede ser que su hermano pequeño sea hijo de otro hombre?

–Mi padre y Angela se enamoraron siendo muy jóvenes, pero mis abuelos se opusieron a su relación porque decían que no era la chica adecuada para él –Lily se levantó y empezó a andar arriba y abajo mientras hablaba–. Querían que se casara con alguien que

afianzase su posición social.

Daniel sabía muy bien cómo funcionaban esas cosas en el sur. Su madre provenía de una familia que había ido aumentando su fortuna a lo largo de varias generaciones y se hallaba firmemente enraizada en las filas de la élite de Charleston.

Ella y sus amigos despreciaban a cualquier rico cuya fortuna no se remontara al menos cuatro generaciones, o cuyo árbol genealógico no contase, como mínimo, con uno o dos antepasados que hubiesen sido oficiales durante la Guerra Civil.

–En un acto de rebeldía mi padre se alistó en el Ejército. Como le destinaron a una unidad de operaciones especiales había meses enteros durante los que nadie podía comunicarse con él –continuó Lily–. Y según nos enteramos ayer en el funeral, Angela no pudo hacerle saber que estaba embarazada, y para cuando lo mandaron de vuelta a casa porque lo habían herido en combate, ella parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Mi padre creyó que se había cansado de esperarlo, y rehizo su vida.

–Así que al no poder encontrarla... ¿claudicó ante sus padres y se casó con tu madre? –adivinó Daniel.

Lily asintió.

–La familia de mi madre, los Winthrop, eran gente acomodada y de rancio abolengo, pero a mediados de los setenta su fortuna se había reducido casi a la nada, y estaban desesperados por mantener su estilo de vida y continuar dentro de los mismos círculos sociales.

Aunque Daniel detestaba el esnobismo y las pretensiones de esa clase de gente, había crecido en ese mundo y no le era ajeno.

Había visto a muchas de las viejas familias sureñas tragarse el orgullo e instar a sus hijos e hijas a casarse con uno de los nuevos ricos, porque si no lo hacían, la falta de dinero hacía que la gente de su entorno les diese la espalda y se veían aislados.

–Así que resultó ventajoso para las dos familias el que tu padre y tu madre se casaran –dijo asintiendo con la cabeza–: tu familia paterna subió unos cuantos puestos en la escala social, y tu familia materna consiguió el respaldo económico que necesitaba para no caer en desgracia.

–Creo que eso lo resume a la perfección.

–¿Y cómo volvieron juntos tu padre y Angela? ¿Y su marido?, ¿cómo encaja en esa ecuación?

–Al parecer los padres de ella le dieron a escoger entre casarse con Richard Sinclair o dar en adopción a su hijo –Lily sacudió la cabeza–. En esas circunstancias yo habría hecho lo mismo que hizo ella: casarse con un hombre al que no amaba para no perder a su bebé.

Daniel frunció el ceño.

–¿Y qué le pasó a Sinclair?, ¿cómo murió?

–No lo sé. Solo sé que se casaron, se mudaron a otro estado donde Angela dio a luz a Jack, y unos años después se quedó embarazada de Richard y tuvieron a Alan. Richard murió poco después.

–O sea que desapareció de escena, y tu padre y Angela se reencontraron –dijo Daniel pensando en voz alta.

Lily suspiró con pesadez.

–No sé cómo la encontró, pero sí, lo hizo, y cuando descubrió que había traído al mundo un hijo suyo, le compró a ella, a Jack y a Alan una casa en Greenville. Por lo que sé ella se mataba para sacar adelante a sus hijos con su salario de enfermera, y su vida se volvió mucho más fácil a partir de entonces. Luego mi padre empezó a ausentarse por supuestos viajes de negocios cada vez más frecuentes, cuando en realidad lo que hacía era ir a pasar tiempo con ellos.

Daniel sacudió la cabeza con incredulidad.

–¿Y os enterasteis de todo esto ayer, en el funeral?

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Lily, y tuvo que morderse el labio para que dejara de temblarle antes de contestar:

–Sí, pe-pero de lo que nos hemos enterado esta mañana, en la lectura del testamento, es mucho peor.

–¿De qué se trata?

–Mi padre lega en su testamento la mayor parte de las acciones del Grupo Kincaid a Jack Sinclair, mientras que a mis hermanos y a mí nos ha legado solo un nueve por ciento a cada uno –respondió Lily secándose otra lágrima que había rodado por su mejilla–. Mi padre hizo creer a R. J. y a Matthew que algún día ellos dirigirían el Grupo Kincaid. Algún día… ¿Cómo pudo traicionarles a ellos, a nuestra madre… a todos, de esta manera?

Daniel fue junto a ella y la rodeó con sus brazos. Lily rompió a llorar contra su pecho, igual que el agua sale a raudales cuando se

abren las compuertas de una presa.

No le gustaba ver llorar a una mujer; se sentía incómodo, no sabía qué hacer.

Quería ayudarla, pero por desgracia solo el paso del tiempo curaba el dolor y la angustia que provocaba la muerte de un ser querido.

Él lo sabía de primera mano: había perdido a su padre quince años atrás por un ataque al corazón.

Claro que, por el contrario, la decepción que sentía Lily por la traición de su padre tal vez no desapareciera nunca.

–Ya estoy más tranquila –dijo Lily echándose hacia atrás.

–¿Segura? –inquirió él, reacio a soltarla.

Ella asintió y volvió al sofá para acurrucarse en un rincón.

–Te agradezco que me hayas traído a casa, y en otras circunstancias te invitaría a quedarte un rato, pero estoy muy cansada.

A Daniel le dolió que estuviese echándolo con cajas destempladas, pero era verdad que parecía exhausta.

No era el momento de averiguar por qué de repente ya no tenía tiempo para él.

–Lo comprendo. Volveré esta tarde para ver cómo te encuentras –le dijo tomando el abrigo del perchero.

–Agradezco tu preocupación, pero estoy bien, de verdad –insistió ella, ahogando un bostezo tras su delicada mano.

Lily apoyó la cabeza en el respaldo del sofá.

–No hace falta que vuelvas –le dijo.

Daniel se puso el abrigo y sacudió la cabeza mientras se dirigía a la puerta.

–No es molestia –dijo–. Compraré algo de comer y me acercaré sobre las seis.

Esperaba que Lily volviera a protestar, pero cuando se volvió vio que tenía los ojos cerrados y estaba dormida.

Mejor así, pensó acercándose para taparla con una colorida manta de ganchillo que colgaba del respaldo del sofá.

–Que descanses, cariño –susurró antes de inclinarse para besarla en la frente.

Al cerrar tras de sí, Daniel admitió para sus adentros que estaba aprovechándose de la situación.

Con su comportamiento Lily le había dejado claro que no quería que siguieran viéndose y él había respetado su voluntad, pero no podía alejarse de ella sin una explicación de por qué había cambiado de opinión respecto a lo suyo.

Entró en el coche, se sentó al volante y se quedó un buen rato allí pensativo, mirando la antigua cochera.

La verdad era que no estaba seguro de por qué necesitaba saberlo.

Quizá fuera porque había sido Lily quien había roto la relación. O quizá fuera que su orgullo no le permitía olvidar el asunto sin hacer a Lily confesar por qué ya no quería que siguieran viéndose.

Fuera cual fuera la razón, sin embargo, estaba decidido a ayudarla a superar el mal trago que estaba pasando. Luego ya habría tiempo de buscar respuestas.

Capítulo Dos

Al despertar y ver que Daniel había hecho lo que le había pedido –dejarla sola–, el sentimiento de decepción que la invadió contrarió a Lily.

–Por Dios, contrólate –masculló irritada consigo misma, apartando la manta de ganchillo para incorporarse.

Daniel Addison no era el hombre adecuado para ella, y cuanto antes se lo metiera en la cabeza, mejor. Además, desde que habían empezado a verse había sabido que lo suyo terminaría antes o después. Porque así debía ser. Eran opuestos en todo y esperaban cosas completamente distintas de la vida.

Ella quería amor, casarse y tener hijos. En cambio él, después de un amargo divorcio años atrás, eso era lo último que querría. Lo único que buscaba eran romances pasajeros, en los que no tuviera que implicarse emocionalmente, ni comprometerse y, por supuesto, no quería niños.

Y por si ella no lo hubiera sabido ya, por lo que se decía de él en los actos de sociedad de Charleston, su madre se había deleitado contándoselo.

Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar lo mal que la había tratado la madre de Daniel en la cena a la que había acudido con él en la casa de esta justo antes de Navidad. Podía decir, sin temor a equivocarse, que la madre de Daniel era la mujer más fría y desagradable que había conocido en toda su vida.

Había llegado incluso a acusarla de que estar saliendo con Daniel para mejorar su posición social, sugiriendo que como su padre era un nuevo rico, no merecía codearse con aquellos cuyas fortunas se remontaban varias generaciones.

El solo pensar en tener que volver a verla la hacía estremecer. Sin embargo, peor que eso era el hecho de que Charlotte Addison era la abuela del hijo que llevaba en su vientre.

Lily se mordió el labio. En algún momento tendría que decirle a Daniel que iba a tener un hijo suyo, ¿pero cómo?

¿Cómo iba a decirle a un hombre que no quería tener hijos, que iba a ser padre lo quisiera o no? ¿Intentaría convencerla para que no lo tuviera?

Puso una mano protectora sobre su vientre aún liso. La verdad era que no lo creía capaz de algo así, pero aunque lo hiciera le daría igual. Era su bebé, y lo quería con todo su corazón.

Se levantó, fue hasta su estudio y miró las ilustraciones que estaba dibujando para un libro infantil. Los niños eran muy importantes para ella, y no alcanzaba a entender que hubiese alguien que no quisiera hijos, con lo que le enriquecían a uno la vida.

En fin, Daniel se lo perdía, pensó con tristeza, dejando escapar un suspiro tembloroso. Pero quisiera o no formar parte de la vida del bebé, tenía derecho a saber que estaba embarazada, y se lo diría; tan pronto como encontrara el momento.

De pronto sonó el teléfono. Era su hermana mayor, Laurel.

–¿Cómo estás, Lily? –le preguntó preocupada.

–Ya estoy mejor –respondió ella con una sonrisa.

Adoraba a su familia, y lo bien que se llevaban, pero todavía no les había dicho que estaba embarazada, y no sabía cómo hacerlo. Estaba segura de que la apoyarían, pero todos estaban ocupados con sus vidas y detestaba añadir sus problemas a los que estaban teniendo en esos momentos.

Laurel, como relaciones públicas del Grupo Kincaid, tendría que apechugar con el revuelo que el escándalo de su embarazo causaría en los medios. Y estaba tan atareada preparando su boda que Lily se sentía fatal de pensar que iba a hacerla cargar con eso también.

–Como te fuiste corriendo esta mañana quería asegurarme de que estabas bien –dijo Laurel.

–No podía soportar seguir allí ni un segundo más –contestó Lily–. Todavía no puedo creer que papá le haya dejado la mayor parte de la compañía a ese hombre detestable.

–Lo sé. Vamos a intentar averiguar quién es la persona a la que ha ido a parar el otro diez por ciento de las acciones. Si conseguimos que sume su voto al nuestro cuando se celebren las juntas, conseguiremos controlar la situación. No nos queda otro remedio. Cuando te marchaste Jack le dijo a R. J. y a Matt que esperaba para final de mes un informe de los activos, los gastos, el

crecimiento previsto y un listado completo de los clientes del Grupo Kincaid.

–¿Y qué pretende hacer con eso? –preguntó Lily.

¿Acaso tenía intención de venderles sus acciones a un precio desorbitado? ¿O quizá quisiera dividir la compañía y venderla pieza por pieza?

–No tenemos ni idea –contestó Laurel con un suspiro–, pero estoy segura de que si hay un modo de recuperar el control, R. J. y Matt lo encontrarán.

En ese momento sonó el timbre de la entrada.

–Tengo que dejarte, Laurel. Están llamando a la puerta. Mañana hablamos. Te quiero.

–Y yo a ti –respondió su hermana antes de colgar.

Lily dejó el teléfono en la base y fue a abrir. Pensó que sería uno de sus hermanos, preocupado también por ella después de cómo se había ido esa mañana del bufete, pero a quien se encontró al abrir la puerta fue a Daniel, que llevaba una bolsa de papel en una mano y una botella de vino en la otra.

–Como has tardado estaba empezando a pensar que a lo mejor todavía estabas durmiendo –dijo pasando al salón.

–¿Qué estás haciendo aquí? –inquirió ella cerrando la puerta.

Daniel giró la cabeza y le dijo con una sonrisa indulgente:

–¿Ya no te acuerdas? Te dije que volvería con algo de cenar sobre las seis.

Lily frunció el ceño.

–Recuerdo que te dije que no hacía falta que volvieras, pero no recuerdo que dijeras que fueras a traer comida.

–A lo mejor es que cuando te lo dije ya te estabas durmiendo –respondió él.

Sacó unos envases de cartón y los puso sobre la mesa que había en el rincón del salón que Lily usaba como comedor.

–¿A lo mejor? –Lily sacudió la cabeza–. Seguro que esperaste a que estuviera dormida para decirlo y que no me pudiera negar.

Daniel se encogió de hombros antes de quitarse el abrigo e ir a dejarlo sobre el respaldo de uno de los sillones.

–Fuera como fuera lo mencioné –volvió a la mesa y tomó la botella de vino–. Además, de todos modos tienes que cenar, y pensé que no estarías de humor para cocinarte nada.

Aunque de los envases de cartón se desprendía un aroma delicioso y ella estaba muerta de hambre, Lily no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente.

–Podría tener planes para esta noche.

–Pero no los tienes –repuso él con una sonrisa que hizo que una ola de calor la invadiera–. Anda, vamos a sentarnos antes de que se enfríe.

Si algo había aprendido de Daniel Addison en los últimos meses era la apabullante confianza que tenía en sí mismo. Ojalá ella la tuviera también; le sería más fácil decirle lo de su embarazo.

Cuando lo vio alcanzar dos copas del mueble bar sacudió la cabeza y le dijo:

–Para mí no; tomaré un vaso de leche.

Él dejó una de las copas.

–Supongo que es lo mejor, después de haber vomitado esta mañana –dijo mientras descorchaba la botella.

Lily no hizo ningún comentario al respecto y fue a la cocina a por la leche.

Mejor que Daniel estuviera sentado cuando le dijera el motivo por el que había vomitado y por qué no iba a tomar vino con la cena.

Cuando volvió al salón no le sorprendió ver que Daniel había sacado del aparador unos platos, cubiertos, servilletas y dos manteles individuales que estaba colocando en la mesa.

Era un hombre que tenía por costumbre tomar las riendas.

En cuanto veía que había algo que hacer no vacilaba; se ponía manos a la obra. Un cosquilleo le recorrió la espalda a Lily al recordar las mágicas sensaciones que provocaban en ella esas manos cuando...

–Lily, ¿estás bien? –inquirió él, devolviéndola al presente.

–Eh... pues claro; ¿por qué lo preguntas?

Tenía que dejar de pensar en lo que habían compartido; lo suyo no tenía futuro.

Una sombra de duda oscureció los ojos azules de Daniel.

–No sé, no pareces tú. Te noto preocupada por algo, cariño.

Cada vez que la llamaba así Lily ansiaba poder volver atrás unos cuantos meses, cuando apenas habían empezado a salir y todo era mucho más simple. Entonces la madre de Daniel no le había dicho

aquellas cosas horribles, y ella no había sabido que su padre, el padre al que tanto había querido, llevaba una doble vida.

–Solo estaba pensado en cómo eran las cosas antes de las Navidades –dijo sacudiendo la cabeza–. Jamás hubiera imaginado que serían las últimas Navidades con mi padre, ni que empezaríamos el año con su funeral y con un escándalo familiar.

Cuando Daniel le quitó el vaso de leche de la mano para dejarlo en la mesa y trató de rodearla con sus brazos, Lily le puso las manos en el pecho para mantenerlo a distancia. No podía permitirse volver a caer bajo su embrujo.

–Daniel, por favor, no... –le suplicó.

–Shh... Necesitas a alguien en quien apoyarte ahora mismo.

–Sí, pero no en el sentido literal.

Daniel se rio suavemente.

–Bueno, yo creo que el sentido literal no es tan malo –murmuró atrayéndola hacia sí.

Y Lily, que de pronto se sentía demasiado cansada emocionalmente como para resistirse, apoyó la cabeza en su pecho. Aunque solo fuera por un instante quería olvidar que las últimas semanas no habían ocurrido y fingir que su vida era como siempre había sido: alegre y despreocupada.

Sin embargo, el sentir los duros músculos pectorales de Daniel contra su mejilla, los latidos de su corazón y sus fuertes brazos en torno a ella le hizo ansiar cosas que...

No, aquello no podía ser.

Se irguió, e iba a apartarse de él cuando sus ojos se encontraron. No lograba apartar la vista, igual que un animal deslumbrado por los faros de un coche acercándose a él. Daniel estaba inclinando la cabeza para besarla, y por algún motivo Lily era incapaz de recordar por qué debía impedírselo. De pronto, sin embargo, le hizo ruido el estómago, recordándoles a ambos que no había comido nada desde el desayuno.

Daniel inspiró profundamente, la besó en la frente y sonrió.

–Me parece que alguien tiene hambre.

–Ya lo creo –respondió ella aliviada mientras se sentaban–. Bueno, sorpréndeme: ¿qué es eso que huele tan bien?

–Pollo asado y rosbif de Miss Pauline’s Southern Cupboard. No sabía qué te apetecería más, así que he traído las dos cosas.

–Creo que tomaré un poco de los dos. Me encanta la comida de Miss Pauline's.

–También he traído puré de patatas con salsa, judías verdes, frituras de maíz y pan de maíz recién hecho –dijo alcanzando el plato de Lily para servirle–. Y asegúrate de dejar sitio para el pastel de manzana.

–Podemos servirlo con un poco de helado de vainilla que tengo en el congelador; le irá bien.

Mientras disfrutaban de la deliciosa comida, a Daniel le sorprendió el apetito de Lily. Nunca la había visto comer con semejante fruición.

–Parece que llevaras sin comer una semana entera –bromeó, poniendo otra fritura de maíz en su plato antes de alargar la mano para tomar el envase de las judías verdes.

Lily se mordió el labio inferior, como si estuviera pensando qué decir.

–Es que esta mañana no tenía apetito y apenas desayuné: solo una taza de té y un par de galletas. Y luego, como me quedé dormida se me ha pasado la hora del almuerzo –respondió–. Ya sé que esta clase de comida no es la más saludable, ¿pero quién se puede resistir? –añadió con una sonrisa antes de llevarse a la boca puré de patata.

–No creo que haga daño darse un capricho de vez en cuando – comentó Daniel–. Lo malo es si comes así todos los días, porque el colesterol te obstruye las arterias y te hace engordar.

Tan pronto como esas palabras cruzaron sus labios Daniel deseó no haberlas pronunciado. Si algo había aprendido de su desastroso matrimonio era que no era una buena idea sacar a colación el tema de los kilos delante de una mujer.

Lily dejó el tenedor en su plato y lo miró fijamente.

–¿Te parece que he engordado?

«¡Genial, Daniel! Ya has metido la pata. ¿Y ahora cómo piensas salir de esta?».

–Yo no he dicho eso –replicó escogiendo las palabras con cuidado–. Solo he dicho que esta clase de comida engorda si se come así todo el tiempo.

Para su sorpresa Lily encogió un hombro y sonrió.

–Bueno, supongo que engordar unos kilos tampoco es el fin del

mundo, ¿no?

Daniel se quedó boquiabierto. Su ex, Charisma, habría montado una discusión de aquello, habría estado insoportable durante un mes, y habría tenido que comprarle alguna joya carísima o renovar todo su vestuario para apaciguarla. Lily, en cambio, no pareció darle más importancia.

En todo caso, como era preferible no tentar a la suerte, se levantó y tomó los platos de ambos para llevárselos a la cocina.

–Traeré el helado.

–Espera, te ayudaré –dijo ella incorporándose.

Daniel sacudió la cabeza con una sonrisa.

–No hace falta. Quédate ahí sentada y relájate. Has tenido un día difícil, y aunque yo no me manejo demasiado bien en la cocina, estoy seguro de que puedo sacar un par de bolas de helado de la tarrina.

Minutos después estaba de nuevo sentado a la mesa con ella.

–Umm... está buenísimo –murmuró Lily, cerrando los ojos para saborear el trozo de pastel que acababa de llevarse a la boca.

La expresión de placer que se dibujó en su rostro le recordó a Daniel otra similar que habían adquirido sus facciones cuando habían hecho el amor. Una ola de calor afloró en su vientre al recordar también lo apasionada que Lily se había mostrado.

Tragó saliva e intentó pensar en otra cosa. Y tal vez lo habría conseguido si Lily no hubiese escogido ese momento para lamer una pizca de helado que se le había quedado en los labios. Aquello le recordó los muchos talentos que tenía Lily con la lengua, y tuvo que moverse en su asiento porque de repente se notaba tirante la entrepierna.

¿Cuándo se había convertido en algo tan erótico el simple hecho de tomar pastel de manzana con helado?

–¿No quieres más? –le preguntó Lily, ajena a sus pensamientos.

Daniel se quedó mirando su plato. No, en ese momento lo que le apetecía era otra cosa. El recuerdo del exquisito cuerpo de Lily apretado contra el suyo había hecho que se le secara la boca.

Tomó su copa, bebió un sorbo de vino, y ordenó mentalmente a su cuerpo que se relajara.

–¿Estás bien? –inquirió Lily, alargando la mano para robarle un poco de helado con su cucharilla.

Daniel asintió, sorprendido de nuevo por el apetito de Lily.

–La verdad es que estoy bastante lleno. Si quieres podemos compartirlo –tomó un poco de helado con su cucharilla y la acercó a los labios de ella.

Lily lo miró a los ojos al abrir la boca, y al instante Daniel supo que había cometido un error. En sus treinta y ocho años de vida nunca había experimentado algo tan provocativo como aquello: tener los ojos de Lily clavados en los suyos mientras sus labios se cerraban en torno a la cucharilla.

Probablemente era su libido recordándole que hacía casi tres semanas de la última vez que habían hecho el amor.

–Detesto tener que marcharme –dijo de sopetón mirando el reloj–, pero acabo de acordarme de que tengo que hacer una llamada al extranjero tan pronto como abran los mercados en Japón.

Lily estaba pasando por un mal momento, y aunque nunca había sido su estilo aprovecharse de la vulnerabilidad de una mujer para seducirla, si no salía pronto de allí sería exactamente eso lo que acabaría ocurriendo.

–Gracias por la cena –Lily dejó la servilleta junto a su plato–. Estaba todo delicioso.

–Ya sabía yo que te iba a gustar el menú que elegí –respondió él levantándose.

Ayudó a Lily a recoger la mesa, y fue al salón a por su abrigo.

–Me pasaré mañana a ver cómo te encuentras.

Lily lo acompañó a la puerta.

–Agradezco tu preocupación, Daniel, de verdad, pero no es necesario. Puede que me lleve algún tiempo, pero me repondré.

Parecía que Lily estaba otra vez queriendo darle puerta, y aquello no le sentó nada bien. Sin pensar, levantó la mano y le acarició la suave mejilla con el dorso de la mano. Mientras escrutaba su rostro, preguntándose qué estaría pensando, Lily se tambaleó, inclinándose inconscientemente hacia él. Aquella era la prueba de que todavía lo deseaba, pensó. Le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí.

–Daniel, no...

–Shh... no luches contra ello, cariño –murmuró rozando sus labios contra los de ella.

Quería recordarle lo apasionadamente que había respondido siempre a sus caricias.

La tentó con besos tan leves como el roce de una pluma, tanteando las aguas para ver si le permitía continuar. Cuando Lily gimió suavemente y se aferró al frontal de su camisa con ambas manos, como si temiera perder el equilibrio, sintió una punzada de satisfacción.

Fuera cual fuera la razón por la que había estado intentando distanciarse de él, desde luego no era porque ya no lo deseara.

Se contuvo a duras penas para no hacer el beso más profundo. Se había demostrado que estaba en lo cierto, y aunque estaba dispuesto a hacer lo imposible para volver a estar con ella, quería que la frustración de Lily fuera en aumento hasta que no pudiera ya negar su deseo.

–Nos vemos mañana –le dijo, apartando las manos de ella de su camisa para dar un paso atrás.

Daniel sonrió al ver reflejados en el rostro de Lily la confusión y la decepción que no pudo ocultar. Luego, antes de que ella pudiera recobrar el habla y protestar, abrió la puerta y salió fuera, donde reinaba la oscuridad de la noche.

Su cuerpo palpitaba de deseo, y estaba seguro de que iba a pasarse la noche sin pegar ojo, pero no le importaba cuánto tuviese que sufrir si al final conseguía volver a tener a Lily en su vida y en su cama. Solo esperaba no volverse completamente loco antes de que eso ocurriera.

Lily se quedó mirando la puerta cerrada sin poder creer el millar de emociones contradictorias que zumbaban en su interior. Había querido que Daniel la besara de verdad, no que solo la tentase hasta el punto de llenarla de frustración. Pero eso era lo que había ocurrido, y la decepción de que no la hubiera besado hasta dejarla sin aliento la hizo sentirse profundamente irritada consigo misma por desearlo.

Sacudió la cabeza mientras se daba la vuelta para ir a la cocina a poner el lavavajillas. No podía creerse que hubiera estado a un paso de mandar a paseo el sentido común y dejarse llevar por los besos de Daniel.

Gracias a Dios que él se había apartado y no había ido más allá, porque ella no habría sido capaz de resistirse, y no podía sucumbir a la atracción que sentía hacia él.

Tomar la decisión de dejar de verlo había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida, pero era la única manera de asegurarse de que no sufriría aún más cuando le dijera que estaba embarazada y se alejara de ella. Buscaban cosas distintas en la vida, y era mejor poner fin a aquello antes de que su corazón acabara hecho añicos.

Sin embargo, eso no explicaba por qué no había sido capaz de decirle lo del bebé cuando él se había fijado en su voraz apetito. Había sido la oportunidad perfecta y la había desperdiciado.

Probablemente la culpa la tenían sus hormonas. O eso, o tenía miedo a decírselo, porque entonces sabría de verdad si le interesaba por algo más que el sexo.

Todavía no podía creerse todo lo que había ocurrido en los últimos días, pensó mientras metía las cosas en el lavavajillas y lo ponía en marcha. Especialmente lo que se había desvelado durante la lectura del testamento de su padre esa mañana.

Fue entonces cuando recordó que el señor Parsons les había dado a cada uno una carta. Se había olvidado por completo tras chocarse con Daniel.

Fue al salón y se quedó mirando su bolso, que descansaba sobre la mesita del salón.

Cuando reunió el valor suficiente para sentarse en el sofá y alargar el brazo para tomarlo no estaba segura de estar preparada para leer lo último que su padre había querido decirle, pero dudaba que fuera a estarlo nunca.

Tras sacar el sobre del bolso con manos temblorosas, se quedó un buen rato mirando su nombre, escrito de puño y letra de su padre.

Después de saber que les había estado engañando durante todos esos años, ¿podría creer una sola palabra de lo que le hubiera dejado escrito en esa carta?

Finalmente decidió que la única manera de saberlo sería leyéndola.

Inspiró profundamente, le dio la vuelta al sobre y rompió el sello de cera que lo cerraba. Cuando sacó la carta un sollozo escapó de su

garganta al ver la fecha.

Su padre la había escrito solo unos días antes de morir.

Mi queridísima Lily:

Una de las mayores alegrías de mi vida ha sido haber sido para ti tu caballero andante: ya fuera expulsando a los monstruos de tu armario cuando eras niña, cuando te hacías una herida en la rodilla al caerte y yo depositaba un beso en ella para que se curara, o cuando me hablabas de tus sueños y ambiciones antes de marcharte a la universidad.

Cada segundo del tiempo que hemos pasado juntos ha sido muy especial para mí, y querría seguir siendo siempre en tu mente ese caballero de brillante armadura, pero por desgracia, mi pequeña Lily, no soy más que un hombre como los demás, con mis defectos.

Para cuando leas esto habrás descubierto que tu padre fue un hombre con pies de barro y no el caballero andante por el que me tenías.

Nunca fue mi intención decepcionarte, y espero que algún día puedas perdonar mis debilidades. Oigas lo que oigas de mí, quiero que sepas que lo que nos unía no solo era real, sino que además era algo muy importante para mí.

Una de las cosas que compartimos fue nuestro amor por el distrito histórico de Charleston. Por eso te dejo la casa del Coronel Samuel Beauchamp en el paseo marítimo de Battery. Es uno de los exponentes más hermosos de la arquitectura sureña y, por las tardes de sábado que pasamos en los jardines de White Point cuando eras niña, sé que es tu favorita.

Puede que te topes con cierta resistencia por parte de la antigua dueña, Charlotte Addison, pero mantente firme, Lily. Eres una mujer fuerte y capaz. Sea cual sea la decisión que tomes con respecto a la propiedad, estoy seguro de que será la correcta.

Te quiero, Lily, y no tengo ninguna duda de que cuando ya no esté encontrarás en tu interior la fortaleza necesaria para enfrentarte a los desafíos que la vida ponga en tu camino.

Desde el día en que naciste has sido mi princesita, un rayo de sol que iluminó mi vida, y me siento bendecido por haberte tenido como hija.

Con cariño,

Papá

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Lily cuando volvió a doblar la carta y a meterla en el sobre.

En lo más hondo de su corazón siempre había sabido que el cariño de su padre no podía haber sido una mentira, pero el dolor y la decepción que se había llevado por lo ocurrido en los últimos días habían arrojado sombras que la habían hecho cuestionarse lo que sabía que era cierto: que hubiese hecho lo que hubiese hecho, su padre la había querido.

Sin embargo, por desgracia iba a llevarle algún tiempo superar el hecho de que le hubiese legado la mayor parte de las acciones del Grupo Kincaid a Jack Sinclair, dejando prácticamente fuera de escena a sus hijos legítimos. Lily exhaló un pesado suspiro.

Y luego estaba la traición hacia su madre, aunque no parecía tan dolida como Lily había pensado que se sentiría por las chocantes revelaciones que se habían producido.

–¿En qué estabas pensando, papá? –murmuró.

Mientras permanecía allí sentada, preguntándose qué habría esperado conseguir su padre con aquellas decisiones inexcusables que había tomado, recordó de pronto algo que había leído en la carta.

La sacó rápidamente del sobre y releyó el párrafo sobre la mansión Beauchamp. La anterior propietaria era Charlotte Addison, la desagradable madre de Daniel. Por amor de Dios... ¿En qué lío la había metido su padre?

Capítulo Tres

Cuando por fin se le habían pasado las náuseas matutinas, tras un par de horas, Lily se había sentado a su mesa de dibujo, pero llevaba un buen rato con el codo apoyado en la mesa y la barbilla en la mano, con la mirada perdida, incapaz de concentrarse en el trabajo.

Desde que había leído la carta de su padre no había podido dejar de pensar en qué iba a hacer respecto a la mansión Beauchamp.

Nunca la había visto por dentro, pero el exterior de aquel edificio de antes de la Guerra Civil siempre la había cautivado. Se le dibujó una sonrisa en los labios al recordar cómo de niña había imaginado lo maravilloso que sería estar en el mirador sobre el tejado y fingir que era una princesa, observando desde las alturas todo su reino. Y ahora esa mansión, que le había parecido siempre tan grandiosa como un castillo de cuento, era suya.

¿Pero qué demonios iba a hacer con ella? Era enorme, y ella no necesitaba todo ese espacio. ¿Y qué había querido decir su padre con aquello de que encontraría oposición por parte de Charlotte Addison?

Como no estaba avanzando nada con el trabajo, acabó por levantarse de la mesa de dibujo para ir hasta el escritorio donde tenía abierto el ordenador portátil. Tal vez lograse encontrar en Internet algunos datos acerca de la historia de la mansión, y qué conexión tenía la madre de Daniel con ella. Algunas de las mansiones del paseo marítimo de Battery había pasado de una generación a otra, y jamás habían sido habitadas por personas que no pertenecieran a la familia que las había construido.

Un mal presentimiento estaba apoderándose de ella, y sus sospechas se confirmaron cuando pinchó en el primer enlace, un artículo de hacía veinte años del *Post and Courier*, el periódico de Charleston, sobre las mansiones del paseo marítimo de Battery.

Según el reportero que lo firmaba, la mansión había pasado de generación en generación, de un miembro a otro de la familia del

coronel Samuel Beauchamp desde que se construyera a finales de la primera década de 1700. En la época en la que el artículo había sido escrito, la mansión pertenecía a Charlotte Addison, de soltera Beauchamp, que quería que permaneciera en manos de la familia para «dejársela en herencia a su hijo, Daniel».

Un escalofrío le recorrió la espalda a Lily. Ahora comprendía por qué había estado tan tirante con ella en la cena a la que había acudido con Daniel. Era evidente que estaba resentida por que Reginald Kincaid, su padre, uno de los nuevos ricos, como ella los llamaba, hubiese adquirido aquella mansión que había pertenecido a su familia durante siglos. Pero, si tanto significaba para ella, ¿por qué la había vendido?

A Lily se le cortó el aliento. ¿Estaría Daniel al tanto de todo aquello? ¿Sabría que su padre había comprado esa casa que se suponía que él debía haber recibido en herencia? ¿Y si ese fuera el motivo de su interés en ella? ¿Pensaría tal vez que congraciándose con ella podría recuperar la mansión?

Frunció el ceño y se mordió el labio inferior. No, no creía a Daniel capaz de algo así. En más de una ocasión le había dicho que estaba encantado con el apartamento que se había comprado después de su divorcio.

De pronto sonó el teléfono, haciéndole dar un respingo. Al mirar la pantalla reconoció el número de la oficina de su hermano.

–Hola, Matt –lo saludó.

–Hola, Lily. ¿Podrías hacerme un favor? Necesito que cuides de Flynn una noche a la semana.

Su hermano parecía tener prisa, y Lily apenas acertaba a imaginar lo estresado que debía estar tras descubrir que Jack Sinclair prácticamente tenía el control del Grupo Kincaid.

–No hay problema –respondió ella con una sonrisa–. Ya sabes que adoro a mi sobrino.

–Genial. R. J. y yo vamos a tener que quedarnos trabajando hasta tarde durante no sé cuántas semanas, y estoy confeccionando una lista de niñeras –le explicó Matt.

–¿Qué noche necesitas que me quede con él? –preguntó Lily.

–¿Estás libre los jueves? Laurel va a cuidarlo el lunes, y Kara el martes y el miércoles.

–Me va bien. Pero… ¿y los fines de semana?

–La noche del viernes y el sábado lo tendrá mamá. Y los domingos los pienso pasar yo con él. Ya le he dicho a R. J. que ese día no cuente conmigo, así se junte el cielo con la tierra. Me da igual la prisa que tenga Jack Sinclair por tener esos informes.

–Bien por ti –dijo Lily–. ¿Hay algo más que pueda hacer para ayudar?

Su hermano suspiró con pesadez.

–No a menos que puedas hacer que los días tengan más de veinticuatro horas.

Lily se rio.

–No, me temo que no. ¿A qué hora necesitas que vaya a tu casa los jueves? –le preguntó. Tras escuchar la respuesta de Matt, añadió–: De acuerdo. Y por favor, cuídate. Pase lo que pase con el Grupo Kincaid no merece que sacrifiques tu salud.

–Gracias, hermanita –respondió él con voz cansada–. Intentaré tenerlo en mente.

Tras colgar el teléfono, Lily iba a volver a su mesa de trabajo cuando volvió a sonar el teléfono.

–Buenas tardes, preciosa –dijo la voz de Daniel al otro lado de la línea cuando contestó–. Tengo un almuerzo de negocios, pero me estaba preguntando si te apetecería ir al acuario.

–¿No estaba cerrado por reformas?

–Acaban de reabrirlo. Y he pensado que luego podríamos ir a cenar a ese pequeño restaurante del barrio francés que tanto te gusta.

–Daniel, no sé si…

–No aceptaré un no por respuesta. Te recojo a las cinco –dijo Daniel, y colgó.

Lily se quedó mirando el teléfono en su mano unos segundos antes de volver a colocarlo en la base. Pensó en devolverle la llamada a Daniel para pedirle que respetara su deseo de estar sola, pero necesitaba hablar con él para averiguar cuánto sabía de la venta de la mansión Beauchamp a su padre, y hallar el modo de decirle lo del bebé.

Quizá cuando hablasen lograría entender en qué clase de batalla con los Addison la había metido su padre. Y cómo reaccionaría Daniel cuando supiese que estaba embarazada.

Cuando Daniel llegó en su Mercedes a recoger a Lily estaba de buen humor, y esperanzado de irse ganando de nuevo su confianza poco a poco para que las cosas volvieran a ser como antes del día de la cena en casa de su madre.

¿La cena en casa de su madre? Se quedó pensativo un momento después de apagar el motor. Sí, todo había ido bien hasta ese día, pero a partir de entonces cada vez que había llamado a Lily para que se vieran le había dicho que estaba demasiado ocupada. ¿Podría ser que su madre le hubiera dicho algo que hubiera provocado aquel repentino cambio de actitud en ella? ¿O sería que de pronto la diferencia de edad entre los dos se había convertido en un problema?

De inmediato desechó la segunda posibilidad, seguro de que si así fuera habría habido algún síntoma que lo indicase. Tenían gustos muy parecidos, y nunca había habido ningún silencio incómodo cuando habían hablado de la música que escuchaban, o de los libros que leían o las películas que veían.

No, tenía que haber sido cosa de su madre, se dijo entornando los ojos. No le sorprendería que hubiese herido o insultado a Lily con sus palabras. Cuando su madre consideraba que alguien estaba por debajo de ella, no vacilaba en dejarle bien claro dónde estaba el sitio de cada uno en la sociedad. En más de una ocasión la había visto jactarse del pedigrí de su familia y del hecho de que los Beauchamp eran considerados en Charleston como el peldaño más alto en la escala social.

¿Pero en qué momento de la noche había acorralado a Lily para hablar a solas con ella? Se había esforzado por mantener a Lily a su lado durante toda la velada porque había temido precisamente eso, que su madre pudiese hacerle algún comentario hiriente. De sobra había sabido que lo habría hecho si hubiese tenido la ocasión. Y no solo porque el Grupo Kincaid era el principal rival de Industrias Addison, sino también porque su madre parecía haber detestado en particular, mientras aún vivía, a Reginald Kincaid, el padre de Lily, aunque no acertaba a imaginar por qué.

Mientras se bajaba del coche y se dirigía a la puerta de Lily, decidió que esa tarde iba a obtener las respuestas a sus preguntas, y que iba a solucionar las cosas entre ellos.

Y, si sus sospechas eran ciertas, en cuanto le fuera posible iba a tener una conversación con su madre para decirle que se ocupara de sus asuntos y dejase de meterse en su vida.

–Vaya, veo que ya estás lista –dijo cuando vio salir a Lily antes de llegar a su puerta.

–Había ido a la casa a ver cómo se encontraba mi madre, y justo acababa de cerrar cuando he oído tu coche –respondió Lily yendo hacia él.

–¿Cómo está?

–Pues la verdad es que estoy sorprendida de lo bien que está llevando todo esto –dijo Lily frunciendo el ceño–. Me preocupa que tal vez no esté reaccionando porque esté en estado de shock y que dentro de unas semanas se venga abajo.

Daniel le abrió la puerta para que subiera al coche, y lo rodeó para sentarse al volante.

–Bueno, a veces el dolor hace que las personas saquen de dentro una fortaleza que ni siquiera sabían que tenían –apuntó.

Siempre le había parecido que Elizabeth Kincaid tenía el corazón y el alma de una magnolia de acero bajo esa apariencia exterior callada y amable.

–Puede que tengas razón –dijo Lily–. Es como si se hubiera convertido en la roca en la que todos nos apoyamos.

Daniel le apretó la mano.

–Y a mí también me tienes a tu lado para lo que necesites.

Lily lo miró de un modo extraño antes de asentir.

–Gracias, Daniel.

La visita al acuario tuvo en Lily el efecto que Daniel había esperado: hizo que estuviera menos tensa con él.

–¿Tienes planes para después de la cena? –le preguntó mientras se dirigían a su restaurante favorito.

Lily se quedó callada un momento, como si estuviera pensando cómo decirle lo que quería decir.

–El señor Parsons se pasó por casa de mi madre esta mañana para dejarle las llaves de las distintas propiedades que mi padre nos ha dejado en herencia a mis hermanos y a mí. Había pensado ir a echarle un vistazo a la mía.

–¿Y dónde está esa propiedad?

–En el paseo marítimo de Battery.

–Ah, bonita zona –comentó Daniel. Él se había criado allí, y había unas casas señoriales preciosas–. Si quieres puedo llevarte cuando salgamos –añadió mientras estacionaba el coche en el aparcamiento del restaurante.

Lily volvió a mirarlo de un modo extraño, como si recelase de él por algún motivo, aunque no tenía ni idea de que podía haber hecho para que desconfiase de él.

–No es mala idea –contestó finalmente–. Me gustaría que me dieras tu opinión sobre qué hacer con la propiedad.

–Espero que no vayas a pedirme consejo sobre cómo decorar la casa –le dijo Daniel con una sonrisa cuando se bajaron del coche–, porque de eso no sé nada de nada.

Durante el corto trayecto a la mansión Beauchamp, Lily no pudo evitar sentir cierta aprehensión porque no le había dicho a Daniel que la casa que había heredado había pertenecido a su madre, y que esta habría querido que fuera él quien la heredase a su muerte.

No estaba segura de por qué había omitido esa información, pero así la reacción de Daniel cuando viera la casa le diría si estaba interesado en recuperarla o no.

–Ahí está –dijo señalando el imponente caserón cuando se acercaban.

–¿Has heredado la mansión del Coronel Sam? –inquirió Daniel anonadado–. Hasta hace quince años pertenecía a mi madre.

Su sorpresa no era fingida; parecía que hasta ese momento Daniel verdaderamente no había sabido que su padre la había comprado.

–Siempre me ha parecido una de las casas más bonitas del paseo marítimo de Battery –le confesó con una sonrisa.

Daniel se encogió de hombros mientras giraba el volante para entrar en la propiedad.

–Sí, bueno, supongo que no está mal.

–¿No te gustan las casas antiguas?

Lily no podía entender que a alguien lo dejase indiferente la belleza de aquel estilo arquitectónico.

–No es eso. Si están bien cuidadas son una maravilla –respondió Daniel cuando se hubieron bajado del coche–, pero si el propietario

deja que se caigan a pedazos, pierden su encanto.

–Bueno, esta al menos por fuera se ve perfecta.

–Cruza los dedos por que por dentro esté igual de bien –dijo él mientras subían la escalinata de la entrada–. La última vez que estuve aquí le hacían falta un montón de reformas. Si está igual que entonces te quedarás sin blanca para arreglarla.

Lily sacó las llaves del bolso.

–Espero que la luz funcione, porque si no tendré que volver mañana para ver los desperfectos a la luz del día.

Daniel le quitó las llaves de la mano, abrió, y entró antes que ella.

–Espera, le daré al interruptor a ver si hay luz.

Cuando se encendió la lámpara de araña del vestíbulo Lily se sintió como si de verdad hubiera entrado en un castillo de cuento de hadas. Parecía que su padre se había ocupado, antes de morir, de que la mansión recobrara su antiguo esplendor.

–Es tal y como la había imaginado por dentro –murmuró–. No, es aún más hermosa –se corrigió admirada, mirando en derredor.

Las paredes, los frisos de madera y las molduras del techo habían sido pintadas en distintos tonos de color crema claro que brillaban con calidez con la luz de la araña de cristal, y formaban un contraste perfecto con el suelo pulido de madera de pino. Una elegante escalera con pasamanos y escalones de madera oscura llevaba al piso de arriba.

–¡Vaya...! –exclamó Daniel, mirando también a su alrededor–. Estoy impresionado. Tu padre debió gastarse una pequeña fortuna para devolver esta vieja casa a la vida. Nunca la había visto tan bonita.

–No puedo creer que sea mía –murmuró Lily, sintiendo que volvía a enamorarse de aquel caserón.

–Vamos a ver el resto –la instó Daniel, tomándola de la mano.

Mientras la recorrían juntos, Lily se maravilló de la atención que se había prestado a los detalles. Cada habitación estaba completamente amueblada, y aunque los muebles eran nuevos, habían sido elegidos con esmero para que no desentonaran con la casa, y creaban un ambiente muy hogareño.

Cuando hubieron visto toda la casa, de nuevo en el vestíbulo, Lily no pudo evitar preguntarle a Daniel:

–¿Cómo pudo tu madre deshacerse de una casa tan bonita?

–Bueno, hace años no estaba tan bonita. Además, no tuvo elección –contestó él rodeándole los hombros con el brazo mientras salían–. Mi padre murió justo después de que yo acabara mis estudios en la universidad, y tuve que hacerme cargo de Industrias Addison. Fue entonces cuando descubrí que no había sido lo que se dice un buen gestor. El negocio iba tan mal que mi madre tuvo que vender esta mansión y también la casa de veraneo que tenía en Hilton Head Island para poder apañárselas hasta que conseguí sacar Industrias Addison del hoyo y evitar la bancarrota.

–Vaya. Lo siento muchísimo, Daniel –murmuró Lily. No podía ni imaginar lo estresante que debía haber sido para él–. Aunque por lo que he oído hiciste un trabajo estupendo. Mis hermanos tienen a Industrias Addison por el mayor competidor del Grupo Kincaid.

Daniel se encogió de hombros.

–No fue fácil, pero para mi madre fue más duro. Por primera vez en su vida tuvo que ajustarse a un presupuesto apretado y la aterraba que alguna de sus amigas se enterara de que estaba al borde de la indigencia.

Lily se preguntó cómo habría sobrevivido el orgullo de Charlotte a un golpe tan devastador.

–¿Y no sabías que le había vendido esta casa a mi padre?

–Estaba demasiado ocupado tratando de sacar a flote el negocio familiar; no daba abasto –respondió él sacudiendo la cabeza–. No tenía tiempo para esa clase de cosas; ni tampoco me importaba demasiado lo que hiciera con la casa.

Su tono firme convenció a Lily de que le estaba diciendo la verdad, y de que su interés en ella no tenía nada que ver con recuperar la casa.

Dejándose llevar por un impulso se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

–¿A qué viene esto? –le preguntó él riéndose suavemente y rodeándola con sus brazos.

–No sé, es que me siento feliz –respondió ella, por no explicarle lo de sus sospechas infundadas.

Daniel sonrió y trazó la línea de su mandíbula con el índice. Aquella leve caricia le recordó a Lily lo tierno que podía ser; lo tierno que había sido con ella cada vez que habían hecho el amor.

–Daniel, no estoy segura de que…

–Entonces tendré que estarlo yo por los dos –la interrumpió él, bajando la cabeza para besarla.

Cuando los labios de Daniel se posaron sobre los suyos Lily le puso las manos en el pecho para apartarlo, porque aún no le había dicho lo del embarazo y estaba segura de que cuando se lo dijera su deseo por ella se esfumaría, pero él la estrechó con más fuerza entre sus brazos, y cuando su lengua dibujó el contorno de sus labios, dejó a un lado sus pensamientos y se abandonó al beso. Ya habría tiempo para decírselo en los días siguientes y hacerse a la idea de que tendría que afrontar un futuro sin él.

Mientras Daniel la besaba con una sensualidad que amenazaba con hacerla derretirse por dentro, un cosquilleo le recorrió el cuerpo, y respondió afanosa cuando hizo el beso más profundo. No quería que parara.

Daniel la atrajo más hacia sí y el sentir su cuerpo contra el suyo hizo que una ola de calor la inundara. Los músculos del pecho se le tensaron bajo las palmas de las manos, y podía notar en las yemas de sus dedos los latidos de su corazón.

–No sabes cómo te he echado de menos, cariño –murmuró Daniel cuando despegó sus labios de los de ella–. Echaba de menos tenerte así, entre mis brazos.

–Yo también lo echaba de menos –admitió ella.

No podía negar la realidad. Sí, ella también lo había echado de menos, ¿pero a dónde los llevaba eso?

–¿Qué ocurrió, Lily? –le preguntó él en un susurro al oído–. ¿Por qué de repente ya no querías verme?

–Por favor, no hablemos de eso ahora –le suplicó ella, que no quería que la realidad rompiera la magia del momento. Lo besó en el cuello–. ¿No podríamos dejarlo para otro momento?

Cuando pensaba que iba a insistir, Daniel se echó hacia atrás, y se quedó mirándola a los ojos un buen rato para finalmente asentir.

–De acuerdo; por ahora –le dijo con una sonrisa que hizo que una nueva ráfaga de calor la invadiera–. ¿Qué te parece si vamos a ver las cocheras y luego te llevo a casa?

–Parece que lo tiene todo planeado, señor Addison –dijo ella divertida–. De acuerdo, me llevas a casa… y luego te marchas.

Daniel le lanzó una mirada de exasperación, pero no hizo

comentario alguno al respecto.

Lily sabía que debía estar confundiéndolo: por un lado insistiéndole en que quería que la dejara sola, y por otro permitiéndole que la besara. Pero estaba haciendo lo posible por distanciarse de él y si no se sintiera tan atraída por él, podría hacerlo.

Cuando entraron en las cocheras descubrió que su padre las había convertido en un estudio con enormes ventanales que iban del suelo al techo para dejar pasar la luz natural.

–Parece que tu padre tenía planeado que una artista utilizara este sitio para trabajar –le dijo Daniel guiñándole un ojo.

Lily contuvo a duras penas las lágrimas. Era evidente que su padre había pensado en ella cuando había reformado la propiedad; había querido hacer realidad el sueño que había tenido en su infancia de vivir allí.

–Cuando era pequeña mi padre solía traerme a los jardines de White Point, al otro lado de la calle. Nos sentábamos durante horas en uno de los bancos del parque, mirando hacia la casa, y yo le contaba historias de una princesa que me inventé que vivía aquí.

–Me apuesto algo a que era pelirroja y tenía los ojos azules –la picó Daniel, poniéndose detrás de ella para rodearle la cintura con los brazos.

Lily asintió, y se echó hacia atrás para apoyarse en él. Sabía que no debía, pero le resultaba tan difícil resistirse... Solo por esa vez, se prometió.

–La princesa estaba en lo más alto de la casa, en el mirador, desde donde observaba el puerto de Charleston.

–¿Buscaba algo allí? –la profunda voz de barítono de Daniel vibró contra su espalda, y un cosquilleo delicioso afloró en el vientre de Lily.

–Esperaba que llegase el barco de su príncipe para que viviera con ella aquí, en su castillo.

–Ah, ¿cómo no? –murmuró él junto a su oído–. Cualquier princesa que se precie espera a su príncipe, ya llegue a bordo de un barco, o a lomos de un blanco corcel.

–¿Te estás burlando de mí? –inquirió ella, volviéndose hacia él con una sonrisa.

–A lo mejor, pero solo un poco –respondió Daniel sonriendo

también–. ¿Has pensado alguna vez en escribir libros para niños en vez de ilustrarlos nada más?

–Mi padre siempre decía que debería intentarlo –respondió ella, haciendo un esfuerzo para contener un bostezo. Desde que había descubierto que estaba embarazada había estado echándose la siesta cada día después del almuerzo, y ese día se la había saltado–, pero desde la universidad los editores empezaron a hacerme ofertas, y me han tenido tan ocupada que ni siquiera he podido pensar en ello.

–Pues deberías –dijo él, y la besó en la frente–. ¿Nos vamos? Pareces cansada.

Lily asintió.

–Ha sido un día muy largo.

–Ve a sentarte en el coche; ya cierro yo.

Mientras esperaba a Daniel, Lily recordó lo que su padre le había dejado escrito en aquella carta: era una mujer fuerte, capaz, y él había estado seguro de que tomaría la decisión correcta con respecto a la mansión. No le había insistido en que se quedara con la propiedad, pero la había reformado por completo para que pudiera vivir allí con todas las comodidades, como si hubiese esperado que quisiera hacerlo.

Miró el enorme caserón, y se dijo una vez más que no tendría sentido vivir allí porque estaría desaprovechando muchísimo espacio, pero su padre se había tomado tantas molestias... Había hecho realidad su sueño y, fuera sensato o no, iba a aceptar ese regalo.

–He tomado una decisión respecto a qué voy a hacer con la casa –le dijo a Daniel cuando hubo entrado en el coche.

–¿Cuál? –inquirió él, girando la llave en el contacto.

–Me llevará una semana o dos prepararlo todo, pero voy a mudarme, y voy a vivir aquí.

Capítulo Cuatro

A lo largo de la semana siguiente Daniel estuvo tan ocupado con el trabajo que no tuvo tiempo más que para hacerle alguna que otra llamada a Lily y enviarle un ramo de flores a diario.

Lily no le había pedido que dejara de llamarle, y parecía apreciar el detalle de las flores, pero quería más; quería que las cosas entre ellos volvieran a ser como antes.

Le había preguntado si le apetecía que salieran esa noche, pero Lily le había dicho que los jueves se había comprometido a cuidar de su sobrino porque su hermano tenía que hacer horas de más en la oficina para preparar los informes que les había pedido Jack Sinclair.

En ese momento le sonó el móvil. Era su madre.

–Hola, Charlotte –la saludó.

Desde hacía años, a petición de la misma Charlotte, Daniel no la llamaba ni mamá ni madre.

–No hemos hablado desde el día de Navidad, y estaba preguntándome cuándo vas a venir a hacerme una visita –respondió su madre en el tono formal al que lo tenía acostumbrado.

–Bueno, esta tarde la tengo libre. Si te parece bien.

Podría aprovechar para saber si le había dicho algo a Lily en la cena de Navidad.

–Me parece maravilloso, Daniel. ¿Le digo a la cocinera que ponga un plato más en la mesa para la cena?

Daniel puso los ojos en blanco por esa forma tan pretenciosa de preguntarle si se quedaría a cenar, y exhaló un suspiro.

–Claro; ¿por qué no?

–Pues entonces te espero a las seis –dijo su madre, y colgó, como siempre, sin despedirse siquiera.

Veinte minutos más tarde, mientras se dirigía a la casa en la que se había criado, en East Battery Street, a menos de un kilómetro de

la mansión Beauchamp, Daniel no pudo evitar pensar en lo distinta que había sido su infancia de la de Lily. Ella se había criado en un hogar lleno de cariño con varios hermanos y hermanas que seguían llevándose bien y manteniendo el contacto ahora que eran adultos.

Él, en cambio, había sido el hijo único de una madre que con frecuencia se había mostrado distante y poco cariñosa con él, y un padre al que solo podría definirse como un soñador.

Decir que sus padres habían sido un matrimonio mal avenido habría sido quedarse corto.

De hecho, ni él mismo alcanzaba a comprender cómo habían logrado seguir juntos durante veinticinco años de matrimonio.

La obsesión de Charlotte Beauchamp-Addison había sido siempre mantener su estatus social y sentirse superior en el círculo de esa gente a los que llamaba sus amigos, mientras que George Addison, su padre, había pasado por la vida con la actitud estoica de lo que tenga que ser, será.

Alguna vez Daniel incluso se había preguntado si su padre no habría ignorado los síntomas de que el corazón le estaba fallando; tal vez había deseado morir para alejarse de todo aquel esnobismo, de tanta pretenciosidad.

Después de aparcar, entró por la puerta de atrás. Siempre le había gustado entrar por la cocina. Así por lo menos recibía una cálida bienvenida por parte de Rosemary, la empleada del hogar y cocinera que llevaba toda la vida trabajando para sus padres. Para él era parte de la familia, aunque su madre se empeñase en llamarla la cocinera.

Se acercó a la mujer, de pelo cano y ya entrada en años, que estaba removiendo algo en el fuego.

–¿Cómo está mi chica favorita? –la saludó con una sonrisa.

–Muy enfadada contigo, Daniel Addison –lo reprendió ella de broma–. No has venido a vernos en casi tres semanas. ¿Quieres partirme el corazón?

Daniel se rio suavemente y besó la mejilla arrugada de la mujer.

–Lo siento, Rosemary, pero es que han pasado un montón de cosas desde Navidad. ¿Me perdonarás si me enmiendo y vengo más a menudo?

Rosemary se volvió y le dirigió una mirada compasiva.

–He oído lo del padre de la señorita Lily. Pobrecilla. ¿Cómo

está?

–Bueno, todo lo bien que puede estar dadas las circunstancias.

Rosemary solo había hablado con Lily una vez, cuando esta había ido allí a cenar por Navidad, pero las dos habían hecho buenas migas desde el primer momento.

–Perder a su padre de ese modo... Pobre criatura... –dijo Rosemary con los ojos llenos de lágrimas–. Dile que los tengo a su familia y a ella en mis oraciones.

–Lo haré –respondió Daniel, sabiendo que su compasión era sincera.

Fue al salón, donde encontró a su madre junto a la ventana, observando el puerto de Charleston.

–No sé por qué insistes en entrar por la puerta trasera como un vulgar sirviente, Daniel –lo reprendió volviéndose.

–Buenas tardes a ti también, Charlotte –respondió él, sentándose en uno de los sillones frente a la chimenea–. ¿Cómo va todo?

Aquella pregunta fue suficiente para que a su madre se le soltara la lengua y empezara a hablarle de los diversos actos benéficos que estaba ayudando a organizar y le pusiera al día de los últimos chismes.

Daniel apenas estaba escuchándola, pero de pronto algo captó su atención.

–¿Cómo has dicho? –inquirió irguiéndose en el asiento.

–He dicho que Madelyn Worthington me ha contado lo de la pobre Elizabeth Kincaid, la traición de ese hombre horrible con el que estuvo casada –repitió su madre atusándose el cabello–. Siempre había sabido que ese Reginald Kincaid no era más que una sabandija, y no me sorprende que haya acabado avergonzando a su familia. ¡Que tuviera una amante y dos hijos bastardos en Greenville...!

–Solo uno de esos hijos es de él –la corrigió Daniel–. ¿Y desde cuándo sientes lástima por Elizabeth Kincaid?

Su madre siempre había dicho que había sido una estúpida por casarse con alguien de estatus inferior al suyo.

Charlotte ignoró la pregunta y le hizo otra a su vez.

–¿Sigues viendo a esa chica Kincaid?

–Pues ya que lo preguntas, sí –respondió él con orgullo.

A su madre no pareció hacerle ni pizca de gracia.

Preguntó repentinamente:

–¿Ah, sí? ¿Pero no habíais dejado de veros después de Navidad?

Daniel la miró con los ojos entornados. Parecía que su madre sí tenía algo que ver con el hecho de que de pronto Lily, después de aquella cena de Navidad, hubiese estado evitándolo.

–Solo nos dimos un tiempo, pero hemos empezado a vernos de nuevo –respondió–. ¿Por qué lo preguntas?

–Oh, pues porque en la cena de Navidad me dio la impresión de que estaba perdiendo interés en continuar con vuestra relación –contestó su muy calmada.

Daniel, que sabía que su madre dominaba como nadie el arte de la manipulación, no se dejó engañar por su aparente indiferencia.

–¿Qué le dijiste? –le preguntó–. Y no me digas que no sabes de qué estoy hablando. Sé muy bien cuál es tu modus operandi.

Su madre ni siquiera se inmutó ante aquella acusación.

–Solo que desde que te divorciaste no habías mostrado interés alguno en tener una relación seria, y mucho menos en volver a casarte para perpetuar nuestro apellido –dijo.

Daniel apretó los dientes al ver la sonrisa engreída que asomó a sus labios.

–Esa chica proviene de una familia numerosa –continuó–, y estoy segura de que algún día querrá tener hijos. Me pareció que era mejor que lo supiera antes de que se hiciera falsas esperanzas. Además, no es la mujer adecuada para un hombre de tu posición.

–¿Y Charisma sí lo era?

–Reconozco que Charisma era un poco... hipersensible, pero no puedes negarme que su entorno era el adecuado –replicó, como si aquello fuera tan importante para él como lo era para ella–. Su familia ha formado parte la sociedad de Charleston durante casi tanto tiempo como los Beauchamp y los Addison. Tu descendencia se habría beneficiado de las cualidades de su linaje.

–No me sorprende que pensaras que iba a ser una buena esposa para mí –dijo Daniel sin poder evitar que una cierta acritud tiñera sus palabras–; era igualita a ti. Pero te aseguro que es mejor que sus genes no contaminen a la siguiente generación de nuestra familia con esas cualidades que a ti te parecen tan importantes.

–Charisma es como yo, ¿verdad? –su madre sonrió, como si le hubiera hecho un cumplido, e ignoró su desdén hacia esas

cualidades que ella habría querido que sus nietos heredasen. Sacudió la cabeza–. Tenía puestas en ella mis esperanzada de que me diese un nieto digno de nuestro apellido.

–Sí, estáis cortadas por el mismo patrón: dulces como la miel cuando las cosas van como vosotras queréis, y cuando no, crueles como un tiburón hambriento –respondió Daniel.

Al instante continuó:

–Si hubiera querido tener un hijo desde luego no habría sido con Charisma.

–¿Y entonces por qué te casaste con ella? –quiso saber su madre, enarcando una ceja.

–Porque, al igual que tú, solo me dejó ver la parte de ella que quería que viera hasta que me echó el lazo –contestó Daniel. Aún estaba irritado consigo mismo por haber tardado tanto en darse cuenta de que aquello no era más que una fachada–. Para cuando se mostró tal como era ya era demasiado tarde porque ya habíamos pronunciado nuestros votos frente al altar.

–Pero en algún momento debiste quererla –insistió su madre–. Estuvisteis casados casi tres años.

–Intenté que las cosas funcionaran, pero yo no soy como mi padre –contestó él sin tapujos–. Acabé por enfrentarme a la realidad de la situación cuando me di cuenta de que hiciera lo que hiciera ella terminaría convirtiendo mi vida en un infierno. Por eso elegí la paz y la libertad de una vida de soltero en vez de una existencia infeliz como la que llevó papá.

–Tu padre necesitaba a su lado a una mujer fuerte que lo guiase –dijo su madre, sin darse aludida por sus comentarios.

–Pues yo no –replicó él con una mirada furiosa–. Prefiero a una mujer con la que tenga una relación de igual a igual, no una que me dicte cada paso que tenga que dar.

–¿De verdad crees que esa chica Kincaid es tu igual? –le espetó su madre resoplando con desdén.

–Sí, lo creo. Pero eso no es asunto tuyo –Daniel ya había oído bastante y no creía que pudiera seguir soportando mucho más tiempo la arrogancia de su madre–. Me parece que será mejor que decline tu invitación de quedarme a cenar –dijo levantándose para irse–. Y te lo advierto: en adelante será mejor que te guardes tus opiniones para ti y saques las narices de mis asuntos. Saldré con

quien quiera y no quiero volver a oír de ti ni una palabra al respecto.

Sin dar tiempo a su madre a responder, abandonó el salón, pasó por la cocina para disculparse con Rosemary por no quedarse a disfrutar de la deliciosa cena que estaba preparando, y se fue a su apartamento.

Prefería comer solo a tener que seguir escuchando a su madre alabar las virtudes del pedigrí de su fría e intratable ex mujer, y tirando por tierra a la vez a una mujer buena y cariñosa como Lily.

Lily había preferido dejar de verlo antes que decir algo en contra de su madre y abrir una brecha entre ellos.

Esa era tener clase y educación; eso era lo que su madre debería aplaudir. Lily era mejor persona que su madre y su exmujer juntas.

***

–¿Estás segura de que quieres vivir en ese caserón enorme tú sola? –le preguntó Kara a Lily, visiblemente preocupada.

–Pues claro –respondió esta. Se había pasado por la tienda de Kara para pedirle unos rollos de plástico de burbujas–. Siempre me ha gustado esa casa, y ahora que la he visto por dentro no querría vivir en ningún otro lugar.

–Yo todavía no he ido a Hilton Head para ver mi propiedad –dijo Kara, tendiéndole una caja con varios rollos–. He estado tan ocupada con los preparativos de la boda de Laurel y Eli que no he tenido tiempo.

–¿Ya ha escogido Laurel qué colores quiere? –preguntó Lily. Esperaba que para los vestidos de las damas de honor hubiese escogido un color que no fuese mal con su cabello pelirrojo.

–Nos ha dicho a Eli y a mí que los escojamos nosotros –Kara sacudió la cabeza–. Nunca me había encontrado con una novia a la que le diesen igual esas cosas o que le pidiera al novio que tome esa clase de decisiones por ella.

–Bueno, también es cierto que ahora mismo está muy ocupada con las notas de prensa por la muerte de papá, el testamento y todo eso –apuntó Lily.

Sin embargo, no pudo evitar preguntarse si no habría algo más detrás de esa aparente falta de interés de Laurel. Había momentos

en los que Kara parecía más ilusionada con la boda que la propia Laurel.

–Tienes razón –asintió Kara–, pero aun así... –en ese momento sonó el teléfono y levantó un dedo para pedirle a Lily que esperara un momento–. Eventos Prestige, ¿dígame? ... Sí. Por supuesto. ... ¿Me disculpa un segundo?

–Atiende esa llamada –le dijo Lily con una sonrisa–. Tengo que irme ya. Mi vajilla y yo te damos las gracias por estos rollos de envolver.

–No hay de qué. Dímelo si necesitas más o a alguien que te ayude con la mudanza –respondió Kara, antes de volver a su llamada.

De camino a casa Lily repasó mentalmente todo lo que quería hacer ese día. Para empezar tenía que hacer unas cuantas ilustraciones más para el encargo en el que estaba trabajando, y también empaquetar las cosas para mudarse a la mansión Beauchamp. Y entre medias tendría que sacar tiempo para echarse una siesta.

El médico le había dicho que el cansancio era algo normal y que probablemente desaparecería pasado el primer trimestre, aunque volvería unas semanas antes de dar a luz.

Pensar en el embarazo le hizo pensar en Daniel. No lo había visto para nada en toda la semana, y aunque probablemente no era muy juicioso por su parte, lo había echado de menos. La había llamado tan a menudo como había podido, y le había mandado flores cada día, pero no era lo mismo que estar con él.

Ojalá las cosas fueran distintas, pensó. Ojalá Daniel quisiera lo mismo que ella. Pero no era así, y desear imposibles no iba a cambiar las cosas.

Tenía que decirle lo del bebé, y era exactamente lo que iba a hacer en cuanto se hubiese mudado a la mansión.

Para su sorpresa, cuando rodeó la casa de sus padres para ir a las cocheras se encontró con Daniel esperándola allí.

Con el corazón latiéndole como un loco, aparcó su Mini Cooper junto al Mercedes blanco de él.

–Hablando del rey de Roma... –murmuró–. ¿No tienes que

trabajar hoy? –inquirió mientras los dos se bajaban de su coche.

Fue a sacar la caja con los rollos de plástico de burbujas del maletero y se dirigió a la puerta de las cocheras.

No debería estar tan feliz de verlo.

Había sido agradable ir con él al acuario, igual que el beso que habían compartido en la mansión, pero aquello no cambiaba nada. Seguía siendo un hombre que no quería hijos ni compromisos. Y ella, en cambio, seguía queriendo el fueron felices y comieron perdices con un marido y muchos hijos.

Sin embargo, iba a resultarle bastante difícil resistir la atracción que sentía hacia él con lo guapo que estaba. Con traje y corbata parecía un modelo, pero aun vestido como iba en ese momento, con vaqueros, camiseta negra y chaqueta de cuero marrón, la dejaba a una sin aliento, y le faltó poco para lanzarse a sus brazos.

–Es lo bueno de ser el jefe –dijo Daniel, ajeno a la lucha que estaba librando consigo misma. Levantó la mano para enseñarle una bolsa que llevaba de un restaurante de comida china–. He traído el almuerzo.

Lily abrió la puerta y lo dejó pasar.

–Como puedes ver lo tengo todo patas arriba ahora mismo –dijo dejando la caja en el suelo, junto a la entrada.

–Sí, ya lo veo –respondió él paseando la vista por las cajas cerradas con cinta adhesiva y apiladas que tenía aquí y allá–. No vas a llevarte los muebles, ¿no?

Lily negó con la cabeza.

–Mi padre amuebló toda la mansión, así que tampoco tendría dónde ponerlos. Además, he pensado que si los dejo aquí mi madre puede dejar que viva aquí alguien del servicio, o puede alquilarlo.

Daniel fue hasta la mesa del comedor y colocó encima la bolsa del restaurante.

–Bueno, ¿y cuándo vas a hacer la mudanza?

–A partir de mañana; espero no tardar más de dos o tres días.

Lily fue a la cocina a por un par de vasos, cubiertos y platos.

–He pensado en llevarme las cajas más ligeras allí entre mañana y el domingo. Y naturalmente para las cajas más pesadas tendré que buscar un servicio de mudanzas, que con suerte tal vez podrían venir el lunes.

–Se me ocurre una idea –dijo Daniel mientras sacaba la comida

de la bolsa–. ¿Qué te parece si nos llevamos unas cuantas cajas esta tarde? Tengo libre el resto del día.

Lily se mordió el labio mientras consideraba la idea.

–Bueno, la verdad es que agradecería poder quitarme unas cuantas cajas de en medio; casi no puedo moverme. Y si vamos en tu coche me ahorraré unos cuantos viajes –añadió, pensando en voz alta mientras se sentaban a comer–, porque en el mío, ni abatiendo el asiento trasero tiene mucho más espacio el maletero.

–No sé cómo te las apañas con ese coche de juguete –dijo Daniel, tendiéndole un envase de cartón con pollo agridulce.

–Hablas igual que mi hermano R. J. –contestó Lily frunciendo el ceño–. No hace más que decirme que a ver cuándo me compro un coche de verdad.

Daniel enarcó una ceja.

–Y deduzco por tus palabras que no entra en tus planes.

–Me encanta mi Mini Cooper –respondió ella, un tanto a la defensiva–. Podría comprarme uno más grande, sí, pero no quiero. Me siento cómoda con él y va muy bien con mi personalidad.

–Entiendo –respondió Daniel cauteloso, como dándose cuenta de que había topado con un tema espinoso.

–De todos modos, ¿seguro que no tienes otras cosas que hacer esta tarde? –le preguntó Lily vacilante.

Agradecía que quisiera echarle una mano, y verdaderamente le iría muy bien su ayuda, pero cuanto más tiempo pasaba con él, más temía volver a caer presa de la atracción que ejercía sobre ella.

Si eso ocurriría se le haría mucho más difícil cuando le dijera lo del bebé y él saliera de su vida.

–Pues claro que no –replicó Daniel. Cuando alargó el brazo y cubrió su mano con la suya, un cosquilleo le recorrió el cuerpo a Lily–. Además, he sido yo quien se ha ofrecido a ayudarte, ¿no?

–Lo sé, pero es que...

–¿Vas a aceptar mi ayuda o no? Vamos, Lily, di que sí –la instó él con esa sonrisa que siempre hacía que el corazón le latiese más deprisa.

Lily se quedó mirándolo, pero supo que era inútil resistirse.

Había perdido en esa lucha que estaba librando en su interior, y finalmente claudicó con un suspiro a lo que querían los dos.

–Está bien, sí, dejaré que me ayudes.

–Estupendo. Ah, y no hace falta que busques un servicio de mudanzas. Mañana vengo con uno de los camiones de mi compañía y en un solo viaje nos llevamos todo lo que quede.

***

Cuando Daniel llevó la última caja con materiales de dibujo a las cocheras reconvertidas en estudio de la mansión Beauchamp, ya había empezado a atardecer. Lily y él habían hecho varios viajes para reducir el número de cajas que tenía en el salón, y hasta habían conseguido llevarse la mayor parte de su ropa y artículos de aseo.

–Gracias por tu ayuda, Daniel –le dijo Lily–. Con todas las cosas que nos hemos traído, si quisiera podría quedarme a dormir aquí esta misma noche.

Daniel le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí.

–¿Qué te parece si volvemos a tu casa, pedimos una pizza para cenar y abrimos una botella de vino para celebrar tu mudanza?

–Me parece una gran idea, aunque creo que no tomaré vino –respondió ella apoyando la cabeza en su pecho. Estaba demasiado cansada para apartarse de él, y no podía negar que era agradable estar en sus brazos–. Yo después de la pizza me tomaría un tazón de helado de vainilla bien grande con sirope de chocolate y almendras picadas.

Daniel se echó hacia atrás para mirarla a los ojos.

–¿Lo dices en serio?

–Completamente en serio –contestó ella con una sonrisa–. Es lo que he estado tomando de postre cada noche durante las últimas semanas.

–¿De verdad?

Lily asintió.

–¿Por qué crees que tengo ese envase de helado de vainilla en el congelador?

–Bueno, pues si prefieres que lo celebremos con helado, lo celebramos con helado –dijo Daniel riéndose antes de besarla en la frente–. ¿Qué le vamos a hacer?, mañana cuando salga a correr me haré un par de kilómetros más para quemar esas calorías.

Minutos después, cuando torcían la esquina de la calle donde

estaba la casa de los Kincaid, Daniel frenó y soltó un improperio entre dientes al ver la que había montada a un par de manzanas.

–¿Pero qué diablos...?

Lily dejó escapar un gemido.

–¿Qué hacen todas esas furgonetas de televisión delante de la casa de mi madre?

–Quizá deberías llamarla para saber de qué va esto.

–Casi me da miedo –dijo Lily, y cuando sacó el móvil del bolso Daniel vio que le temblaban las manos–. No estoy segura de querer saberlo.

Después de que encontraran a su padre muerto, y de cómo habían estado rodando los medios la casa como buitres en los días siguientes, Daniel comprendía su aprehensión.

–Comunica –murmuró Lily–. Probaré a llamar al móvil de R. J.–. ¿R. J.? ¿Ha pasado algo? ¿Por qué hay gente de la televisión delante de nuestra casa? –inquirió cuando su hermano contestó.

Daniel tenía la impresión de que fuera lo que fuera lo que había pasado, no eran buenas noticias.

–¡Oh, Dios mío! ¿No lo dirás en serio? –exclamó Lily.

Cuando Daniel la miró vio que se había puesto blanca como una sábana y que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

Lily lo miró.

–Sí, estoy con Daniel –dijo asintiendo con la cabeza–. Me ha estado ayudando a llevarme unas cuantas cajas a la mansión esta tarde... De acuerdo, pasaré la noche allí. ¿Crees que los medios se habrán ido por la mañana...? Sí, te lo prometo, esperaré a que me llames mañana antes de intentar ir a casa.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó Daniel cuando colgó.

–La policía acaba de hacer público un informe forense que determina que nuestro padre fue... asesinado –a Lily se le escapó un sollozo al pronunciar aquella palabra–. R. J. me ha aconsejado que quede en la mansión esta noche para evitar que me aborden los medios al intentar llegar a casa.

–Puedes venirte a mi apartamento –le ofreció Daniel.

–No creo que sea una buena idea –respondió ella sacudiendo la cabeza–. La prensa sabe que estuvimos viéndonos antes de Navidad, y podría haber *paparazzi* apostados cerca de tu bloque de apartamentos. Nunca se sabe.

Daniel admitió para sus adentros que Lily tenía razón. En los tres meses que habían estado viéndose habían salido varias veces en las revistas del corazón. Y ahora que se acababa de saber que Reginald Kincaid había sido asesinado no sería extraño que, como decía Lily, esos buitres de la prensa estuviesen vigilándolo también a él.

–Pues me quedaré contigo esta noche –dijo Daniel. Pisó el acelerador y poco después pasaban por delante de la mansión Kincaid y la dejaban atrás–. No quiero dejarte sola con lo agitada que estás.

–Es-estoy bien –replicó ella con los dientes castañeteándole, y no por el frío–. No... no quiero que...

–Esto no es negociable, Lily –le dijo él con firmeza–. Si lo que te preocupa es que pasemos la noche juntos bajo el mismo techo, no tienes por qué preocuparte. Sé que fuimos un poco deprisa cuando empezamos a salir, que hace varias semanas que no estamos juntos y que probablemente no te sientas preparada para volver a hacer el amor. Lo entiendo. Pero hay cinco dormitorios en la casa, así que no tendremos que dormir juntos, ni tendré que dormir en el sofá.

Como Lily se quedó callada, lo interpretó como un sí, y después de desviarse para ir a su apartamento a por una muda de ropa, volvieron a la mansión.

Aparcaron en la calle paralela y entraron por la puerta de atrás por razones obvias. No era de dominio público que Lily había heredado la mansión, era mejor no arriesgarse, no fuera a ser que algún *paparazzi* hubiera reconocido su coche cuando se habían pasado por delante de la casa de los Kincaid y los hubiera seguido.

Tan pronto como hubieron cerrado la puerta tras de sí y activado la alarma de seguridad, Daniel la atrajo hacia sí, rodeándola con sus brazos.

–Siento muchísimo todo esto que está pasando, cariño. Si pudiera borrarlo todo de un plumazo, lo haría.

–Es que no puedo creer que alguien quisiera... asesinar a mi padre –murmuró Lily, abrazándose también a él, como quien se aferra a un salvavidas–. ¿Quién sería capaz de algo así? ¿Y por qué querrían matarlo?

–No lo sé. Pero estoy seguro de que la policía averiguará quién lo hizo y tendrá que enfrentarse a la justicia.

–Eso espero –dijo Lily. Estaba temblando–. R. J. me dijo que cuando hayan interrogado a los empleados de seguridad del Grupo Kincaid y tenga los resultados preliminares de la autopsia, la policía van a interrogar a todos los miembros de la familia. ¿Significa eso que todos estamos bajo sospecha?

Daniel no quiso decirle que eso era lo más probable. Bastante agitada estaba ya.

–Seguro que no es más que una formalidad. Puede que piensen que tus hermanos o tú podáis darles alguna pista sobre la que empezar a trabajar.

–Supongo que tienes razón –dijo Lily. Se la veía emocionalmente agotada.

–En una de las cajas que hemos traído había toallas, ¿no? –le preguntó Daniel. Cuando ella asintió, la condujo hasta las escaleras–. Anda, sube y date un baño. Quizá eso alivie parte de la tensión que tienes y te ayude a dormir.

Mientras Lily se daba ese baño, en el aseo del dormitorio principal, Daniel se dio una ducha rápida en el que había junto a uno de los dormitorios para invitados. Mientras se secaba, no pudo evitar pensar en Reginald Kincaid. ¿Quién lo habría matado? ¿Y por qué?

Los hombres de negocios, como él, propietarios de importantes compañías, siempre tenían sus enemigos, ya fuera un empleado descontento, un rival, un miembro de algún *lobby* radical... ¿Pero qué podía tener en contra de él esa persona que fuera tan grave como para que lo hubiera asesinado?

Se puso unos boxers limpios, salió del cuarto de baño y entró en el dormitorio, donde se sentó en la cama de matrimonio a esperar a que Lily terminara de bañarse.

Ahora que había empezado a aceptar la muerte de su padre la pobre tenía que enfrentarse a aquel asunto tan desagradable, a la incertidumbre de no saber quién lo había matado ni por qué.

Pero lo peor no era eso; lo peor era saber que un asesino andaba suelto, y que nadie sabía si iría detrás de otro miembro de la familia Kincaid.

Capítulo Cinco

Cuando Lily salió del baño se paró en seco al ver a Daniel sentado en el borde de la cama vestido únicamente con unos boxers de color azul oscuro.

Lo había visto desnudo muchas veces durante los tres meses que habían estado saliendo, y cada una de ellas se le había acelerado el pulso de excitación, pero esa noche, después de la noticia de que su padre había sido asesinado, no le parecían en absoluto apropiados los pensamientos que estaba teniendo.

¿Pero cómo podría no excitarse al verlo medio desnudo, con aquellos anchos hombros, esos pectorales, esos músculos abdominales...?

–¿Estás más relajada? –le preguntó Daniel mientras se acercaba a él.

–Un poco.

¡Cómo le gustaría poder cerrar los ojos y que las cosas volviesen a ser como antes de la cena de Navidad!

Su padre aún estaría vivo, y ella no estaría a punto de darle a Daniel aquella noticia que lo haría salir huyendo de ella como alma que lleva el diablo.

Claro que eso significaría también que no estaría embarazada como lo estaba, y el bebé que llevaba en su vientre, pasara lo que pasara entre Daniel y ella, era algo a lo que no renunciaría por nada del mundo.

Daniel se puso de pie y la atrajo hacia sí.

–Estoy seguro de que mañana por la mañana, cuando te despiertes y estés más descansada verás las cosas con más calma.

–Daniel, hay algo de lo que tenemos que hablar –le dijo Lily. Le encantaba sentir su pecho desnudo contra su mejilla, pero no podía distraerse; tenía que decírselo ya. Había esperado demasiado–. Es muy importante.

–Esta noche no –insistió él sacudiendo la cabeza. La soltó y se inclinó para apartar la sábana y el edredón–. Necesitas dormir, y no

hay nada que no pueda esperar hasta mañana.

–Pero es que si no te lo digo ahora puede que no…

Daniel la interrumpió colocando un dedo en sus labios.

–Sea lo que sea ya me lo dirás mañana por la mañana.

Lily, que estaba demasiado cansada para discutir, se limitó a asentir y se metió en la cama. Daniel tenía razón: si había esperado todo ese tiempo, bien podía esperar ocho horas más.

–Intenta descansar –le dijo Daniel mientras la arropaba. Se inclinó para besarla fugazmente en los labios–. Hasta mañana.

Mientras lo veía salir, Lily no pudo evitar sentir cierta decepción por que hubiera cumplido su palabra respecto a lo de dormir en otra habitación.

Pero no debía sentirse así, se reprochó rodando sobre el costado. Aunque no hubieran hecho el amor, el mero hecho de pasar la noche entre sus brazos solo habría complicado las cosas y le habría hecho más difícil decirle a la mañana siguiente lo del embarazo.

Incapaz de dejar de darle vueltas a cómo iba a decirle que dentro de siete meses iba a ser papá, finalmente fue el cansancio lo que la hizo quedarse dormida.

Lo siguiente que recordaba era despertarse y ver a Daniel tendiéndose a su lado y atrayéndola hacia sí.

–Tranquila, Lily –dijo acunándola contra su pecho desnudo. Le secó las lágrimas de las mejillas con la yema del pulgar–. Estoy aquí, cariño; no ha pasado nada; solo era una pesadilla.

Lily recordó entonces. Tal vez hubiera sido únicamente un mal sueño, pero… ¿y si se hacía realidad? En el sueño le había dicho a Daniel lo del bebé, y había visto el deseo en sus ojos transformarse en una expresión de desprecio absoluto.

Cuando decidió dejar de ver a Daniel, después de Navidad, se había dicho que estaba haciendo lo correcto, poniendo fin a aquello antes de que se enamorase de él y acabase con el corazón roto cuando él perdiese interés en ella al saber lo del embarazo.

Sin embargo, la verdad era que ya estaba enamorada de él. Probablemente lo había amado desde el día en que se habían conocido.

Sabía que aquello no tenía sentido, pero quería pasar una noche más entre sus brazos. Acurrucándose contra él le preguntó:

–¿Podrías quedarte conmigo?

–No me iré a ninguna parte –le prometió él acariciándole la espalda–. No hasta que tú me digas que quieres que me marche.

Lily apoyó la cabeza en su hombro y la mano en su pecho. Los rítmicos latidos del corazón de Daniel bajo su palma y sus fuertes brazos rodeándola la hacían sentirse segura. Era como si allí fuera donde le correspondía estar: entre sus brazos.

–Lily, no me malinterpretes –le dijo él con voz algo ronca–. Me encanta sentir tus manos en mi piel, pero como sigas haciendo eso no puedo garantizarte que vaya a seguir comportándome como un caballero mucho más tiempo.

Lily, al darse cuenta entonces de que había estado subiendo y bajando la mano por su pecho y su abdomen, paró de inmediato.

–Lo siento, estaba haciéndolo sin pensar –balbució.

Sin embargo, cuando fue a apartar la mano Daniel puso la suya sobre la de ella y la apretó contra su pecho antes de tomar sus labios con un beso que hizo que una oleada de calor la invadiera.

–No sabes cómo echaba de menos tenerte en mis brazos, Lily. He echado de menos tus caricias y el poder acariciarte yo a ti. En estas tres semanas no he podido pensar en otra cosa. Pero en los últimos días has vivido momentos muy traumáticos y no pienso aprovecharme de la situación.

Lily comprendía que estaba tratando de comportarse de un modo honorable, ¿pero era eso lo que ella quería?, ¿pasar simplemente la noche en los brazos del hombre al que amaba? ¿Y si fuera la última vez?

–No estarías aprovechándote de la situación –le dijo, tomando una decisión–. Quiero que me hagas olvidar lo que está pasando ahí fuera –lo besó en la mandíbula–. Quiero que me hagas el amor, Daniel.

Lo vio cerrar los ojos con fuerza y tragar saliva antes de volver a abrirlos.

–¿Estás segura de que es lo que quieres? –le preguntó, incorporándose sobre el codo para mirarla–. Preferiría darme una docena de duchas frías antes que tener que lamentarme después de haberte hecho el amor.

–Tengo muchas dudas –le dijo ella con sinceridad–, pero sí sé que pase lo que pase no me arrepentiré de esto.

Daniel pareció darse por satisfecho con aquella respuesta porque

sin más vacilación inclinó la cabeza para tomar sus labios. Beso tras beso la excitación de Lily fue en aumento, y cuando la lengua de él acarició la suya una ráfaga de calor la sacudió.

Mientras exploraba cada rincón de su boca, Daniel le deslizó una mano por el costado hasta el dobladillo del camisón. Cuando las yemas de sus dedos le rozaron el muslo mientras subía la prenda lentamente, un escalofrío de placer le recorrió la espalda, y tuvo que recordarse que tenía que respirar.

La mano de Daniel continuó subiendo por su cuerpo hasta llegar a la curva de un seno, y frotó el pezón con el pulgar, haciéndola sentir acalorada.

Incapaz de permanecer quieta, se incorporó un poco para que le fuera más fácil quitarle el camisón. Quería sentir sus manos en todo su cuerpo y quería acariciar todo su cuerpo ella también.

Daniel la despojó del camisón con un movimiento limpio y lo arrojó al suelo. Luego, cuando se inclinó sobre ella, la agradable sensación de estar piel contra piel inflamó todavía más el deseo de Lily.

Recorrió su torso y su abdomen con las manos, sintiendo el poder que vibraba en su interior. Le encantaba su cuerpo; le encantaba el contraste entre sus formas esculpidas y las redondeces de su cuerpo femenino.

–Voy a besar y a acariciar cada centímetro de tu cuerpo –murmuró Daniel contra su piel mientras sus labios descendían por su cuello, beso a beso–. Y cuando acabe no te quedará la menor duda de cuánto te he echado de menos estas últimas semanas.

Aquella sensual promesa la hizo estremecerse de deseo.

Cuando los labios de Daniel llegaron a la curva de su seno y se cerraron sobre el sensible pezón se le cortó el aliento. Sostuvo la cabeza de Daniel con ambas manos mientras lo succionaba y lo lamía. Incapaz de contenerse, un tímido gemido de placer escapó de su garganta. La estaba volviendo loca y estaba disfrutando de cada instante.

–¿Te gusta esto, Lily? –le preguntó mientras sus labios bajaban por su estómago, depositando en su piel un reguero de besos.

–Sí... sí...

Daniel trazó con un dedo el elástico de sus braguitas.

–¿Quieres que pare?

–Co-como pares... no te lo perdonaré nunca –jadeó ella sin aliento.

La suave risa de Daniel hizo que su alma vibrara, igual que la cuerda de un instrumento.

–Cariño, yo tampoco quiero parar.

Cuando deslizó la mano dentro de sus braguitas, Lily levantó las caderas y Daniel se deshizo en cuestión de segundos de la minúscula prenda, que fue a unirse con el camisón en el suelo.

El corazón le martilleaba contra las costillas mientras esperaba a que la tocase, y en el momento en que su mano finalmente cubrió sus suaves rizos púbicos e introdujo los dedos entre ellos para acariciarla con una ternura exquisita, sintió que no podía más.

–Po-por favor... Daniel... –le suplicó, alargando el brazo para tocarlo a él también. Quería más; quería que llenase ese vacío que amenazaba con consumirla–. Te necesito... ahora...

Daniel se quitó los boxers y volvió a colocarse sobre ella.

E vientre palpitó en respuesta a la erección de Daniel, que notaba apretándose contra su delicado muslo.

Quería que sus cuerpos se unieran por fin, que se convirtieran en un solo corazón, una sola mente, una sola alma.

–Cariño, me he dejado llevar de tal modo que se me ha olvidado que no tengo un preservativo –le dijo Daniel en tono apesadumbrado.

–Oh, eso. Em... por eso no tienes que preocuparte –le aseguró Lily.

–¿Estás en un momento del mes en que no hay peligro? –inquirió él mientras sus dedos seguían excitándola.

Lily asintió con un vago umm.

Sabía que no estaba viendo que le estuviera contestando con evasivas en vez de decirle que no había peligro de que se quedase embarazada porque ya lo estaba, pero quería disfrutar de aquella última vez con él, grabarla en su memoria para que la reconfortase en las noches solitarias que estaban por llegar.

Sin vacilar, Daniel le separó las piernas con la rodilla y se colocó en posición entre ellas. Lily alargó la mano para guiarlo dentro de sí, y cerró los ojos para saborear la exquisita sensación de unirse del modo más íntimo posible al hombre al que amaba.

–Abre los ojos, cariño –le dijo Daniel cuando se hubo hundido

por completo dentro de ella–. No los apartes de los míos.

Lily lo miró a los ojos, y cuando Daniel comenzó a moverse se sintió como si estuviese perdiéndose en ellos.

Un fuego abrasador estaba apoderándose de ella, como una espiral de calor, mientras respondía con abandono a cada una de sus embestidas. Se aferró a sus hombros, y los músculos de su vagina se contrajeron en torno al miembro de Daniel.

El tiempo pareció detenerse mientras la tensión en su interior iba in crescendo, y de pronto se liberó en forma de oleadas de placer que reverberaron hasta su alma.

Momentos después Daniel profirió un intenso gemido, y Lily lo sintió tensarse dentro de sí llegar él también al orgasmo.

Cuando se derrumbó sobre ella y hundió el rostro en su hombro, Lily lo abrazó mientras los dos regresaban poco a poco a la realidad.

Le gustaba tanto sentirlo dentro de sí y sentir el peso de su cuerpo sobre el suyo, que cuando Daniel se quitó de encima de ella, rodando sobre el costado, fue como si, estando tapada con una cálida manta, alguien se la hubiese arrancado de un tirón.

–¿Estás bien? –le preguntó Daniel, atrayéndola hacia sí.

Lily quería decirle que lo amaba, que siempre lo amaría, pero estaba segura de que no era eso lo que él quería oír.

–Ha sido increíble –murmuró.

–Pues aún tengo unos cuantos ases bajo la manga –dijo él, y la besó en la frente.

–Yo no veo que lleves puesta una camisa –lo picó ella.

–Calla, mujer –replicó él riendo–. Con camisa o sin ella, te aseguro que aún no lo has visto todo. La próxima vez será aún mejor.

Lily sabía que no habría una próxima vez cuando le dijera lo del bebé, pero se acurrucó contra él y se propuso no pensar en eso hasta que llegase la luz del día.

La luz del alba que se filtraba a través de las cortinas del dormitorio despertó a Daniel, cuyo brazo yacía sobre el estómago de Lily. La atrajo hacia sí y sonrió al sentir sus suaves curvas apretarse contra su costado.

La noche anterior había sido increíble.

¡Cuánto había echado tanto de menos la pasión y la desinhibición de Lily! Le encantaba cómo respondía a sus caricias, y que no mostrase la menor timidez en acariciarlo ella también, excitándolo como ninguna otra mujer lo había excitado jamás.

Se incorporó sobre el codo para mirar a aquella belleza que dormía plácidamente a su lado. También había echado de menos despertarse por la mañana con su cálido cuerpo desnudo a su lado.

Sin embargo, mientras la observaba, frunció el ceño. Lo preocupaba un poco la facilidad con la que se había acostumbrado a esas pequeñas cosas, como despertarse junto a ella, o esa adorable propensión que tenía Lily a invadir su lado de la cama.

Desde luego no podía decirse que echara ninguna de esas dos cosas de menos de su ex, porque durante el tiempo que habían estado casados apenas habían dormido en la misma cama más que unas pocas veces al mes.

Se tumbó sobre la espalda y dobló los brazos detrás de la cabeza.

Su ex había usado el sexo como un instrumento de negociación, una manera de coaccionarlo para que le comprara unos pendientes de diamantes, o el Ferrari rojo del que se había encaprichado con la excusa de que lo necesitaba para ir de compras. Cuando no, dormían en habitaciones separadas.

En fin, eso era algo de lo que no tendría que volver a preocuparse, se dijo satisfecho. Ahora estaba soltero, y así pensaba seguir.

Volvió a mirar a Lily, que continuaba durmiendo. Lo que había entre ellos era especial, y si su madre no volvía a entrometerse podrían seguir juntos el tiempo que durase.

Luego, cuando la chispa se apagase o se cansasen el uno del otro, cada uno se iría por su lado sin rencores y sin hacerse daño el uno al otro.

En ese momento Lily gimió y se movió.

Daniel se preguntó si estaría teniendo una pesadilla, e iba a inclinarse sobre ella para acariciarle la mejilla cuando Lily abrió los ojos, se incorporó como un resorte y se bajó de la cama para salir corriendo al cuarto de baño.

–¿Pero qué...? –murmuró Daniel para sí. Tomó sus boxers del suelo y se los puso antes de acercarse a la puerta cerrada del baño y llamar con los nudillos–. ¿Estás bien, cariño?

Al ver que no contestaba intentó girar el pomo, pero Lily había echado el pestillo.

–Lily, ¿qué es lo que pasa?

–Por... por favor, márchate –le dijo ella, y poco después Daniel la oyó vomitando.

–No voy a irme a ninguna parte –respondió él con firmeza–. Cuando te encuentres un poco mejor abre la puerta.

Mientras tomaba la bata de Lily del armario y esperaba a que abriera, Daniel se preguntó qué podría pasarle. No podía ser una intoxicación por algo que hubiera comido porque entonces él también la tendría. Tal vez fuera una reacción postraumática por la noticia de que su padre había sido asesinado.

Sí, podía ser eso, unido al circo mediático que se había montado en torno a la casa de su madre, y el hecho de que la policía fuese a interrogar a toda su familia.

Cuando finalmente Lily salió la ayudó a ponerse la bata y la condujo hasta los pies de la cama para que se sentara.

–Vuelvo enseguida –le dijo.

Fue al baño y regresó con una toallita húmeda. Hincó una rodilla en el suelo, frente a Lily, y le aplicó la toalla en las mejillas y en la frente.

–¿Te encuentras mejor?

Lily asintió.

–Daniel... –hizo una pausa para inspirar profundamente–. Tenemos que hablar.

–¿Por qué no te tiendes antes y descansas un poco? –le sugirió él–. Ya hablaremos luego.

–No. Tengo que decírtelo ahora –replicó ella sacudiendo la cabeza–. Si no, perderé el valor y no seré capaz de hacerlo.

Algo en su tono de voz hizo que a Daniel se le erizara el vello de la nuca.

–¿De qué se trata?

Lily cerró los ojos, volvió a inspirar profundamente, abrió los ojos de nuevo, y le dijo:

–Estoy embarazada.

–Embarazada...

Una mezcla de sorpresa e incredulidad se adueño de él. De repente le parecía que le faltara el oxígeno. Se puso de pie lentamente, con la mirada perdida, y fue a sentarse en una silla que había junto a la pared, frente a los pies de la cama, y se quedó mirando a Lily sin saber qué decir.

–Estás embarazada... –repitió, sintiéndose como un loro.

Aquello era lo último que había esperado que dijese.

–Esa es la razón por la que he vomitado, y por la que últimamente tengo tanto apetito –añadió Lily vacilante–. Y también es la razón por la que últimamente he estado tan cansada y tengo que echarme una siesta por las tardes.

Daniel abrió y cerró la boca varias veces, intentando decidir qué preguntarle primero. ¿Debería preguntarle cuándo había descubierto que estaba embarazada? ¿Cuándo nacería el bebé? ¿O qué quería hacer? ¿Cómo diablos se suponía que debía enfrentarse un hombre a una situación como aquella en la nunca había imaginado encontrarse?

–Pero... ¿cómo ha podido pasar? –inquirió finalmente, cuando recobró el habla. Al verla enarcar una ceja sacudió de inmediato la cabeza–. Borra eso; sé cómo ha pasado. Lo que quiero decir es que no recuerdo ninguna vez en la que... siempre hemos tenido cuidado.

–Creo que debió ser en la noche de Acción de Gracias –contestó ella con un suspiro–. Nos dejamos llevar y ninguno de los dos nos dimos cuenta de que no habíamos usado preservativo hasta que ya lo habíamos hecho.

Daniel asintió.

–Sí, ahora lo recuerdo. ¿Y cuándo te diste cuenta de que estabas embarazada?

–La mañana del día que cenamos en casa de tu madre por Navidad –respondió ella con cierta vacilación–. Iba a habértelo dicho esa noche, pero...

–Pero mi madre habló antes contigo.

–¿Cómo lo sabes? –inquirió ella sorprendida–. Yo no te dije nada.

Daniel se levantó y comenzó a andar arriba y abajo mientras hablaba.

–Ni falta que hacía. Después de darle muchas vueltas me di cuenta de que habías dejado de devolver mis llamadas y a evitarme

justo después de la fiesta. Y conociendo como conozco a mi madre sospechaba que podría haberte hecho algún comentario malintencionado, metiendo las narices donde no la llaman como acostumbra a hacer. El otro día la interrogué al respecto y me lo confesó todo –en ese momento un pensamiento cruzó por su mente y se paró en seco para mirar a Lily–. Si no nos hubiéramos encontrado en el bufete el día de la lectura del testamento de tu padre, ¿me habrías dicho lo del embarazo?

Lily bajó la vista a las manos entrelazadas sobre su regazo.

No hubo vacilación en su voz cuando contestó:

–Iba a decírtelo cuando acabaran las fiestas, pero con la muerte de mi padre y todo lo que ha pasado después no he encontrado el momento hasta ahora.

–Lily, los dos sabemos que eso no es verdad –replicó él sacudiendo la cabeza–. Ha habido muchos momentos a lo largo de esta semana en los que podrías habérmelo dicho.

Cuando Lily lo miró a los ojos Daniel vio en su rostro una expresión desafiante que nunca antes había visto.

–Tienes razón. Podría habértelo dicho antes, pero no estaba segura de que fuera una buena idea que lo supieras hasta que mi embarazo estuviera más avanzado.

De pronto Daniel comprendió lo que quería decir.

–Pensaste que te diría que abortaras, ¿no es así?

–No estaba segura –contestó ella sacudiendo la cabeza–. Pero no quería arriesgarme a que intentaras convencerme para que no tuviera al niño.

Daniel se acercó para arrodillarse de nuevo frente a ella y la tomó de las manos.

–Lily, tienes que creerme: yo jamás te pediría que hicieras algo así. Es verdad que entraba en mis planes inmediatos tener un hijo, pero eso no significa que vaya a desentenderme de mis obligaciones como padre si decides que quieres tener ese bebé.

Lily irguió los hombros, desafiante, antes de levantarse y recoger su camisón del suelo.

–No necesito nada de ti, Daniel. Soy perfectamente capaz de criar a ese bebé sin tu ayuda –señaló a su alrededor con un ademán–. Como puedes ver tengo una casa enorme donde podría criar a media docena de niños más si quisiera tenerlos –fue hasta el

armario y sacó de él unas cuantas prendas–. Para mí un hijo no es una responsabilidad; es una bendición –le espetó.

Y antes de que Daniel pudiera reaccionar, entró en el cuarto de baño y cerró dando un portazo.

El ruido hizo reaccionar a Daniel. Tenía que pensar; tenía que decidir cómo iba a afrontar aquello.

Se fue al otro baño a darse una ducha rápida, se vistió, y bajó para ver si había algún paquete de café entre las cosas de cocina que habían llevado al hacer la mudanza. Había uno abierto. Puso la cafetera en marcha y salió al patio.

El sol brillaba, pero Daniel se encontraba ajeno a todo lo que lo rodeaba.

Lily iba a tener un bebé.

Todavía no podía creérselo.

Y aún más increíble que eso era el hecho de que no le parecía tan horrible la idea de ser padre como siempre había pensado que le parecería. ¿Sería porque todavía no se había recuperado del shock? ¿O sería que estaba volviéndose blando con la edad?

Como nunca había pensado en ser padre. ¿Qué clase de padre sería?

Teniendo en cuenta que era hijo único y que sus padres no habían sido demasiado buenos padres, no podía decirse que tuviera un modelo que seguir. De hecho, no sabía nada de niños, ni sabía cómo tratarlos.

Se masajeó la nuca con la mano para aliviar la tensión que se le estaba acumulando allí.

Criar a un hijo no era como comprarse un coche. Al menos los coches venían con un manual de instrucciones donde se detallaba cada pieza y cómo resolver determinados problemas.

Había oído que a los padres primerizos el hospital les daba algún folleto informativo, pero que aparte de eso tenían que apañárselas solos.

¿Y cómo iban a resolver la cuestión de la custodia del niño?

Aunque no hubiese entrado en sus planes hasta ese momento el ser padre, quería ser parte de la vida de su hijo, y no le hacía mucha gracia la idea de poder verlo solo unos días a la semana.

No, si iba a ser padre quería hacer las cosas bien, y sabía lo que eso implicaba.

Inspiró profundamente y volvió a entrar en la cocina.

Sus ojos se posaron en el botellero que había en un rincón. No le iría mal un trago en ese momento, pero era demasiado temprano. Tendría que confiar en que una taza de café solo le diese el empujón que necesitaba.

Veinte minutos después, cuando Lily entró en la cocina lo encontró sentado a la mesa tomándose a sorbos esa taza de café y preguntándose cómo iba a reaccionar cuando le dijese la decisión que había tomado.

–¿Te encuentras mejor?

–Un poco.

Lily llenó de agua la tetera para preparar té y la puso en el fuego. Cuando Daniel la vio abrir un armarito y ponerse de puntillas para alcanzar una caja de galletas saladas, se levantó para ayudarla.

–¿Solo vas a tomar eso para desayunar? –le preguntó frunciendo el ceño–. ¿No deberías tomar algo más?

–El té y las galletas saladas a veces me van bien para que se me asiente el estómago cuando tengo náuseas –le explicó Lily sacando una bolsita de té de su caja.

–¿Por qué no te sientas y dejas que te prepare yo el té? –se ofreció él con una sonrisa–. No tienes buena cara.

Por un momento pensó que Lily iba a rehusar su ayuda, pero al final le hizo caso y fue a sentarse a la mesa.

–Las náuseas no se me suelen pasar hasta media mañana –le dijo.

Cuando pitó la tetera Daniel la apartó del fuego, preparó una taza de té con el agua hirviendo, y la llevó a la mesa junto con un plato con unas cuantas galletas.

–¿Quieres que hablemos? –le preguntó cuando se hubo sentado.

Lily le dio un mordisco a una galleta antes de contestar.

–No sé de qué quieres que hablemos, Daniel. Para mí este bebé es un regalo del cielo, y para ti solo una molesta obligación.

–Cariño, tienes que comprenderme –dijo Daniel alargando el brazo para poner su mano sobre la de ella.

Daniel habló con tranquilidad:

–Ser padre es algo que ni se me había cruzado por la mente, y

para mí ha sido un shock enterarme de que voy a tener un hijo. No sé nada de niños, pero cuando te dije que no iba a desentenderme de mi responsabilidad lo que quería decir es que haré todo lo posible por ser un buen padre.

–Pues no fue esa la impresión que me dio –murmuró ella, mirándolo como si no creyese lo que le estaba diciendo.

–Lo siento si ha sido así –le dijo Daniel con sinceridad–, pero te doy mi palabra de que, aunque no habíamos planeado esto, voy a hacer lo correcto por el bebé y por ti.

Ella se quedó mirándolo un momento antes de sacudir la cabeza con vehemencia.

–¡Ah, no! No te atrevas a...

–Vas a ser la madre de mi hijo –la interrumpió Daniel–, y tan pronto como sea posible, te convertiré en mi esposa.

Capítulo Seis

–¡Ah, no! ¡De eso ni hablar! –exclamó Lily apartando la mano–. Hasta hace una hora no querías casarte; ni conmigo ni con ninguna otra mujer. No puedes venirme ahora de repente con que tu opinión del matrimonio acaba de dar un giro de ciento ochenta grados solo porque te he dicho que estoy embarazada.

–Cariño, no creo que en tu estado te convenga alterarte de ese modo –le dijo Daniel. Él, por contra, parecía tan calmado que a Lily le entraron ganas de lanzarle algo a la cabeza–. Estoy seguro de que no es bueno ni para ti ni para el bebé.

–Tú no tienes la menor idea de lo que nos conviene al bebé o a mí –le espetó ella.

–Cierto, pero en cuanto abra el centro comercial pienso ir allí para ponerle remedio –contestó él, como si su acusación no le hubiera afectado en lo más mínimo–. Compraré todos los libros que encuentre sobre el embarazo y sobre cómo criar a un hijo. Y puedes estar tranquila, que para cuando des a luz sabré todo lo que haya que saber.

Lily, incapaz de seguir sentada ni un segundo más, se levantó de la mesa.

–Mira, Daniel, me parece admirable que quieras aprender todo lo que puedas sobre el cuidado de los bebés y que quieras ser un buen padre, pero para eso no tienes que casarte conmigo.

–Ya lo sé –contestó él levantándose también–, pero es lo que quiero.

Lily, que estaba empezando a notar el principio de un dolor de cabeza, se masajeó las sienes con los dedos.

–No, Daniel, eso no es lo que quieres, y si no fueras tan cabezota lo reconocerías.

–Un niño necesita que sus padres estén juntos –insistió él–. Además, como pareja tenemos muchas cosas a nuestro favor para que las cosas funcionen.

Lily se quedó mirándolo boquiabierta de incredulidad.

–¿Como qué?, ¿el sexo?

Daniel tuvo el descaro de sonreír.

–Bueno, eso también. En fin, no me negarás que lo pasamos bien en la cama.

–Un matrimonio es mucho más que el sexo –le espetó Lily. ¿Cómo podía pensar que era algo tan simple?

–De acuerdo, pero puede ser un buen comienzo –apuntó él, atrayéndola hacia sí.

–No hablas en serio, ¿no? –Lily no podía creerse que estuvieran teniendo aquella conversación–. ¿Qué hay de la confianza y el respeto mutuo?

–Bueno, si no confiaras en mí no te habrías acostado conmigo –razonó él–. Y si te estoy pidiendo que te cases conmigo es porque te respeto.

–Ah, claro, eso es lo que toda mujer quiere oír –dijo Lily con sarcasmo, apartándose de él. Levantó una mano y empezó a enumerar con los dedos las razones para rechazar su «propuesta» de matrimonio–. Para empezar... uno, no voy a casarme contigo porque no me lo has pedido. Me has dicho que íbamos a casarnos sin siquiera consultármelo.

–¿Qué quieres, que te lo pida de rodillas? –le preguntó él con una sonrisa.

Lily lo ignoró.

–Dos: porque no nací ayer, y conociendo como conozco tu opinión sobre el matrimonio, no soy tan tonta como para creer que cuando te he dicho que estoy embarazada milagrosamente tu opinión haya cambiado. Y tres: la razón más importante por la que me niego a casarme contigo es que no me quieres.

–No creo que el amor sea necesario en el matrimonio –replicó él irguiendo los hombros, como preparándose para una batalla.

–Pues yo creo que sí lo es –contestó ella, sabiendo que habían llegado a un callejón sin salida. De pronto se sentía derrotada. Sacudió la cabeza–. Voy a subir a echarme un rato antes de llamar a mi madre para saber si ya se ha ido la gente de la televisión que había acampado frente a la casa. Por favor, activa la alarma cuando te marches.

–Seguiremos hablando esta tarde cuando traigamos el resto de tus cosas –le dijo Daniel mientras ella salía de la cocina.

Ella no se molestó en pararse a contestarle que no había nada más que decir. ¿Para qué si no había escuchado nada de lo que le había dicho?

Cuando llegó al dormitorio se tumbó en la cama y abrazó un almohadón contra su pecho. Se sentía como si su corazón estuviera resquebrajándose.

Había sabido desde un principio, por los chismes que había oído en los actos benéficos a los que había asistido en los últimos años, que Daniel no quería casarse ni tener hijos porque estaba satisfecho con la vida de soltero que llevaba. Sin embargo, cuando se presentó y le pidió bailar en la fiesta benéfica del Children's Hospital en el que se conocieron, en el momento en que la tomó entre sus brazos se había enamorado como una tonta de él.

Y ahora Daniel estaba diciéndole que quería casarse con ella pero no por las razones por las que ella habría querido. Ella quería el cuento de hadas con su «felices por siempre jamás», mientras que él solo pretendía hacer lo correcto.

Los ojos de Lily se llenaron de lágrimas que rodaron por sus mejillas. No quería un matrimonio sin amor como lo había sido el de sus padres. No quería despertarse una mañana y descubrir que Daniel había tenido otra familia en otra ciudad todo ese tiempo.

Se giró sobre el costado y cerró los ojos con fuerza, bloqueando ese pensamiento. El olor de la colonia de Daniel en la almohada hizo que las lágrimas le rodaran con más rapidez por las mejillas. Por más que quisiera fantasear con que Daniel era el príncipe con el que esperaba compartir su castillo algún día, la cruda realidad era que no lo era. Daniel no la amaba, y probablemente nunca la amaría, pero ella se negaba a conformarse con un matrimonio sin amor.

Cuando Daniel entró en la mansión Beauchamp y volvió a activar la alarma, Daniel dejó en el suelo la maleta con su ropa y la bolsa con los libros que había comprado, y subió al piso de arriba.

Había esperado a que Lily se durmiera antes de marcharse, y estaba seguro de que seguiría dormida.

Había pensado tomar prestado uno de los camiones de la compañía para que se llevaran el resto de las cosas de Lily a la

mansión, pero había cambiado de opinión al ver los titulares en la portada del periódico, y en las noticias de uno de los equipos de televisión apostados frente a la casa de los Kincaid había informado en directo sobre las novedades en el caso de la muerte de Reginald.

Los medios parecían decididos a conseguir declaraciones de alguno de los miembros de la familia, o al menos una confirmación de lo que se había filtrado acerca de la doble vida que había llevado durante varias décadas.

Sin embargo, Daniel estaba igualmente decidido a no permitir que fuera a Lily a quien atosigaran. Bastante tenía encima con la muerte de su padre y el embarazo. No necesitaba que esos buitres en busca de una exclusiva le provocasen más estrés.

Cuando entró en el dormitorio, sin embargo, se encontró con que Lily no estaba allí.

–¿Lily? –la llamó saliendo al pasillo.

Solo le respondió el silencio. ¿Estaría fuera, en el estudio? Decidiendo que sería mejor mirar primero en el tercer piso, subió las escaleras.

–Lily, cariño, ¿estás aquí?

Nada, ninguna respuesta. No era propenso a preocuparse, pero después de ir mirando en una habitación tras otra sin encontrarla en ningún sitio estaba empezando a inquietarse. El coche de Lily seguía en la casa de su madre, así que no parecía posible que se hubiese ido sola. No quería ni pensar en el hecho de que el asesino de su padre andaba suelto y no sabían si iba detrás de algún otro miembro de la familia.

Cuando iba a girarse para volver abajo vio que la puerta al final del pasillo que daba a las escaleras por las que subía al mirador estaba abierta. Subió los escalones de dos en dos y respiró aliviado al verla allí de pie, mirando el puerto.

–¿Verdad que es precioso? –le dijo señalando la vista–. Desde aquí se puede ver el faro de la isla Sullivan y el Fuerte Sumter.

Daniel no podía negar que las vistas eran espectaculares, pero le gustaba mucho más la hermosa criatura que tenía ante él. Lily estaba preciosa. Se había recogido la larga cabellera pelirroja en una coleta que dejaba al descubierto la suave y blanca piel de su elegante cuello. Daniel resistió a duras penas la tentación de atraerla hacia sí y besar cada centímetro de ese cuello de cisne, pero

no pudo evitar admirar lo bien que le sentaban el suéter verde esmeralda y los vaqueros que llevaba.

El suéter parecía muy suave, y el color iba muy bien con su pelo y sus ojos azules, y cuando se agachó para recoger del suelo su cuaderno de dibujo y el lápiz, la tela vaquera se estiró, marcando las curvas su espléndido trasero y haciendo que a Daniel se le cortara el aliento y se le acelerara el pulso.

–¿Has traído el camión? –le preguntó Lily irguiéndose y volviéndose hacia él–. No he podido hablar con mi madre, pero imagino que la gente de la televisión ya se habrá ido.

–Me temo que no –respondió Daniel sacudiendo la cabeza–. Cuando pasé por mi apartamento después de ir al centro comercial he visto un informativo en la tele y han salido retransmitiendo en directo delante de la casa de tu madre. Seguramente quieren que alguno de vosotros haga una declaración ante las cámaras y no se irán hasta que lo consigan.

–¿Pero por qué esa insistencia? –se preguntó ella frunciendo el ceño–. No sabemos más de lo que saben ellos.

Daniel no sabía si decirle que se habían enterado de la vida secreta que había llevado su padre en Greenville.

–Cuando un hombre tan importante y conocido como tu padre aparece muerto en extrañas circunstancias es lo que cabe esperar. Esa gente son carroñeros.

–¿Has comprado el periódico de hoy? ¿Sabes si dicen algo de Angela Sinclair y de sus hijos? –inquirió ella vacilante.

Daniel asintió a regañadientes. Tal y como había imaginado Lily habría preferido que eso tardara un poco más en salir a la luz.

–Ahora mismo hablan de la doble vida de tu padre como un rumor que están intentando confirmar.

–Pero no tardarán mucho en confirmarlo –dijo Lily con expresión sombría–. Ojalá nos dejaran en paz.

Daniel le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia sí.

–Yo también querría que pudiera ser así.

–¿Y entonces qué? –dijo Lily–. ¿Voy a tener que esconderme aquí hasta que se vayan y pueda traer el resto de mis cosas?

–Es lo más prudente: esperar unos días –asintió él.

–Supongo que tienes razón –respondió Lily con un suspiro, apartándose de él–. Pero no tienes que quedarte conmigo. Hasta he

encontrado una escalera pequeña que puedo utilizar para llegar a los armarios a los que no alcance.

–Ni hablar –Daniel la hizo volverse hacia él y le puso las manos en los hombros–. Que no se te ocurra subirte a esa escalera. ¿Entendido?

Lily entornó los ojos.

–¿Qué te da derecho a decirme lo que puedo o no puedo hacer?

–Mira, admito que no sé nada de embarazos, pero... ¿y si te caes de la escalera? No creo que eso sea bueno para el bebé.

Estaba seguro de que Lily no se arriesgaría a poner en peligro al bebé, pero su respuesta le dio a entender que seguía enfadada con él.

–No había pensado en eso –admitió de mala gana–, pero no quiero que te sientas en la obligación de tener que quedarte conmigo. Estoy segura de que tienes cosas mejores que hacer.

Daniel resopló lleno de frustración.

–Lily, no voy a irme a ninguna parte. Si he pasado por mi apartamento antes de volver ha sido porque quería traerme algo de ropa.

Ella lo miró furibunda.

–¿Y no te parece que eso ha sido un poco presuntuoso por tu parte?

–Ya te lo he dicho, Lily: no voy a desentenderme de mis obligaciones; voy a estar a tu lado –contestó él, ignorando sus protestas.

Prefirió no decirle que bajo ningún concepto iba a dejarla sola por las noches sabiendo que el asesino de su padre andaba por ahí suelto. Tampoco era que le hiciese gracia dejarla sola durante el día, pero tenía que trabajar. Lo único que lo tranquilizaba un poco era que de día habría demasiados testigos en el parque, al otro lado de la calle, como para que ese asesino se acercase a la casa.

–Y yo te dije a ti que...

–Shh... –la calló él atrayéndola hacia sí para tomar sus labios.

Al principio Lily hizo ademán de apartarlo, pero a medida que continuó besándola notó que su cuerpo se relajaba y oyó caer al suelo el cuaderno de dibujo y el lápiz. Daniel hizo el beso más profundo y lo sorprendió la pasión con que respondió Lily. Tal vez siguiera enfadada con él, pero era evidente que no podía resistirse a

él igual que él no podía resistirse a ella.

Aquel pensamiento lo excitó de tal modo que se dio cuenta de que si no se apartaba de ella acabaría haciéndole el amor allí mismo, en el mirador, y hacerlo en el suelo sería bastante incómodo, se dijo antes de separar sus labios de los de ella.

Cuando dio un paso atrás y miró a Lily, que tenía el rostro aún levantado, pensó que nunca la había visto tan bonita. Sus mejillas estaban sonrosadas por el deseo, y sus ojos brillantes por la pasión contenida. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tomarla de nuevo entre sus brazos.

Decidiendo que necesitaba distraer su mente para no pensar en el sexo, se inclinó a recoger el cuaderno y el lápiz.

Lily había dibujado el interior del mirador en el cuaderno.

–¿Y esto? –le preguntó.

Lily parpadeó, como si acabara de salir de un estado de trance.

–Oh, es que he pensado que podría poner un asiento de madera en forma de herradura; así podría sentarme aquí a dibujar, o simplemente a ver el puerto.

Daniel miró a su alrededor y volvió a mirar el dibujo.

–Si el asiento no es muy ancho podría hacerse –dijo asintiendo con la cabeza.

Mientras bajaban a la cocina a Daniel se le ocurrió una idea. No debería llevar más de un día montar ese asiento que Lily había proyectado. Si conseguía encontrar la manera de sacarla de la casa durante el tiempo suficiente con alguna excusa, podría llamar a un carpintero para que lo hiciese y darle una sorpresa. Tal vez eso lo ayudaría a congraciarse con ella de nuevo.

–¿Tienes planes para el último sábado de este mes? –le preguntó, pensando en un amigo contratista que le debía un favor.

–Bueno, ese día por la tarde tengo un compromiso de trabajo: hay una exposición sobre mis ilustraciones en la librería del centro comercial –le explicó Lily mientras sacaba del frigorífico lo necesario para preparar unos sándwiches–. Estaré allí un par de horas. ¿Por qué lo preguntas?

Daniel se apresuró a inventarse una excusa.

–Estaba pensando que podríamos ir al Fuerte Sumter en uno de esos cruceros turísticos por la mañana, y por la tarde al museo de Charleston.

–La verdad es que hace años que no he estado en ninguno de los dos sitios –dijo Lily vacilante–. Podría estar bien ir ahora, antes de que empiece la temporada turística.

–Eso estaba pensando yo. Pero si tienes lo de esa exposición podemos ir dentro de una semana, ¿qué te parece? –le propuso Daniel.

Le costaría el doble que su amigo hiciera el trabajo si le avisaba con tan poca antelación, pero si con eso hacía feliz a Lily no le importaría lo que tuviera que pagar.

Lily dejó un momento los sándwiches que estaba preparando y alzó la vista hacia él.

–Daniel... no va a funcionar.

–¿El qué?

–Si crees que viniéndote a vivir aquí conmigo y organizando planes de ocio vas a hacerme cambiar de idea respecto a casarme contigo, te equivocas –respondió ella, sacudiendo la cabeza–. Sé lo que quiero y es algo que tú no puedes o no quieres darme. Y no pienso conformarme con menos.

–Bueno, olvidémonos de eso por un momento. ¿Qué me dices de lo que te estoy proponiendo? Vamos, será divertido.

Lily se quedó callada un momento pero finalmente dijo que sí a regañadientes.

Mientras comían, Daniel pensó en lo que le había dicho Lily. Sabía que quería un matrimonio basado en el amor, pero él no estaba seguro siquiera de ser capaz de amar ni de saber lo que era el amor. Había recibido muy poco amor durante su infancia y adolescencia, y su matrimonio había sido un desastre.

Suponía que su madre lo quería, pero no se lo había demostrado muy a menudo, y su padre había sido aún peor. Las pocas veces que había tratado de ser cariñoso con él lo había visto incómodo y había sido algo forzado.

Lily le importaba, y no había duda de que la deseaba, pero no estaba seguro de poder decir que la amaba.

–Daniel, ¿me estás escuchando? –le preguntó ella, sacándolo de su ensimismamiento.

–Perdona, estaba pensando en un problema del trabajo –mintió él–. ¿Qué decías?

–Te estaba preguntando si querrías venir conmigo el jueves por

la noche a casa de mi hermano. Voy a hacer de canguro de mi sobrino de tres años –repitió Lily antes de tomar un sorbo de leche.

–¿Y no le importara a tu hermano que vaya yo también?

Lily sacudió la cabeza.

–No veo por qué. Además, esto te dará una idea de lo que es cuidar a un niño y podrás ver cómo te manejas con él.

Daniel estaba seguro de que Lily esperaba que declinase su invitación, y en el pasado probablemente lo habría hecho, pero quería que viese que iba en serio con lo de ser un buen padre y no le iría mal comprobar de primera mano con qué panorama se encontraría cuando su hijo fuera un poco mayor, así que esbozó una sonrisa y asintió.

–Me parece una gran idea.

Mientras miraba a Daniel sentarse en el suelo para ayudar a Flynn a construir un rascacielos con piezas de Lego, Lily se maravilló de lo bien que estaba manejándose con su sobrino.

Desde el momento en que habían entrado en casa de Matt el pequeño se había metido a Daniel en el bolsillo, y saltaba a la vista que Daniel estaba disfrutando jugando con él. Para no tener ningún trato con niños lo estaba haciendo realmente bien.

–Ya casi es hora de irse a dormir, Flynn –dijo Lily mirando el reloj.

–Papá «sempre» me da natillas antes de irme a la cama –respondió el pequeño.

–Es verdad, me lo ha dicho. ¿Qué te parece si mientras las caliento le enseñas a Daniel lo bien que guardas tus juguetes?

Flynn, que era un niño muy obediente, asintió y empezó a guardar los bloques de plástico en su caja.

–¿Me ayudas, «Danel»? –le pidió a Daniel.

Lily sonrió mientras salía del salón. Para un niño de su edad Flynn tenía mucho vocabulario, pero todavía le costaba pronunciar algunas palabras.

Minutos después se asomaba a la puerta del salón para decirles que las natillas ya estaban listas.

–Venga, «Danel» –dijo Flynn tendiéndole la mano a Daniel–. Es la hora de las natillas.

Cuando se sentaron los tres en la cocina, Flynn hundió la cuchara en el cuenco y se la acercó a Daniel.

–¿«Teres» un poco?

Daniel sonrió.

–Gracias, Flynn, pero no tengo hambre –dijo despeinándole el cabello–. Pero te prometo que la próxima vez que venga me tomaré unas natillas contigo, ¿te parece?

El pequeño se metió la cuchara en la boca antes de asentir con vehemencia.

Mientras se tomaba las natillas, Lily le dijo a Daniel:

–Te he visto bastante suelto.

Daniel miró a Flynn antes de volver la cabeza hacia ella.

–Este pequeñajo hace que resulte fácil –le dijo con una sonrisa que la hizo derretirse por dentro–. Gracias por traerme contigo.

–No hay de qué –contestó ella devolviéndole la sonrisa mientras le limpiaba la boca y las manos a Flynn con una servilleta–. Bueno, Flynn –le dijo a su sobrino levantándolo de la silla y tomándolo en brazos–. ¿Listo para tu baño antes de irte a la cama?

Flynn le rodeó el cuello con los brazos.

–¿Me vas a leer un cuento?

–Pues claro.

–¿Te quedas al cuento, «Danel»?

–No me lo perdería por nada –le aseguró Daniel.

Diez minutos después, cuando Flynn ya estaba bañado y vestido con su pijama, volvieron al salón, y se sentaron en el sofá. Flynn se subió al regazo de Daniel.

–¿Quieres que esta noche el cuento lo lea Daniel? –le preguntó Lily a su sobrino.

–No, tú, tía Lily –respondió Flynn apoyando la cabeza en el hombro de Daniel, que había rodeado su cuerpecillo con su brazo.

Aquella imagen enterneció a Lily. ¿Por qué le resultaría tan sexy que un hombre se mostrase amable y atento con un niño? Probablemente era porque sus hormonas estaban revolucionadas por el embarazo, se dijo, y abrió el libro.

Mientras leía el cuento miraba de vez en cuando a Flynn, y vio que se le estaban cerrando los ojos. Cuando estuvo segura de que se había dormido, cerró el libro, e iba a levantarse del sofá cuando Daniel le preguntó sonriendo:

–¿Y qué pasa al final? ¿Encontró el perrito el camino de vuelta a casa?

–Pues claro –contestó ella riéndose–. Todos los cuentos infantiles tienen un final feliz. ¿Por qué querías saberlo? ¿No irás a decirme que te había atrapado la historia hasta ese punto?

–No, es que quería saberlo por si Flynn me pregunta la próxima vez que cuidemos de él –le contestó Daniel, levantándose con Flynn en brazos–. Si me indicas el camino a su dormitorio, lo llevamos a la cama.

¿Quería volver a acompañarla la próxima vez que tuviese que cuidar de Flynn? No podía creerse lo que estaba oyendo, pensó Lily mientras lo conducía por el pasillo hacia el dormitorio de su sobrino. Parecía que Daniel iba en serio con lo de aprender lo necesario para ser un buen padre. Aunque no pudiese corresponder al amor que ella sentía por él, el saber que sí querría a su hijo era muy importante para ella.

Cuando hubieron vuelto al salón después de acostar al pequeño, Daniel se sentó en el sillón orejero y ella en el sofá.

–Bueno, ¿qué te ha parecido la experiencia? ¿Cómo te has visto? –le preguntó a Daniel.

–Pues la verdad es que muy bien –contestó él sonriendo–. No estaba seguro de cómo iba a salir la cosa, pero me he divertido. Flynn es un crío estupendo.

–Sí que lo es –dijo Lily–. Claro que supongo que no puede decirse que mi opinión respecto a él sea muy objetiva porque es mi sobrino y lo adoro.

Los dos se quedaron callados un instante, y fue Daniel quien rompió el silencio.

–¿Y su madre?

–Murió en un accidente de avión hace un par de años; se llamaba Grace –le explicó Lily–. Iba a visitar a sus padres, a pasar un fin de semana con ellos, pero su avión se estrelló. Fue muy triste. Había ansiado tanto tener un hijo... Pero el destino le arrebató la oportunidad de ver crecer a Flynn. Y aunque Matt está intentando mantener vivo su recuerdo, Flynn no conocerá a su madre más que por las fotografías y los vídeos que Matt guarda de ella.

–Sí que es muy triste –asintió él compadecido. Frunció el ceño–. Has dicho que había ansiado tener un hijo; ¿quieres decir que tuvo

problemas para quedarse embarazada?

–Bueno, no conozco los detalles, pero Grace no podía concebir –Lily bostezó y se acurrucó en la esquina del sofá en la que estaba sentada–. Por eso optaron por una madre de alquiler.

Daniel fue a sentarse junto a ella y le rodeó los hombros con el brazo.

–Imagino que debió ser muy duro para tu hermano. Perder a su esposa y tener que hacer malabarismos para compatibilizar sus labores de padre con su trabajo no debió ser fácil.

–No lo ha sido –asintió Lily–, y la verdad es que estoy preocupada por él. Ahora está echando un montón de horas extras para hacer esos informes para... –volvió a bostezar– Jack Sinclair.

–¿Por qué no te echas una siesta? –le sugirió Daniel.

–No puedo; hemos venido a cuidar a Flynn –replicó ella, pero no pudo resistirse a apoyar la cabeza en el hombro de Daniel.

–Por eso no tienes que preocuparte –le dijo él besándola en la frente–. Si surge algún problema te despertaré.

–Bueno, tal vez si cierro los ojos solo unos minutos... –murmuró ella.

Suponía que Daniel tenía razón. Además, le estaba costando horrores mantener los ojos abiertos. Una pequeña siesta le iría bien.

Daniel sonrió.

Tan pronto como Lily cerró lo ojos supo que se había quedado dormida.

Había empezado a hojear los libros que había comprado, y según parecía era normal que durante los primeros meses del embarazo las mujeres necesitasen descansar.

No podía creerse cómo había cambiado su mundo en tan poco tiempo desde el día en que Lily le había dicho que estaba embarazada. Si una semana atrás alguien le hubiera dicho que iba a ilusionarse tanto con la idea de ser padre y que estaba intentando convencer a una mujer de que se casase con él, se habría echado a reír.

En cambio, después de haber pasado la tarde con el sobrino de Lily y haberse dado cuenta de que no era un completo inútil con los niños, estaba deseando que llegara el día en que pudiese sentarse en

el suelo con su propio hijo o hija a jugar con bloques de Lego.

Era algo que su padre nunca había hecho con él de niño y era una lástima. Su padre había perdido la oportunidad de conocer el mundo a través de los ojos de un niño, y él había echado en falta tener un padre de verdad.

Puso su mano en el vientre aún liso de Lily y pensó que iba a ser una madre extraordinaria. Al observarla esa tarde con Flynn se había maravillado de lo paciente y dulce que era con él, como por ejemplo sugiriéndole que recogiera los juguetes en vez de ordenárselo, o dejando que escogiese él quién quería que le leyese el cuento. Y no la incomodaba en absoluto mostrarle su afecto al pequeño.

En los días anteriores se había preguntado varias veces si serían unos buenos padres, pero ya no tenía dudas. Iban a formar un gran equipo. Pero eso lo llevaba de nuevo al principal problema: ¿cómo iba a convencer a Lily de que se casase con él?

Estaba dispuesto a mantener la palabra que le había dado de no presionarla, pero la verdad era que estaba impaciente por que le diera una respuesta. Quería que su hijo tuviera un padre y una madre.

Se había hecho a la idea –y no había sido una decisión fácil–, de que por el bien de su hijo iba a aventurarse de nuevo en las aguas del matrimonio.

Ahora solo tenía que encontrar la manera de convencer a Lily de que se zambullese con él. Y por lo que a él respectaba, cuanto antes, mejor.

Capítulo Siete

–¿Quién podrá ser? –masculló Lily, corriendo por el pasillo para ir a abrir.

Nadie excepto su familia y Daniel sabía que vivía allí, y él se había marchado hacia algo más de una hora al trabajo.

Esperaba que no fuese un reportero de algún periódico o una cadena de televisión, rogó para sus adentros al llegar al vestíbulo.

Los medios no cejaban en su empeño de conseguir que hicieran alguna declaración, y su madre se había visto obligada a cancelar la cena familiar del domingo anterior, y también la de esa semana.

Un día o dos después de que se supiera que su padre había sido asesinado, Laurel había emitido un comunicado de prensa en nombre de la familia explicando que no sabían más que la policía y pidiendo respeto para ellos y que se respetase su privacidad en esos momentos tan dolorosos. Sin embargo, en vez de lograr con eso que se calmasen las aguas, emitir aquel comunicado había sido como arrojar una cerilla encendida a un bidón de gasolina.

Echó un vistazo por la mirilla, y para su sorpresa se encontró con que su inesperada visita era Charlotte Addison.

Lily casi se sintió tentada de hacer como que no estaba en casa o que no había oído el timbre sonar.

Su padre ya la había avisado de que tendría que lidiar con la madre de Daniel antes o después por lo de la casa, y el posponerlo no iba a hacer que le resultara más fácil, así que inspiró profundamente y se preparó para aquella desagradable confrontación.

–Hola, señora Addison –la saludó cuando abrió la puerta.

La mujer se quedó mirándola como si fuera una aparición.

–¿Qué está haciendo usted aquí? –le preguntó enarcando una ceja, como si lo desaprobara.

–Me mudé hace una semana –contestó Lily, fijándose en que no había ningún coche aparcado delante de la casa.

¿Habría ido hasta allí andando desde East Battery? Había casi un

kilómetro.

–Anoche vi luz en la casa cuando volvía de una reunión de un acto benéfico que estoy ayudando a organizar, pero supuse simplemente que alguien la había alquilado –sacudió la cabeza–. En fin, es igual. ¿Qué piensa hacer tu madre con la casa?

A Lily le habría encantado decirle que no era asunto suyo, pero su madre le había inculcado buena educación: «Respeta siempre a tus mayores y sé cortés con todo el mundo aunque sean groseros contigo».

–Mi madre no es la propietaria, señora Addison –le contestó, haciendo un esfuerzo por refrenar su irritación–. Soy yo. Mi padre me la legó en su testamento.

Para sorpresa de Lily, la madre de Daniel sonrió.

–Entonces no debería haber problema en que lleguemos a un acuerdo.

Lily no tenía ni idea de qué estaba hablando.

–¿Disculpe?

–Esta es la casa de mis antepasados y quiero recuperarla –dijo Charlotte, como si el padre de Lily se la hubiera robado.

–No está en venta, señora Addison –le respondió Lily con firmeza. Una vez había permitido que aquella mujer la intimidase, pero no iba a dejar que ocurriese una segunda vez–. Siempre he estado enamorada de esta casa, desde mi niñez, y era deseo de mi padre que fuese para mí.

El rostro de Charlotte se ensombreció.

–¿Cómo puede sentir apego por una propiedad que no tiene ningún valor sentimental para usted?

–Sí que lo tiene –replicó Lily señalando los jardines de White Point al otro lado de la calle–. Cuando era pequeña mi padre solía traerme al parque y pasaba horas sentada en un banco mirando esta casa y soñando que algún día viviría aquí.

–Una fantasía infantil –se burló Charlotte Addison.

De pronto palideció.

–¿Se encuentra bien, señora Addison? –inquirió Lily preocupada.

–Cre-creo que necesito sentarme un momento –murmuró Charlotte con voz trémula, mirando a Lily como si estuviera en trance.

–Pase dentro; le traeré un vaso de agua –dijo tomando el brazo

de la mujer para sostenerla.

No importaba lo grosera que hubiera sido con ella en aquella fiesta; era la madre de Daniel y la abuela del bebé que llevaba en su vientre. No quería que le ocurriera nada malo.

Una vez que hubo dejado a Charlotte sentada en el sofá del salón, fue a buscarle un vaso de agua a la cocina.

Cuando volvió parecía que la señora Addison ya se encontraba mejor.

–¿No quiere subir los pies un rato, señora Addison? –le preguntó tendiéndole el vaso–. ¿Quiere que llame a Daniel?

–No –se apresuró a decir la mujer, como con pánico. Parecía que no quería que su hijo se enterase de que le había hecho la visita–. Ha debido ser una bajada de azúcar –dijo tomando un sorbo de agua–; pero estoy bien.

Lily, que había tenido en su infancia a una amiga con diabetes, sabía que cuando había una bajada de azúcar lo que necesitaba la persona era comer algo.

–Me estaba haciendo un sándwich de pavo –le dijo a Charlotte–. ¿Por qué no viene a la cocina y le preparo uno a usted también?

La señora Addison se mostró vacilante, algo que nunca habría esperado de ella.

–Es que… no quiero molestar.

–Tonterías –replicó ella ayudándola a levantarse–. No es ninguna molestia.

Mientras preparaba los sándwiches se dio cuenta de que la señora Addison, aunque estaba callada, no dejaba de mirar a su alrededor, fijándose en todas las reformas que había hecho su padre.

–¿Le gusta cómo ha quedado la cocina? –le preguntó poniéndole delante el plato con su sándwich.

–Sí, la verdad es que estoy sorprendida –reconoció la mujer de mala gana–. Está… muy bonita.

–Si le apetece, cuando nos hayamos tomado el sándwich puedo enseñarle el resto de la casa –le ofreció Lily.

No sabía muy bien por qué, pero quería que Charlotte Addison viese las molestias que se había tomado su padre en devolverle a aquella casa la grandeza que había tenido tiempo atrás, aunque, teniendo en cuenta lo resentida que estaba con su padre, estaba

segura de que iba a rehusar su ofrecimiento.

–Sí, me encantaría –respondió la señora Addison para su sorpresa.

***

Cuando Daniel entró por la puerta trasera de la mansión Beauchamp, en un primer momento creyó que estaba teniendo alucinaciones: sentada a la mesa con Lily en la cocina estaba su madre. ¿Qué estaba haciendo allí?

–Hola, Daniel –lo saludó. El tono de su voz, casi afable, lo sorprendió.

–Hola –la saludó con un asentimiento de cabeza.

Le lanzó una mirada a Lily, preguntándose cómo se habría tomado aquella visita. Su madre tenía un don especial para caerle mal a la gente casi sin esfuerzo. Y sabiendo la antipatía que sentía hacia Lily y su familia, estaba seguro de que no habría hecho sino acrecentarse al enterarse de que una Kincaid estaba viviendo en la mansión.

Sin embargo, Lily no parecía irritada en absoluto. Más bien todo lo contrario; parecía relajada y a gusto con su madre.

–Lily, ¿podría hablar contigo un momento en el vestíbulo? –le pidió–. Será solo un momento –le dijo a su madre.

Cuando estuvieron en el vestíbulo, donde su madre no podía oírlos, le preguntó:

–¿Qué está haciendo aquí?

–Había salido a dar un paseo como hace todas las mañanas, según me ha dicho, y se acercó porque pensó que alguien había alquilado la casa. Estábamos hablando en la puerta y se mareó un poco, así que la invité a pasar.

–¿Se mareó?

Su madre siempre había tenido una salud de hierro, pero ya pasaba de los sesenta y tal vez estuviera empezando a tener «goteras».

–Sí, pero ya está bien –lo tranquilizó Lily–. Le pregunté si quería quedarse a almorzar, y después de comer le he estado enseñando las reformas que hizo mi padre.

–¿Y no se ha metido con tu padre ni contigo por lo nuestro? –

inquirió Daniel, incapaz de creer que no hubiese algo más detrás de aquella visita.

–La verdad es que no –respondió ella sacudiendo la cabeza–. Sí me dijo que quería recuperar la casa, pero le contesté que no estaba en venta.

–¿Y lo aceptó, así sin más?

–Al principio no –admitió Lily encogiéndose de hombros–, pero le dije que desde siempre había estado enamorada de esta casa, y que de niña soñaba con vivir aquí algún día. Luego, cuando ha visto las molestias que se había tomado mi padre en reformarla para mí creo que ha comprendido mis sentimientos y se ha hecho a la idea de que no podrá recuperarla –giró la cabeza hacia el pasillo por donde se iba a la cocina–. Deberíamos volver con ella. Es descortés dejar sola a una persona.

Cuando entraron de nuevo en la cocina encontraron a Charlotte mirando por la ventana muy calmada.

Daniel seguía sin creerse que solo se hubiese acercado a la casa para preguntar si la habían alquilado, y que se hubiese dado por vencida tan fácilmente cuando Lily le había dicho que no iba a vendérsela.

Sin embargo, mientras estaban sentado a la mesa con ambas, escuchándolas departir mientras él almorzaba, tuvo la sensación de que estaba en el mundo del revés. Su madre estaba mostrándose amable con Lily, y la conocía lo bastante bien como para poder decir que no estaba fingiendo. Hasta parecía que estuviese disfrutando de aquella pequeña charla. ¡Increíble!

Cuando acabó de comer miró el reloj.

–Me gustaría poder quedarme un rato más con vosotras, pero tengo una reunión dentro de una hora y debo volver a la oficina –les dijo levantándose. Tomó la chaqueta del respaldo de la silla y se la puso–. ¿Quieres que te lleve a casa? –le preguntó a su madre–. Me pilla de camino.

–Pues creo que aceptaré tu ofrecimiento; gracias, Daniel –contestó Charlotte levantándose también. Se volvió hacia Lily y le dijo con una sonrisa–: Gracias por el almuerzo. Me ha gustado charlar contigo. Daniel y tú tenéis que venir un día de estos a cenar a mi casa.

–Me encantaría –respondió Lily, sonriendo también.

Daniel estaba anonadado y estaba impaciente por estar a solas con su madre en el coche para preguntarle por ese repentino cambio de actitud. Tenía que haber algo que hubiera producido ese cambio tan drástico, y quería saber qué era.

–¿De qué va esto? –le preguntó cuando se hubo sentado al volante.

Su madre ni siquiera intentó hacerse la despistada, lo cual la honraba.

–Es verdad lo que dice; se nota que está enamorada de la casa, ¿verdad?

–Eh... sí, eso parece –contestó Daniel mientras se ponían en marcha–. Supongo que te ha contado que de niña soñaba con vivir aquí.

Charlotte asintió.

–Tengo mis reparos con que haya ido a parar a alguien que no es de la familia, pero al menos sé que mientras sea de su propiedad la cuidará bien.

–¿Quién eres y qué has hecho con mi madre? –le preguntó Daniel patidifuso–. Pensé que al enterarte de que un miembro de la familia Kincaid estaba viviendo en la mansión te subirías por las paredes.

–Reconozco que en un primer momento, cuando me lo dijo, me puse lívida, pero además de ser hija de Reginald Kincaid también lo es de Elizabeth Winthrop –le explicó su madre–. Los Winthrop se remontan casi tantas generaciones en Charleston como los Beauchamp, y hasta que Elizabeth se casó con esa sabandija su linaje era impecable. En fin, supongo que ahora que él ha pasado a mejor vida se puede pasar por alto la mala decisión que tomó casándose con él.

–¿Y ya está? –dijo Daniel, incapaz de dar crédito al prejuicioso razonamiento de su madre–. O sea que, ahora que el padre de Lily está muerto, no te parece mal que Lily viva en la casa porque su muerte hará que su madre ya no sea rechazada en el círculo social al que antes pertenecía.

Charlotte se encogió de hombros.

–Por eso, y porque lleva en su vientre a un descendiente de los Beauchamp que vivirá con ella en la mansión.

Daniel, que no se esperaba que su madre supiera lo del

embarazo de Lily, detuvo el coche junto a la acera.

–¿Te lo ha dicho Lily? –preguntó, girándose hacia ella.

–Oh, no –respondió su madre sacudiendo la cabeza–. No me ha dicho nada; no ha hecho falta.

–Pero entonces... ¿Cómo...?

–¿Nunca has oído hablar de cómo le brilla la piel a las mujeres embarazadas?

Daniel parpadeó. ¿De verdad pasaba eso? Sonaba como si se lo estuviese inventando.

–No, no lo había oído en mi vida.

–En algunas mujeres es más pronunciado que en otras –continuó su madre con la mayor seriedad del mundo–. Está relacionado con los cambios hormonales. A Lily desde luego se le nota a la legua. Bueno, ¿vas a decirme para cuándo espero a mi primer nieto?

Daniel, que seguía sin salir de su asombro, frunció el ceño ligeramente.

–Para mediados o finales de agosto –se oyó a sí mismo responderle.

Aquella conversación no podía ser más surrealista. ¿No estaría soñando?

–¿Y cuándo vas a hacer lo que todo hombre decente hace cuando deja embarazada a una mujer? –le preguntó flemática su madre, como si estuvieran hablando del tiempo.

–Pues eso es difícil de decir –le contestó él mientras volvían a unirse al tráfico–. Hiciste bastante daño cuando te metiste por medio en Navidad, y Lily no está lo que se dice muy receptiva a la idea de que nos casemos. Pero estoy en ello.

–¿Puedo hacer algo para ayudar? –le preguntó, sorprendiéndolo una vez más.

–Por Dios, no.

Lo último que necesitaba era que su madre se entrometiese de nuevo.

–Puede que este sea el único nieto que tenga, Daniel –le dijo su madre con severidad–. No quiero que sea un hijo nacido fuera del matrimonio; y no quiero que seamos unos extraños para él.

–Lo estás diciendo en serio, ¿no?

Su madre asintió.

–Cuando Charisma y tú os divorciasteis pensé que con vuestro

divorcio morirían mis esperanzas de llegar a ser abuela –se giró en el asiento hacia él–. Dejando a un lado lo que piensas de mí, y sí, sé que tengo muchos defectos, me importa ese niño y quiero ser parte de su vida.

–Me alegra oír eso, pero esto es entre Lily y yo. Si nos casamos o no debe ser decisión nuestra. Quiero que te mantengas al margen. Pero tienes mi palabra de que no seremos unos extraños para ese bebé.

Habían llegado a casa de su madre. Aparcó y se apeó para abrirle la puerta y ayudarla a bajar.

–Lily no le ha dicho a su familia todavía que está embarazada, así que preferiría que no lo comentaras con nadie hasta que estemos preparados para hacerlo público.

–Por supuesto –le aseguró Charlotte–. Entonces, ¿Elizabeth no lo sabe?

–No que yo sepa.

Mientras la acompañaba hasta las escaleras de la entrada, vio que una sonrisa jactanciosa había aflorado a los labios de su madre.

–¿Qué retorcidos pensamientos están pasando por tu cabeza esta vez? –le preguntó enarcando una ceja.

–Pues que soy la primera de las dos abuelas que se ha enterado de la noticia –respondió ella en un tono triunfal.

Daniel sacudió la cabeza y se despidió de ella con un beso en la mejilla antes de volver al coche.

Algunas cosas no cambiaban jamás, se dijo.

Debería haber imaginado que su madre encontraría el modo de sentirse superior a Elizabeth Kincaid.

Sin embargo, en ese momento esa obsesión de su madre era lo que menos le preocupaba. Tenía que ir a ver a su amigo el contratista para dejarle la llave de la mansión y que pudieran montar el asiento de madera en el mirador, y luego había quedado con Kara, la hermana de Lily.

Kara se había forjado una sólida reputación como organizadora de bodas y otros eventos, y necesitaba desesperadamente su ayuda. Si pudiera ayudarle con cierta idea que tenía para convencer a Lily de que aceptara su proposición de matrimonio y se convirtiera en su esposa, le estaría eternamente agradecido.

No sabía muy por qué, pero a cada día que pasaba sentía que era

más importante para él que Lily le dijera que sí.

–¿Has visto esto, Daniel? –lo llamó Lily, deteniéndose frente a uno de los paneles informativos. Estaban en el museo, y en ese momento estaban recorriendo las salas de Historia Natural–. No tenía ni idea de que se habían encontrado tantos fósiles de animales prehistóricos aquí en Charleston.

–¿No habías visitado antes esta parte del museo?

Lily sacudió la cabeza y señaló a su alrededor.

–Cuando era pequeña todos estos esqueletos me daban pesadillas.

–Supongo que en eso los chicos y las chicas son distintos –observó él–. A mí lo que más me gustaba de venir al museo era ver los huesos de dinosaurios. De hecho, hasta quería ser paleontólogo de mayor.

–A mí las salas que más me gustaban eran las de los trajes antiguos y las piezas de orfebrería –le confesó ella con una sonrisa–. Me encantaba ver qué clase de ropas y joyas utilizaban antes las mujeres. ¿Te imaginas lo majestuosas que debían sentirse girando con esos preciosos vestidos con faldas de miriñaque en los salones de baile, mientras la luz de las velas arrancaba destellos de las piedras preciosas de sus collares y pulseras?

–No. La verdad es que no –contestó él con sinceridad frunciendo el ceño.

Lily sonrió.

–No, supongo que a los hombres no les interesan demasiado los miriñaques ni las joyas.

–¿Estás segura de que no te gustaría probar a escribir libros para niños? –le preguntó él divertido–. A mí me parece que con tu imaginación serías capaz de escribir historias que a cualquier niña le encantaría leer –le tomó la mano y se la llevó a los labios para besarla–. Si nuestro bebé es una niña dejaré que te encargues tú de traerla a ver esas salas; yo entrenaré a su equipo de béisbol.

–¿Y si es un niño?

La sonrisa que se dibujó en los labios de Daniel hizo que Lily se sintiera acalorada.

–No te preocupes, no te haremos sufrir obligándote a ver los

huesos de un cocodrilo de seis metros de largo, ni otros fósiles monstruosos.

–Vaya, gracias. De acuerdo; entonces hay trato –contestó ella riéndose.

Mientras continuaban la visita recorriendo otras salas, Lily no pudo evitar pensar en lo feliz que se había sentido desde que Daniel se mudara a la mansión a vivir con ella. Había mantenido su palabra de no presionarla en lo que se refería a dormir juntos o a casarse con él, dándoles tiempo a ambos a volver a habituarse a estar juntos. Además, con la convivencia estaban conociéndose mejor. Por ejemplo, nunca habría imaginado que a Daniel le gustase el cine clásico, ni que detestaba navegar.

Claro que la convivencia también pasaba factura… o al menos se la estaba pasando a ella. Estaba tan enamorada de él que le resultaba durísimo, después del beso de buenas noches, ver a Daniel alejarse por el pasillo hacia una de las habitaciones de invitados mientras ella entraba en el dormitorio principal, sola.

Suspiró para sus adentros. ¿Cuánto tiempo más resistiría el estar tan cerca de él sin que hicieran el amor?

Al ver que la sala en la que acababan de entrar exhibía todo tipo de armas de los últimos trescientos años, se volvió hacia Daniel.

–Dentro de unos años, cuando traigamos a nuestro hijo al museo, esta parte te la dejo a ti –le dijo, estremeciéndose de repelús al pasear la mirada por aquellos mortíferos instrumentos–. Si no te importa creo que me saltaré esta sala y nos vemos luego en la salida.

–No te gustan las espadas y los mosquetes, ¿eh?

–No demasiado, no.

De pronto a Daniel se le cambió la expresión, y de inmediato la tomó por el codo y la condujo fuera de la sala.

–Lily, cuánto lo siento: debería haberme dado cuenta de que esa sala te provocaría emociones dolorosas por la muerte de tu padre.

Ella tragó saliva.

–No pasa nada; no es culpa tuya. Supongo que pasado un tiempo las pistolas antiguas no me harán pensar en ello aunque mataran a mi padre con una –dijo, aliviada de que hubieran salido–. Es solo que es demasiado pronto.

Mientras pasaban de una vitrina a otra en la sala de ropajes

antiguos, Lily se esforzó por olvidarse de las armas y concentrarse en los elaborados vestidos de fiesta del siglo XIX.

No podía dejar de preguntarse si su bebé sería niño o niña. No era que le importara con tal de que naciera sano, pero sería bonito que fuera una hija, con quien poder compartir su amor por la belleza de aquellos vestidos de época, pensó.

–¿Te gustaría que fuera niño? –le preguntó a Daniel cuando se dirigían a la salida.

Él se encogió de hombros.

–Bueno, supongo que la mayoría de los hombres quieren niños –contestó. Cuando estuvieron fuera, al sol del atardecer, se volvió hacia ella y la atrajo hacia sí–. Pero yo me sentiré igual de feliz si es una niñita con el cabello pelirrojo y los ojos azules como su madre.

–Esa ha sido una respuesta perfecta, señor Addison –bromeó Lily–. Va a ser usted un padre maravilloso –le dijo, y no pudo resistirse a ponerse de puntillas y plantarle un beso en los labios.

Luego, al darse cuenta de lo que acababa de hacer, se quedó mirándose a sus ojos azules y supo que había perdido la batalla que había estado librando consigo misma a lo largo de toda esa semana.

La atracción que sentía hacia Daniel nunca se desvanecería.

Se mordió el labio y susurró:

–Había echado de menos estar así, en tus brazos.

El fuego en los ojos de él le indicó que sabía exactamente a qué se refería.

–Yo también. Y echo de menos hacerte el amor, ¿pero por qué has tenido que recordármelo ahora? –murmuró, dejando escapar un gruñido de frustración mientras apoyaba su frente en la de ella–. Ahora, cuando vayamos a cenar, no voy a hacer más que meterte prisa para que volvamos cuanto antes a la mansión.

–¿Por qué? –preguntó Lily para picarlo–. Creía que habías reservado mesa en ese restaurante tan exclusivo al que estabas deseando ir.

Daniel le rodeó la cintura con el brazo y la condujo hacia el coche.

–Me da igual lo buena que sea la comida; no voy a ser capaz de diferenciar entre un entrecot de buey estofado y una suela de zapato.

–¿En serio? –Lily se rio–. ¿Por qué?

Daniel le abrió la puerta para que subiera al coche, y cuando se hubo sentado se inclinó para darle un beso que la hizo derretirse por dentro.

–Porque lo único en lo que podré pensar cada minuto será en que esta noche volveré a tenerte entre mis brazos y voy a hacerte el amor apasionadamente.

Durante la cena Daniel aprovechó la más mínima ocasión para acariciarle la mano, lanzarle miradas seductoras y decirle cuánto la deseaba. Para cuando salieron del elegante restaurante francés Lily no estaba segura de quién estaba más ansioso por llegar a la casa, si él o ella.

Cuando por fin llegaron, en vez de llevarla arriba, al dormitorio principal, como creía que haría, Daniel la condujo al tercer piso.

–¿Dónde vamos? –le preguntó contrariada.

–Ahora lo verás –dijo Daniel abriendo la puerta que llevaba al mirador. Cuando llegaron al penúltimo escalón le dijo–. Y ahora cierra los ojos; hay algo que quiero enseñarte.

Lily no tenía ni idea de qué se traía entre manos, pero parecía que Daniel estaba impaciente por que viera lo que fuera que quería enseñarle, así que cerró los ojos como le había pedido.

Luego le oyó accionar el interruptor de la luz antes de indicarle que tuviera cuidado con el último escalón.

–Abre los ojos, Lily.

Cuando lo hizo, se quedó sin aliento al ver el precioso asiento de madera que rodeaba el perímetro del pequeño mirador.

–¡Oh, Daniel, me encanta! –exclamó acercándose para acariciar el terciopelo de los mullidos cojines azules que había colocados encima del asiento–. Es justo como lo imaginé –se giró, le echó los brazos al cuello y lo besó–. ¿Por esto me insististe en que pasáramos el día fuera?

–Tenía que asegurarme de que los hombres del contratista que iban a hacer el trabajo tendrían suficiente tiempo para acabarlo.

–Me encanta. Ha sido tan tierno que hayas hecho esto por mí…

Los ojos de Daniel se oscurecieron de deseo, y le dijo con una sonrisa seductora:

–Me alegro de que te guste, cariño.

Lily habría querido decirle que lo amaba, pero por desgracia sabía que eso no era lo que él quería escuchar.

–Bésame, Daniel.

–Creí que nunca me lo pedirías –murmuró él.

Fue a apagar la luz para que tuvieran más intimidad, y cuando volvió y su boca tomó posesión de la de Lily.

Tal vez Daniel no la amara, y tal vez nunca llegara a sentir la misma emoción que inundaba todo su ser cuando estaba con él, pero ella no podía dejar de amarlo.

Sabía que estaba jugando con fuego y que podía acabar quemándose, pero no parecía poder dejar de responder a sus besos. No quería acabar con el corazón roto, pero Daniel era y sería siempre su mayor debilidad.

Cuando la lengua de él invadió su boca todo pensamiento lógico abandonó su mente, y se entregó al placer que estaba experimentando. Impelida por la necesidad de corresponderle, cuando el beso terminó ella inició un nuevo juego en el que avanzaba y retrocedía, trazando sus labios con la punta de la lengua de un modo recatado, y luego invadiendo con ella la boca de Daniel, como él había hecho.

El gemido que escapó de la garganta de Daniel hizo que una llamarada abrasadora la envolviera. Quería que supiera cómo se sentía; necesitaba que sintiera el poder y la fuerza de sus sentimientos aunque no pudiera expresárselos con palabras. Era suya. Jamás sería de otro hombre. Quería que lo supiera.

Cuando la mano de Daniel subió por su costado y tiró para sacarle los faldones de la blusa de la cinturilla de la falda, Lily aguardó impaciente la caricia de sus manos sobre su sensible piel. Le ayudó, y alargó después las manos hacia la hebilla de su cinturón.

–Espera un segundo, cariño –le dijo Daniel interrumpiendo el beso.

Dio un paso atrás para desabrocharse el cinturón, y se sacó él también los faldones de la camisa de la cinturilla de los pantalones. Luego volvió a atraer a Lily hacia sí e introdujo una mano por debajo de su blusa hasta alcanzar la curva de uno de sus senos. Cuando la cálida palma de su mano se cerró sobre él, el corazón de Lily palpitó con fuerza, y las rodillas le flaquearon.

De pronto sintió que sus pies abandonaban el suelo, y se dio cuenta de que Daniel se había sentado en uno de los cojines del

banco de madera y la había sentado en su regazo.

Al notar el miembro erecto de Daniel apretado contra su cadera y las caricias de su mano masajeando su pecho, Lily se sintió algo mareada. El deseo que la sacudía era tan punzante que casi no podía soportarlo. Deseaba tanto a Daniel...

–¡Eh!, ¿dónde vas? –le preguntó Daniel cuando se bajó de su regazo.

Lily miró hacia el ventanal. El cielo nocturno estaba tan oscuro que casi no podía ver nada. Sonrió y se arrodilló frente a Daniel para desabrocharle el enganche que cerraba la cinturilla de los pantalones. Luego, alargó los dedos hacia el tirador de la cremallera.

–Lily... ¿estás segura de esto? –le preguntó él jadeante, como si hubiera corrido un maratón.

Ella asintió, y deslizó la yema del índice por la cremallera, disfrutando al ver cómo palpitaba su miembro, ansioso por ser liberado. Había muchas cosas de las que no estaba segura, pero aquella no era una de ellas. Lo amaba, y quería demostrárselo.

–Hoy es su día de suerte, señor Addison.

Daniel contuvo el aliento mientras Lily bajaba lenta, muy lentamente la cremallera de los pantalones. Una de las cosas que lo habían atraído de ella desde el primer momento había sido su espíritu libre, su espontaneidad. Pero nunca, ni en sus más descabellados sueños, habría imaginado que un día Lily se mostrara así de desinhibida.

Todo hombre tenía sus fantasías, pero todas las que él había tenido palidecían en comparación con lo que estaba ocurriendo en ese momento.

Cuando le hubo bajado la cremallera del todo y trazó con el índice el contorno de su miembro a través de sus boxers de algodón, le pareció que la cabeza le iba a explotar. Nunca había experimentado algo tan erótico como aquello, pensó cuando los dedos de Lily subieron y bajaron, como admirando la longitud y el grosor de su miembro erecto.

Al tirar ella por fin de la cinturilla elástica con las dos manos, levantó las caderas para ayudarla a que le bajara los boxers. Si

muriera en ese momento moriría siendo dichoso y no le importaría nada, pensó.

Extendió los brazos para atraer a Lily hacia sí, pero ella lo sorprendió cuando sacudió la cabeza.

–Todavía no.

Daniel estaba ardiendo, y parecía que ella estaba dispuesta a añadir más leña al fuego.

–Cariño, creo que debería... avisarte... de que no sé cuánto más podré aguantar –le dijo apretando los dientes.

Las caricias de Lily lo habían hecho sentirse como si tuviera fiebre, pero cuando sus labios comenzaron a besar su miembro el corazón parecía que fuera a salírsele por la garganta. Cerró los ojos con fuerza y trató de mantener el control, pero era condenadamente difícil cuando Lily estaba llevándolo poco a poco al borde de la locura.

Incapaz de permanecer pasivo por más tiempo, abrió los ojos y se inclinó hacia delante para asirla por los hombros.

–Bajemos al dormitorio.

Lily volvió a sorprenderlo cuando sacudió la cabeza de nuevo.

–Te necesito ya; no puedo esperar.

Cuando introdujo las manos por debajo de su falda para quitarse las braguitas, y luego se colocó a horcajadas sobre él, Daniel creyó que iba a morirse de placer.

–No te... muevas –le advirtió.

–¿Por qué no? –el cálido aliento casi lo hizo explotar cuando sopló junto a su oído.

–Porque si no te quedas muy quieta, me temo que voy a perder el control –le dijo. E iba a tener que hacer un esfuerzo titánico para que eso no ocurriera.

Cuando sintió que estaba más calmado la besó, le puso las manos en las caderas y empezó a acunarla contra sí.

Nunca había experimentado una pasión semejante con ninguna otra mujer; era un apetito insaciable.

Por primera vez en su vida se sentía absolutamente completo.

Decidiendo que no era el momento de profundizar en el significado de ese pensamiento, se concentró en Lily, en el modo en que los pliegues de la parte más íntima de su cuerpo se contraían en torno a él, y supo que estaba llegando al límite.

Justo cuando creía que iba a perder la batalla, que no aguantaría más, ella jadeó de placer, y Daniel respondió con un profundo gemido al tiempo que liberaba su semilla dentro de ella.

Mientras la sostenía, apretada con fuerza contra sí, no habría sabido decir cómo no se había desmayado por la intensidad del orgasmo que le había sobrevenido.

Hacer el amor nunca había sido algo tan increíble, tan abrumador. Algo en su interior le dijo que nunca sería igual con otra mujer; solo con Lily.

Y fue entonces cuando lo supo, cuando reconoció aquella emoción que había estado eludiéndolo toda la vida, aquello de lo que nunca había tenido la certeza de que no fuera una fantasía.

Estaba enamorado.

Estaba desesperadamente enamorado de Lily Kincaid.

Capítulo Ocho

El lunes Lily estaba sentada en una sala de la Comisaría Central de Policía en el centro de Charleston, esperando a ser interrogada por el homicidio de su padre.

–Por favor, diga su nombre, edad, y su relación con el fallecido, señorita Kincaid.

–Mi nombre es Lily Kincaid, tengo veintinueve años y soy la hija menor de Reginald Kincaid.

Se sorprendió de lo firme que sonó su voz considerando lo nerviosa que estaba.

–¿Dónde estaba la noche del treinta y uno de diciembre, la noche en la que fue asesinado su padre? –le preguntó el detective McDonough.

Charles McDonough, el detective al mando de la investigación, le había explicado antes de empezar que iban a grabar su declaración y que las preguntas que iba a hacerle serían claras y concisas, y que quería que sus respuestas lo fueran también.

Lo que no se había esperado era que fuese a ser tan poco delicado. El oír la palabra «asesinado» era demasiado para ella. Si había momentos en que aún le costaba creer que su padre ya no estaba con ellos, el pensar que alguien había acabado con su vida era todavía más duro.

Un escalofrío la recorrió al pensar que el asesino tenía que haber sido alguien a quien conociese su padre. De otro modo no habrían dejado entrar a esa persona en el edificio de oficinas del Grupo Kincaid. Las medidas de seguridad eran demasiado estrictas como para que hubiese podido entrar un desconocido.

O eso, o el asesino tenía acceso a los códigos de seguridad del sistema de alarmas y conocía las horas de las rondas del vigilante de seguridad. Fuera como fuera, el solo planteárselo la llenó de miedo. ¿Podría ser que ella conociera al asesino?

–Estaba en la librería del centro comercial –contestó, apartando a un lado aquellas inquietantes especulaciones.

–¿A qué hora? –inquirió el detective.

–Llegué al centro comercial sobre las seis de la tarde, y no me marché hasta que cerraron a las nueve.

Recordaba exactamente a qué hora se había ido porque la gerente de la librería y ella habían salido juntas al aparcamiento.

–¿Hay alguien que pueda corroborar su coartada?

–Sí, la gerente de la librería, Mona Peterson. Y también había otros empleados presentes –respondió Lily.

¿Por qué las preguntas de aquel hombre la hacían sentirse como si estuviese ocultándole algo cuando no tenía absolutamente nada que ocultar?

El detective McDonough asintió.

–¿Por qué había ido a la librería?

No tenía ni idea de cómo podría ayudarles esa información a capturar al asesino de su padre, pero supuso que era el procedimiento habitual en los interrogatorios.

–Soy ilustradora de libros infantiles, y estaba ayudándoles a organizar una exposición de mi obra que termina el sábado. Ese día el autor del último libro que he ilustrado y yo vamos a firmar ejemplares en la librería.

Había pensado en cancelar su participación por los últimos acontecimientos, pero como Daniel le había dicho tenía que continuar con su vida; no podía encerrarse en su caparazón.

–¿Se le ocurre alguna persona que tuviera relación personal o profesional con su padre que lo hubiese amenazado, o que pudiera tener algún motivo para matarlo? –le preguntó el detective con la misma expresión impasible.

–No –contestó ella negando con la cabeza–. Mi padre nunca habló de sus negocios conmigo, y no sé de nadie que quisiera hacerle daño.

–¿Y qué hay de su familia? –insistió McDonough–. ¿Tenía su padre una relación tensa con algún familiar, o había alguien con quien no se hablase?

–No.

El hombre se quedó callado un momento.

–¿Qué me dice de la amante que tenía en Greenville y los dos hijos de esta?

Lily no había esperado que las preguntas del detective fuesen a

ser fáciles, pero no había ido mentalmente preparada para que le preguntase por la vida secreta que había llevado su padre.

–La verdad es que no sé nada de ellos –le contestó con sinceridad–. Ni siquiera sabía de su existencia hasta el día en que se presentaron en el funeral.

El detective McDonough se quedó mirándola largo rato, como si estuviera intentando dilucidar si le estaba diciendo la verdad.

–Bueno, creo que eso es todo –dijo cerrando la carpeta que tenía sobre la mesa, frente a ella–. Comprobaremos su coartada para ver si es cierto que estaba donde dice que estaba en la noche del crimen. Si quiere hacer alguna rectificación o puntualización, este es el momento.

Aliviada de que el interrogatorio hubiese terminado, Lily sacudió la cabeza.

–No. Todo lo que le he dicho es correcto.

–Gracias por su colaboración, señorita Kincaid –cuando Lily se levantó para marcharse el detective se levantó también para abrirle la puerta–. Si tuviera más preguntas que hacerle me pondré en contacto con usted. Y si recuerda alguna cosa que cree que pueda ayudarnos en la investigación, no dude en llamarme.

Cuando Lily abandonó la comisaría y regresó a la mansión en su coche, se sintió aliviada de haber acabado con el interrogatorio. El detective le había dicho que iban a interrogar por separado a todos los miembros de la familia, y según parecía habían comenzado por ella.

No había podido aportarle ningún dato que pudiese ayudarles en la investigación, pero al menos ahora el detective McDonough sabía que tenía una coartada y podría eliminarla de la lista de sospechosos cuando la hubiese comprobado.

Solo podía esperar que fuesen descartando sospechosos hasta dar con la horrible persona que hubiese cometido el crimen.

Al aparcar el coche frente a la casa le sorprendió ver a Charlotte Addison sentada en una de las sillas blancas de mimbre del patio, como si estuviera esperándola.

–Hola, señora Addison –la saludó al bajarse del vehículo–. No sabía que iba a pasarse hoy por aquí; espero que no haya estado

esperando demasiado tiempo.

–No, solo llevo aquí unos minutos –respondió la madre de Daniel, sorprendiéndola con una sonrisa.

Lily no tenía ni idea de qué podía haber provocado el cambio de actitud de Charlotte Addison hacia ella, pero era la madre del hombre al que amaba, y su actual comportamiento era preferible a la hostilidad que había mostrado hacia ella en la cena de Navidad.

–¿Quiere pasar? –le preguntó, sin saber qué decir cuando Charlotte se quedó callada.

–Bueno, pero solo unos minutos.

Lily abrió la puerta y la sostuvo para que pasara.

–Hay algo de lo que necesito que hablemos –le dijo la madre de Daniel cuando Lily hubo cerrado tras de sí.

–¿Le apetece una taza de té? –le preguntó Lily cuando pasaron al salón.

–No, gracias.

Se sentaron cada una en un sofá, frente a frente.

–Sé que en el pasado he juzgado de un modo... digamos precipitado a tu familia y a ti –comenzó Charlotte, escogiendo con cuidado las palabras–, pero quiero pensar que eso es algo que ya hemos dejado atrás, o al menos a mí me gustaría que lo olvidáramos y pasáramos página.

Lily supuso que el que reconociera que su comportamiento no había sido el más adecuado era lo más parecido a una disculpa que iba a conseguir de ella. De hecho, ni siquiera había esperado eso.

–Sí, será lo mejor –asintió.

Ella pensaba que ya habían pasado página hacía unos días, cuando había estado allí, habían almorzado juntas y le había enseñado las reformas que su padre había hecho en la casa, pero parecía que Charlotte sentía la necesidad de reiterarle que se había dado cuenta de que estaba equivocada.

–La razón por la que he venido hoy es que quiero pedirte un favor –dijo Charlotte finalmente, yendo al grano–. Creo que el otro día cuando estuve aquí mencioné que estoy en el comité organizador de un acto benéfico con el que se pretende obtener fondos para un programa de alfabetización.

–Sí, me parece recordar que mencionó algo.

La mujer se atusó el cabello.

–Nuestra máxima es promover la alfabetización de las personas desfavorecidas entre los cinco y los noventa y cinco años –le explicó–, y este año hemos decidido que vamos a hacer una subasta de solteros para recaudar fondos –frunció el ceño–. A mí no me parecía muy apropiada esa idea de subastar hombres para recaudar dinero, pero en fin, siendo como es por una buena causa supongo que puedo aceptarlo –sacudió la cabeza–. Claro que no he venido para decirte lo poco digna que me parece esa forma de recaudar fondos; he venido a preguntarte si te importaría ayudarnos.

–Bueno, a mí no me parece mala idea; seguro que recaudarán un montón.

A ella cualquier esfuerzo encaminado a educar le parecía encomiable, y como había dicho Charlotte era por una buena causa. Además, las subastas de solteros gozaban de mucho éxito.

–¿Cómo puedo ayudar?

Charlotte le dedicó una sonrisa radiante y procedió a explicarle su idea:

–Pues si fuera posible nos gustaría hacerlo aquí, en esta casa. Nos gusta celebrar los actos benéficos que organizamos en casas antiguas, y con las reformas que hizo tu padre creo que este podría ser el escenario perfecto para la ocasión. Podríamos colocar sillas en el patio para acomodar a los invitados.

Lily asintió. Solo sería una noche, y era por una causa digna.

–No hay problema.

–Excelente. Y no tienes que preocuparte por nada; lo tenemos todo perfectamente calculado –le dijo Charlotte poniéndose de pie–. Levantaremos una carpa en el jardín para servir las bebidas y los aperitivos y así no tendremos que hacer uso de la cocina.

Lily la acompañó al vestíbulo, pero apenas había salido Charlotte por la puerta cuando se volvió hacia ella.

–Por cierto, ¿cómo te encuentras? –inquirió.

–Eh... bien –contestó Lily extrañada–. ¿Por qué lo pregunta?

–Oh, por nada –contestó Charlotte con una sonrisa cómplice, como si estuviera refiriéndose a un secreto que solo ellas dos sabían–. Es solo que el otro día tenías mala cara.

Lily se preguntó si Daniel le habría dicho lo del bebé. ¿Por qué si no iba a preocuparse su madre por su salud?

–No, estoy bien, de verdad –se apresuró a contestar. Hasta que

no hablase con Daniel para saber si se lo había contado prefería no decirle nada. En vez de eso, le preguntó–: ¿Y usted? ¿Ha vuelto a tener mareos?

Charlotte se quedó un momento como contrariada, y luego sacudió la cabeza, quitándole importancia.

–No podría estar mejor.

–Me alegra oír eso, señora Addison.

–Por favor, llámame Charlotte –le dijo la madre de Daniel. Y la sorprendió aún más cuando le dio unas palmaditas afectuosas en el brazo–. Después de todo estás… –se quedó callada, como buscando las palabras adecuadas para decir lo que quería decir–. En fin, que mi hijo y tú estáis juntos.

Lily la siguió con la mirada mientras se alejaba. No acababa de entender a aquella mujer. Hacía solo un mes le había dicho que no era la mujer adecuada para su hijo… ¿y de pronto casi estaba poniéndole el sello de aprobación a que estuvieran juntos?

Tenía que haber un motivo detrás de ese repentino cambio de actitud, y cuando Daniel llegara a casa del trabajo iba a averiguarlo.

No le había pedido expresamente que no le dijera a nadie lo del embarazo, pero había dado por hecho que dejaría que fuera ella quien decidiera cuándo lo harían público. Claro que tampoco iba a poder esperar mucho más, pensó mordiéndose el labio.

Cerró la puerta, y se dirigió a la cocina para tomar algo antes de ir a echarse la siesta. Toda su familia iba a ir el sábado a la presentación del libro en el centro comercial para darle su apoyo, y como unos cuantos reporteros insistentes seguían presentándose en casa de su madre de cuando en cuando para obtener declaraciones, habían decidido ir a la suya después de la presentación del libro para charlar un rato. Sería el momento perfecto para que Daniel y ella les anunciaran que iban a tener un bebé.

Se puso una mano en el vientre y sonrió.

–Tienes una familia muy numerosa, y se van a poner muy contentos cuando sepan que estás en camino –le dijo al bebé. Luego casi se rio cuando se le ocurrió algo más–. Y me da la impresión de que tu abuela paterna se alegra también. O eso, o sufre de personalidad múltiple.

Sentado en el área de recepción de las oficinas del Grupo Kincaid, Daniel se puso a hojear una revista, pero al cabo de un rato perdió el interés en lo que estaba leyendo y la arrojó sobre la mesita que tenía frente a sí.

Estaba esperando a ser recibido por R. J. y Matt, los hermanos de Lily, y confiaba en que cuando hubiese hablado con ellos sus planes para el sábado irían sobre ruedas.

En el último minuto se había pospuesto la reunión con Kara de la semana anterior, pero se había alegrado porque en aquel momento aún no tenía ninguna idea respecto a qué quería hacer para convencer a Lily de que se casase con él, y su única esperanza había sido que a Kara se le ocurriese algo. Pero al darse cuenta de lo que sentía por Lily supo exactamente lo que quería hacer y cuando llamó a Kara para decírselo ella le aseguró que no habría ningún problema en organizarlo.

–Señor Addison, ya puede pasar; los señores R. J. y Matt Kincaid están esperándolo –le dijo la secretaria.

Daniel se levantó y entró en el despacho. Los hermanos de Lily se levantaron para saludarlo con un apretón de manos.

–Gracias por recibirme a pesar de haber concertado la cita con tan poco tiempo –les dijo.

Los hermanos se quedaron callados y Daniel tuvo la sensación de que no se fiaban de él. Bueno, no podía culparles por eso; al fin y al cabo Industrias Addison era el principal rival del Grupo Kincaid, y seguramente se sentían como si el enemigo acabase de introducirse en su campamento.

Poco podían imaginar que el motivo de su visita no tenía nada que ver con los negocios.

–Supongo que estaréis preguntándoos por qué quería hablar con los dos –les dijo tomando asiento en una de las dos sillas que había frente a la mesa de R. J.

–Pues la verdad es que sí –contestó R. J., sentándose en su sillón de cuero.

El mayor de los hermanos Kincaid tenía más o menos su misma edad, y habían coincidido en varios actos públicos.

–Bueno, ¿qué podemos hacer por ti, Addison? –le preguntó Matt, quedándose de pie junto a su hermano.

Los dos hombres se habían aflojado la corbata, tenían

desabrochado el primer botón de la camisa y parecían tremendamente cansados. Sin duda estaban bajo mucha presión con todo lo que había ocurrido desde la lectura del testamento de su padre.

Daniel sintió lástima por ellos: que después de tantos años matándose a trabajar en la empresa tuvieran que estar bailando al son que tocaba Jack Sinclair... Sería mejor que fuese al grano y no les quitase mucho tiempo.

–Los dos sabéis que llevo varios meses saliendo con vuestra hermana y que ahora mismo estamos viviendo juntos. En fin, el caso es que ahora que vuestro padre ya no está he pensado que debía venir a hablar con vosotros para saber si tenéis algún inconveniente en que le pida matrimonio.

Por la cara que se les quedó a ambos era evidente que no se lo habían esperado, pero confiaba en que no se opusieran porque sería más fácil llevar a cabo lo que se proponía si lograba poner a todo el clan Kincaid de su parte.

Una sonrisa se dibujó lentamente en los labios de Matt.

–Por mí no hay problema, y estoy seguro de que Flynn estará encantado –sacudió la cabeza–. Mi hijo no ha parado de hablar de ti y de lo mucho que se divirtió jugando contigo desde que Lily y tú os quedasteis a cuidarlo la otra noche.

–Es un crío estupendo –dijo Daniel con sinceridad–. Imagino que debes estar orgulloso de él.

–Lo estoy –respondió Matt con una sonrisa de oreja a oreja.

–Bueno, si es lo que Lily quiere y la hace feliz yo tampoco tengo nada que objetar –dijo R. J. sonriendo también–. Aunque te lo advierto, Addison: como la hagas llorar un sola vez te las verás con nosotros.

–No esperaba menos –respondió Daniel, que sabía lo importante que era Lily para sus hermanos.

Le explicó lo que Kara y él habían planeado y cuando Matt y R. J. le dijeron que podía contar con ellos se levantó para marcharse.

–Nos vemos el sábado –le dijo.

–Buena suerte –contestaron los dos hermanos mientras salía del despacho.

Daniel había omitido a propósito el decirles que su hermana estaba embarazada. Quería que fuera Lily quien decidiera cuándo

quería darles la noticia. Además, no quería que pensara que estaba intentando utilizar al bebé para conseguir que su familia la convenciera para que se casara con él.

Quería que supiera que la razón por la que quería que se casaran era que la amaba de verdad, no porque el hijo que llevaba en su vientre fuera suyo.

De regreso a la mansión repasó su plan mentalmente. Esperaba no acabar en ridículo delante de la familia de Lily y de los clientes de la librería. Iba a ponerle su corazón en bandeja y a pedirle de nuevo que se casara con él, y corría el riesgo de que su orgullo quedara por los suelos.

Había dicho durante tanto tiempo que no quería una relación seria ni casarse, que sabía que Lily no lo creería cuando le dijese que la amaba a menos que hiciera algo que pudiera convencerla sin que le quedara ni una sombra de duda.

Satisfecho con el plan que había ideado, entró en la mansión, pero cuando pasó al salón se paró en seco. Lily estaba subida en una banqueta ataviada con un largo vestido blanco con un ribete dorado y violeta mientras su hermana Kara, arrodillada frente a ella, ajustaba el dobladillo con alfileres. Parecía una princesa.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó, no muy contento con lo que veían sus ojos.

Para empezar Lily estaba subida en un taburete que podría volcarse si hacía un movimiento en falso. ¿Y qué era aquello del vestido? ¿Se le habría escapado a Kara o a alguno de sus hermanos lo que había planeado? La idea era sorprenderla; esperaba que no lo hubiesen echado a perder.

Lily sonrió y le dijo:

–Me han llamado de la librería para preguntarme si al autor del libro y a mí nos importaría vestirnos como alguno de los personajes del libro cuando vayamos el sábado a la firma de ejemplares –se rio–. Y como a él no le quedaría bien el disfraz de princesa, me he ofrecido yo para llevarlo. Por suerte cuando llamé a Kara para preguntarle si podría conseguirme un vestido con tan poco tiempo tenía uno en la tienda.

Aliviado de que no supiera nada de la sorpresa que le estaban preparando, Daniel sonrió divertido:

–¿Y el autor de qué va a ir, de sapo?

–Eso mismo le pregunté yo a Lily –dijo Kara con un alfiler entre los labios.

–Como en el cuento no sale ningún sapo imagino que no –dijo Lily, volviéndose para que su hermana pudiera acabar de sujetar el dobladillo por detrás–. Supongo que irá vestido del anciano y sabio mago, o quizá de pato.

Daniel se acercó para asegurarse de que Lily no se cayera del taburete.

–Si yo fuera él optaría por ir de mago –dijo tomándola de la mano para sujetarla–. Es un disfraz un poco más digno que el de pato.

–Bueno, creo que ya está –anunció Kara, echándose hacia atrás para sentarse sobre sus tobillos. Guardó los alfileres sobrantes en una cajita de plástico–. En cuanto te hayas cambiado me llevaré el vestido a la modista para que le arregle el dobladillo. Creo que podrá tenerlo a tiempo para el sábado.

Daniel levantó a Lily por la cintura, la dejó en el suelo y esperó a que hubiera subido arriba para cambiarse antes de girarse hacia Kara para preguntarle:

–¿Es verdad esa historia de que la gente de la librería quería que se disfrazara?

–Bueno, ahora sí que lo es –contestó Kara poniéndose de pie. Sus ojos verdes brillaban traviesos cuando le confesó–: Fui yo quien llamé a la librería y les expliqué la situación. La gerente se mostró encantada con la idea de que el autor y ella fueran disfrazados.

–Una idea brillante; gracias.

Ahora comprendía por qué Kara se había forjado la reputación que tenía de ser la mejor organizadora de eventos de Charleston. Sus ideas no podían ser más creativas, y era asombrosa la atención que prestaba a los más pequeños detalles.

–Oh, casi se me olvida decírtelo... –añadió guardándose la cajita de alfileres en el bolso–. He hecho lo que me pediste: le conté a nuestra madre lo de tu plan; ella también estará allí.

–Excelente.

Cuando oyó a Lily bajando las escaleras se apresuró a cambiar de tema para que no sospechara nada.

–¿Cómo está vuestra madre?

–Pues la verdad es que me sorprende lo bien que está

sobrellevando todo esto –Kara sacudió la cabeza–. No me entiendas mal; me siento orgullosa de la entereza que está demostrando, pero me preocupa que tal vez no esté exteriorizando su dolor y que la procesión vaya por dentro.

–Sé a qué te refieres –dijo Lily tendiéndole a su hermana el vestido–. No sé tú, pero a mí no me pareció muy sorprendida cuando Angela Sinclair y sus dos hijos se presentaron en el funeral.

Kara sacudió la cabeza.

–No, no fuiste la única. Laurel y yo hemos comentado lo mismo entre nosotras –miró el reloj–. Siento no poder seguir con esta conversación pero será mejor que me vaya. Tengo el tiempo justo para llevarle esto a la modista antes de que cierre la tienda. Y luego tengo que irme corriendo porque esta noche tengo que supervisar una cena de aniversario en la isla Sullivan.

–Gracias por ayudarme con el disfraz –le dijo Lily dándole un abrazo.

Kara la abrazó también.

–Me alegra poder ayudar. Nos vemos el sábado en la librería.

Daniel observó con cierta envidia a las dos hermanas mientras hablaban. Al ser un hijo único siempre se había preguntado si su infancia habría sido menos solitaria si hubiese tenido un hermano o una hermana.

–Tu madre ha vuelto a pasarse hoy por aquí –le dijo Lily a Daniel cuando Kara se hubo marchado.

Daniel gimió.

–¿Y cuál era esta vez el motivo de su visita?

Lily le explicó lo del acto benéfico que estaban organizando y que había ido allí a preguntarle si les dejaría utilizar la casa para la subasta de solteros. Luego se quedó mirándolo de un modo extraño y le preguntó:

–¿Le has contado lo del bebé a tu madre?

–No ha hecho falta; lo adivinó ella solita –respondió Daniel sacudiendo la cabeza–. ¿Por qué?, ¿te ha dicho algo?

–No, pero estaba muy sonriente y me preguntó cómo me encontraba –Lily frunció el ceño–. ¿Pero cómo podía saber que...?

–Cuando la llevé a casa el otro día me dijo que se te veía radiante –Daniel la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí–. No la creí hasta que lo miré en Internet –se encogió de hombros–. Según

parece durante el embarazo las hormonas hacen que la piel de algunas mujeres brille de un modo especial.

–Creía que eso era un cuento –lo miró preocupado–. ¿Se lo habrá dicho a alguien? Preferiría que mi familia se enterara de lo del bebé por mí y no porque se corra el rumor.

–Le pedí que no dijera nada –la tranquilizó Daniel–. Puede que sea intratable, y en ocasiones verdaderamente cabezota, pero siempre que se lo he pedido ha respetado mi privacidad.

–Me alegra saberlo –dijo Lily, abrazándose a él.

A Daniel le encantaba sentir las curvas de su cuerpo pegadas al suyo. De hecho, desde que se había dado cuenta de que estaba enamorado de ella estaba empezando a descubrir que adoraba todo lo que tenía que ver con Lily.

Pero si le decía eso en ese momento sabía que no lo creería. Pensaría que estaba diciéndole simplemente lo que quería oír para convencerla de que se casase con él. Y aunque eso era exactamente lo que quería, convencerla de que se casase con él, necesitaba que creyera que sus sentimientos eran sinceros. Solo esperaba que lo que había planeado para el sábado bastara para convencerla.

Esa noche, después de hacer el amor con Daniel, Lily se acurrucó entre sus fuertes brazos y le preguntó:

–¿Te dije que toda mi familia va a venir a la librería el sábado, y que luego van a venir aquí para merendar?

–No, no recuerdo que me lo hayas mencionado –contestó él con voz soñolienta.

–Como mi madre ha tenido que cancelar las dos cenas familiares de los dos últimos domingos por culpa de los reporteros se me ocurrió sugerirle que nos reuniéramos aquí –Lily lo besó en el hombro–. He pensado que sería una buena ocasión para decirles lo del bebé.

Daniel se quedó callado y Lily pensó que se había quedado dormido, pero finalmente respondió:

–Vaya. Pues lo siento, pero no estaré aquí cuando se lo digas.

–¿Y eso?

–Y tampoco podré ir a la presentación del libro. Tengo un compromiso fuera de la ciudad este fin de semana.

Lily sintió una punzada en el pecho.

–¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

–Pues probablemente… –Daniel hizo una pausa para bostezar– no estaré de vuelta hasta el lunes.

Lily no recordaba que hubiese trabajado nunca en fin de semana.

–¿Es algo que te ha surgido de repente?

Daniel asintió.

–Me encontré con un amigo de la universidad al que hacía años que no veía, y vamos a pasar el fin de semana juntos para recordar viejos tiempos y ponernos al día de nuestras vidas.

Lily se incorporó y apartó las sábanas.

–Eh, ¿dónde vas? –le preguntó él cuando se bajo de la cama y se puso la bata.

–Es que… tengo hambre –mintió Lily. Al ver que él se iba a levantar también sacudió la cabeza–. No, duérmete; mañana por la mañana tienes que ir a trabajar.

–¿Estás segura de que no quieres que baje contigo y te prepare algo? –inquirió él bostezando.

Lily se ató el cinturón de la bata y asintió.

–Estoy bien.

Sin embargo, mientras bajaba las escaleras el corazón le golpeaba contra las costillas y tenía una sensación horrible de angustia en la boca del estómago. Las razones de Daniel para no asistir a la presentación del libro y faltar a la reunión familiar que había planeado le recordaban demasiado a las excusas que su padre solía poner cada vez que se iba «de viaje».

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Daniel sabía lo importante que era aquella presentación para su carrera y que habría querido que estuviese allí con ella. ¿Por qué no podía haber pospuesto esa reunión con su viejo amigo al siguiente fin de semana?

Claro que no tenía motivo alguno para creer que había algo más. Que ella supiera Daniel nunca le había mentido y nunca le había dado ninguna razón para pensar que estaba ocultándole algo. Entonces… ¿por qué de repente dudaba de él? Su madre había creído las mentiras de su padre durante treinta años, y no había descubierto su engaño hasta el día en que su amante se había presentado en su funeral con sus dos hijos.

¿Estaba teniendo una reacción desproporcionada? ¿Podía ser que el haber descubierto que su padre había llevado una doble vida la hubiese afectado más de lo que había creído en un principio?

Sentada en la mesa de la cocina, Lily se quedó mirando sus manos, fuertemente entrelazadas. Necesitaba consejo, y sabía exactamente a quién debía acudir para disipar sus temores.

Miró el reloj del microondas. Era demasiado tarde para llamar, pero por la mañana, cuando Daniel se hubiese marchado al trabajo, iría a hacer una visita a la mujer a quien siempre se había confiado cuando había necesitado consejo: iba a ir a hablar con su madre.

Capítulo Nueve

–Mamá, ¿podemos hablar un momento? –le preguntó Lily a su madre cuando la encontró, sentada en la sala de estar, leyendo un libro.

–Pues claro que sí, cariño –simplemente la sonrisa y el abrazo que le dio su madre al levantarse para saludarla la hicieron sentirse ya un poco mejor–. ¿Qué te preocupa? Parece como si estuvieras cargando con el peso del mundo.

A Lily no le sorprendió que su madre intuyera que algo no iba bien. Elizabeth Kincaid siempre sabía cuándo sus hijos estaban tristes y necesitaban de su consuelo y sus consejos.

Se sentó en el sofá junto a ella. No sabía cómo preguntarle lo que quería preguntarle sin parecer una indiscreta.

–Mamá, ¿sospechaste alguna vez que papá llevaba una doble vida? –inquirió finalmente.

Su madre se quedó callada un momento, antes de cerrar el libro y tomar las manos de Lily entre las suyas.

–Yo diría que en lo más hondo de mi corazón, aunque no quería reconocerlo, siempre he sabido que el corazón de tu padre no me pertenecía del todo. Pero sí creo que me quisiera. Y sé que a vosotros, a todos sus hijos, os quería muchísimo –apretó las manos de Lily–. ¿Por qué lo preguntas?

–Estoy enamorada de Daniel –dijo Lily, sin saber por dónde empezar.

–Eso ya lo sabía, cariño –respondió su madre con una sonrisa cálida–. Llámalo intuición de madre si quieres, pero sé desde hace un par de meses que Daniel es el hombre de tu vida.

Lily sacudió la cabeza.

–Ojalá yo lo viera con una claridad tan meridiana como lo ves tú.

–¿Qué te hace dudar? –le preguntó su madre con suavidad.

–Daniel cree que deberíamos casarnos, pero no me ama –Lily se mordió el labio inferior para evitar que temblara.

–Oh, vamos, estoy segura de que te equivocas, cariño –dijo su madre, pasándole el brazo por los hombros.

Decidiendo que lo mejor sería contárselo todo, Lily reveló el secreto que tan celosamente había estado guardando:

–Estoy embarazada.

–¡Eso es maravilloso, cariño! –exclamó su madre, abrazándola con fuerza–. No sabes cuánto me alegra saber que voy a ser abuela de nuevo.

Lily estaba segura de que su madre se alegraría.

–Había pensado daros la noticia el sábado después de la presentación del libro, pero Daniel no va a venir porque tiene otros planes.

Su madre la besó cariñosamente en la mejilla.

–¿Por qué?, ¿tiene algún compromiso?

–Me ha dicho que se va fuera de la ciudad; se va a pasar el fin de semana con un amigo de la universidad y… –los ojos de Lily se llenaron de lágrimas–. No sé, me recuerda tanto a esas excusas que papá te ponía a ti… que nos puso a todos… durante años y años.

Su madre sacudió lentamente la cabeza.

–Lily, no puedes hacer que Daniel pague los errores de tu padre. Si haces eso no estarás siendo justa ni con él, ni con tus sentimientos.

¿Era eso lo que estaba haciendo?, se preguntó Lily. ¿Había empezado de pronto a dudar de Daniel simplemente por lo que su padre le había hecho a su madre?

–El bebé es la única razón por la que Daniel quiere que nos casemos –contestó sacudiendo la cabeza con pesar–. Y ni siquiera ha vuelto a mencionarlo desde hace un par de semanas.

–Bueno, a mí Daniel Addison nunca me ha parecido la clase de hombre que cambia fácilmente de opinión –le dijo su madre–. Estoy segura de que sigue queriendo casarse contigo si eso es lo que te dijo. A lo mejor simplemente no quiere agobiarte para que puedas decidir si es lo que tú quieres.

Incapaz de seguir sentada, Lily se levantó y fue hasta la ventana, que se asomaba al jardín.

–Es lo que lo quiero, pero… ¿acaso es mucho pedir que quiera que él también me ame?

Su madre sonrió.

–Desde aquella noche en que os conocisteis en la fiesta benéfica para el hospital infantil y él te pidió que bailaras con él me fijé en cómo te miraba. Estoy segura de que está enamorado de ti, Lily, que para él fue amor a primera vista.

Lily se temía que su madre se equivocaba.

–Me gustaría creerlo, mamá, pero no es esa la sensación que yo tengo. Daniel no cree en el amor, y yo no estoy dispuesta a conformarme con menos.

–Pues a mí me parece que él puede decir que no cree en el amor, cariño –le respondió su madre con una sonrisa, levantándose del sofá para ir junto a ella–, pero te aseguro que en esto no me equivoco porque hay cosas que solo una madre sabe: Daniel te quiere con todo su corazón.

–Pero…

–Dale tiempo –la interrumpió su madre, dándole un abrazo–. Verás como tengo razón.

El sábado por la tarde Lily no dejó de sonreír cuando un niño tras otro en la librería pedían hacerse una foto con la princesa de los patos. Ni siquiera el autor del libro, que se había vestido del viejo y sabio mago, estaba teniendo tanto éxito.

–¿Nos vamos? –le preguntó Kara cuando el último niño que había en la fila volvió con su madre.

–Sí. Estoy agotada, pero ha sido maravilloso –murmuró Lily masajeándose el cuello.

–Eres la princesa más guapa que he visto nunca –dijo su madre uniéndose a ellas.

–Gracias, mamá –respondió Lily dándole un abrazo–, aunque siendo mi madre me parece que no puede decirse que esa sea una opinión objetiva.

–La tía Lily es una «pincesa» –dijo Flynn orgulloso, acercándose con Matt.

Lily se acuclilló para darle un beso a su sobrino.

–Dime, peque: ¿estás listo para venir a mi casa a tomar tarta y helado?

–Flynn no sé, pero yo sí que lo estoy –dijo Matt sonriendo–. R. J. y yo nos hemos saltado el almuerzo para escaparnos antes del

trabajo y poder venir, y me muero de hambre.

–¿Ya habéis terminado de reunir la información que quería Jack Sinclair? –le preguntó Lily levantándose.

Estaba preocupada por sus hermanos. Se les veía agotados, y estaban soportando un estrés tremendo. Sin embargo, habían hecho un esfuerzo para estar ese día allí, a su lado, mientras que Daniel se había ido a pasar el fin de semana con un amigo.

–Faltan un par de cosas –dijo Matt–; luego ya solo queda esperar a ver por dónde sale Sinclair.

–No hablemos hoy de trabajo –le sugirió su madre–. Hoy es un día para celebrar el éxito de Lily.

Lily comprendía muy bien que su madre no quisiese oír los detalles de lo que había sido para ellos otra traición de su padre. El hecho de que le hubiera legado la mayor parte de las acciones del Grupo Kincaid a su hijo ilegítimo y que hubiera dividido el resto entre sus hijos legítimos tenía que haber resultado muy doloroso para su madre. Probablemente más de lo que cualquiera de ellos imaginaba.

–Lily, ¿te lleva Kara en su coche? –le preguntó Laurel, uniéndose a ellos con R. J. a su lado.

Lily asintió.

–Fue ella quien me trajo –respondió. Luego añadió entre risas–: Y a menos que pretenda hacerme volver a casa andando, tendrá que llevarme.

Todavía no entendía por qué había insistido tanto su hermana en llevarla en su coche al centro comercial. Desde el momento en que se había enterado de que Daniel no iba a asistir a la presentación del libro se había empeñado en llevarla.

Cuando salieron del centro comercial y se subieron al coche de Kara, vio a su madre y a sus hermanos abandonar el aparcamiento en sus vehículos, mientras que Kara parecía absorta escribiendo un mensaje de texto en su móvil.

–¿Estás contestando a alguien que quiere que le organices una fiesta? –le preguntó.

–Eh... sí, el negocio va muy bien –respondió Kara de un modo evasivo. Cerró el móvil, le dirigió una sonrisa y puso en marcha el coche.

Cuando se alejaban del centro comercial Lily no pudo evitar

sentirse triste. Aunque le había hecho muy feliz que toda su familia hubiese acudido a la presentación del libro, había faltado la persona que más le habría gustado que estuviese.

Daniel se había marchado esa mañana temprano para reunirse con su amigo y no regresaría hasta el lunes.

–Estás muy callada –dijo Kara–. ¿Te ocurre algo?

–No, estaba pensando en lo bonito que ha sido el detalle de que hayáis venido todos a la presentación del libro.

Se sentía un poco avergonzada de estar triste porque Daniel no hubiese acudido cuando sí lo había hecho toda su familia.

–Pero te habría hecho más ilusión si Daniel hubiese estado también, ¿no? –adivinó Kara.

Parecía que no había sido capaz de disimular su decepción tan bien como había creído.

–Sí –musitó.

Cuando Kara aparcó frente a la mansión, Lily miró a su alrededor extrañada.

–¿Dónde están los coches de los demás? Salieron antes que nosotras –dijo bajándose del vehículo.

Kara se encogió de hombros.

–A lo mejor se han parado a comprar algo de comer para nuestra pequeña celebración.

–No sé, me parece un poco raro que se hayan parado todos a comprar algo –dijo Lily sacudiendo la cabeza mientras subían hacia la casa.

–Puede que hayan tomado otra ruta y estén en algún atasco.

Al entrar en la casa Kara señaló las escaleras con el pulgar y le dijo:

–Oye, el otro día no tuve ocasión de ver el resto de la casa cuando estuve aquí. ¿Por qué no me la enseñas mientras esperamos a los demás?

–Claro –contestó Lily mientras subían–; espera un momento a que me cambie.

Kara la asió por el brazo.

–No te quites aún el disfraz –le pidió–. Quiero hacer una foto de grupo contigo así vestida.

Lily frunció el ceño.

–¿Por qué?

–Es para mi álbum de recuerdos –le dijo Kara con una mirada suplicante–. Por favor…

–De acuerdo –contestó Lily claudicando. No sabía que su hermana tuviese tiempo para hacer un álbum de recuerdos–. Bueno, pues ya que estamos arriba… ¿por dónde quieres que empecemos la visita?

–¿Por qué no vamos primero al mirador y luego vamos bajando? –sugirió Kara–. Me gustaría ver ese asiento de madera que te ha montado daniel.

–¿Cómo sabes eso? –inquirió Lily entornando los ojos. No se lo había dicho a nadie.

Kara dio un respingo.

–Ah… es que Daniel lo mencionó el otro día. Cuando subiste a quitarte el vestido para que me lo llevara a la modista.

En ese momento le sonó el teléfono móvil, indicando que le había llegado otro mensaje. Cuando lo leyó, sonrió, y volvió a guardárselo en el bolsillo.

–Bueno, llévame hasta ese mirador; por lo que me dijo Daniel las vistas son espectaculares.

–¿No tienes que contestar a ese mensaje? –le preguntó Lily mientras subían.

–No, era solo un cliente para decirme que el evento va según lo previsto.

–Si tenías hoy un evento, ¿cómo es que no estás allí?

Normalmente Kara siempre quería estar presente en los eventos y fiestas que organizaba para asegurarse de que todo salía bien.

–¡Vaya!, sí que tenía razón Daniel: la vista es preciosa –murmuró Kara acercándose al ventanal en vez de contestar a Lily–. Se ven los barcos del puerto.

Lily asintió, acercándose también para mirar las vistas.

Entre los grandes barcos había también algunos veleros.

–Supongo que en primavera y en verano, cuando haga más calor, se verán más embarcaciones de recreo.

–¡Ah! ¡Mira allí! –dijo Kara señalando–. ¿No tiene escrito algo ese velero en la vela?

Lily miró en la dirección que le indicaba su hermana y guiñó los

ojos para intentar ver lo que le decía.

–¡Menuda vista tienes! No me digas que eres capaz de leer lo que pone; está lejísimos.

–Toma –dijo su hermana con una sonrisa traviesa, sacando del bolso unos prismáticos–; usa esto.

Lily frunció el ceño.

–¿Desde cuando llevas unos prismáticos en el bolso?

–¿Quieres dejar de hacer preguntas y mirar de una vez? –la instó Kara sin dejar de sonreír.

El corazón de Lily palpitó con fuerza y las manos le temblaron cuando tomó los prismáticos que le tendía Kara.

Había visto demasiadas veces esa expresión en el rostro de su hermana como para no saber que se traía algo entre manos. Miró por los prismáticos y con el corazón latiéndole como un loco y las piernas temblorosas buscó el velero que Kara había señalado.

En la cubierta estaba Daniel, vestido con un esmoquin, y en la vela mayor, escrito en grandes letras decía: «Te quiero, princesa Lily».

Lily dejó caer los prismáticos sobre uno de los cojines del asiento de madera. Los ojos se le habían llenado de lágrimas y no podía dejar de temblar.

–¿Daniel... me quiere?

Kara le rodeó los hombros con un brazo.

–Pues claro que sí.

–Pero si detesta navegar –balbució Lily, tomando los prismáticos para mirar de nuevo.

–Parece que su amor por ti es más fuerte que su aversión al mar –contestó Kara quitándole los prismáticos de las manos para conducirla luego hacia la escalera–. Venga, bajemos. Tenemos que ir al puerto deportivo a recibir a tu príncipe.

Lily estaba tan emocionada que le parecía que fuera a estallarle el corazón en el pecho mientras Kara la llevaba al puerto deportivo en su coche.

–¿Pero cuándo habéis...? Quiero decir... ¿cómo habéis conseguido...?

–Daniel se puso en contacto conmigo hace casi una semana –dijo Kara mientras aparcaba en el puerto–. Sabía exactamente lo que quería hacer y lo dejó todo en mis manos.

–No tenía ni idea –murmuró Lily.

No podía creerse que hubieran montado todo aquello en tan poco tiempo, y que ella no se hubiera enterado de nada.

–Entonces... ¿lo de que me tuviera que vestir de princesa para la presentación del libro también ha sido cosa tuya?

–Sí, señoría, me declaro culpable –contestó Lily riéndose–. Le conté a la gerente de la librería nuestro plan. Por suerte al autor y a ella les pareció que sería divertido, y después del éxito que ha tenido la idea no me sorprendería que le pidan a otros autores e ilustradores que hagan lo mismo.

Mientras se dirigían al embarcadero donde atracaría el velero de Daniel, Lily sintió que se le llenaban otra vez los ojos de lágrimas al ver al resto de su familia allí esperando. También estaba la madre de Daniel. En el extremo del embarcadero se había levantado un arco de madera decorado con globos dorados, blancos y morados.

Cuando vio aproximarse el velero la duda la invadió: ¿La amaba Daniel de verdad?, ¿o solo había montado todo aquello para que aceptase casarse con él?

Apartó de inmediato esa idea absurda de su mente.

Ningún hombre se tomaría todas las molestias que se había tomado Daniel si no la amase de verdad.

Cuando lo vio bajarse del velero levantó un poco con ambas manos la larga falda del vestido para no tropezarse y fue a reunirse con él bajo el colorido arco de globos.

Al mirarlo a los ojos el amor que resplandecía en ellos la dejó sin aliento.

–Esto va en serio, ¿no?

–Muy en serio –asintió él, y la atrajo hacia sí para besarla–. Te quiero, Lily.

Su familia y los curiosos que se habían congregado a su alrededor prorrumpieron en aplausos. Cuando se unieron a ellos, Lily le dio un abrazo a su madre.

–Tenías razón, mamá: me quiere.

Su madre asintió y se secó las lágrimas con un pañuelo.

–Lo sé, cariño –murmuró antes de darle un abrazo a Daniel–. Me alegro mucho por vosotros dos.

Charlotte, que no iba a ser menos, se acercó para besar a Lily en la mejilla.

–Gracias por hacer a mi hijo tan feliz; nunca lo había visto así –le dijo en un susurro. Luego se volvió hacia su hijo con una sonrisa y le dijo–: Tenías razón, Daniel: es una esposa digna de ti.

–Gracias –le respondió él–. Eso significa mucho para mí.

–¿Qué ha querido decir tu madre con eso? –le preguntó Lily mientras seguían avanzando, recibiendo las felicitaciones de todos los presentes.

–Ya te lo explicaré luego –le dijo él con una sonrisa–. Todavía te quedan por ver unas cuantas sorpresas.

–¿Más?

Lily no podía imaginarse nada capaz de superar lo del mensaje escrito en la vela del velero.

Cuando llegaron junto a Kara Daniel le preguntó:

–¿Ya está aquí?

–Por aquí, por favor –les dijo Kara, y les condujo hasta un carruaje de estilo victoriano tirado por dos caballos blancos–. Nos reuniremos con vosotros en la mansión.

Cuando Lily y Daniel se hubieron subido al carruaje y bajaban por East Battery, ella se volvió para besarlo en la mejilla.

–No puedo creer que hayas hecho todo esto por mí.

–No me has dejado otro remedio –dijo él guiñándole un ojo. Le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia sí para protegerla del aire fresco del atardecer–. Sabía que si te decía simplemente que te quería no me creerías.

Lily sacudió la cabeza.

–Probablemente no. Pensaba que no creías en el amor.

–Y era verdad –Daniel la besó en la frente–. O al menos no hasta que le pedí a una princesa preciosa de cabello pelirrojo y los ojos azules más bonitos que he visto que bailara conmigo en aquella fiesta benéfica. En el momento en que la tuve entre mis brazos me enamoré. Lo que pasa es que era demasiado terco para admitirlo.

Daniel inclinó la cabeza y tomó sus labios con un beso tan tierno y apasionado que los ojos de Lily se llenaron de lágrimas. Daniel la quería, y ella lo quería a él con todo su ser.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la mansión, Charlotte y su familia estaban esperándolos. Pasaron al comedor. En la larga mesa había, entre otros manjares, una tarta enorme con unas figuritas de un príncipe y una princesa en los alto, y escrito en letras de color

púrpura sobre la cobertura de color blanco podía leerse: «Felicidades».

–¿Felicidades? –leyó Lily en voz alta. Miró a su familia y vio que estaban todos sonriendo–. ¿Por qué?

Daniel solo le había dicho que la quería; no le había pedido que se casara con él. Su sugerencia pragmática de hacía un par de semanas de que deberían casarse por el bien del bebé no contaba, pensó algo enfurruñada.

Sin embargo, antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, Daniel hincó una rodilla en el suelo y delante de su familia y de su madre la tomó de la mano.

–Lily Kincaid, te amo más que a mi propia vida. ¿Querrás hacerme el honor de ser mi esposa?

Hasta ese momento Lily no había visto el hermoso anillo con un diamante engarzado que Daniel había acercado al dedo anular de su mano izquierda.

–¡Oh, Daniel! Sí, sí que quiero –murmuró emocionada, y las lágrimas empezaron a rodar una tras otra por sus mejillas–. Te quiero tanto... Sí, me casaré contigo.

Daniel le deslizó el anillo en el dedo, se levantó y la atrajo hacia sí.

–¿Quieres que le demos ahora la noticia a todos? –le susurró al oído.

Lily asintió.

–Ahora que estamos todos reunidos no podría haber mejor momento.

Daniel la tomó de la mano y se volvieron hacia los demás.

–Lily y yo tenemos algo que deciros –les anunció, y sonrió a Lily.

–Vamos a tener un bebé; nacerá a finales de verano –dijo Lily, y alzó la vista hacia el rostro del hombre al que amaba, sonriendo también.

Toda la familia prorrumpió en vítores, y Lily se sorprendió al ver a su madre y a la madre de Daniel fundirse en un abrazo entre lágrimas. Probablemente las dos lo habían sabido desde hacía semanas, porque las madres intuyen esa clase de cosas, pero ahora por fin podían celebrarlo y expresar su alegría.

–Me alegro mucho de que vayáis a casaros y de que venga un niño en camino –dijo Kara antes de abrazar a Lily–. Espero que me

dejes organizar tu boda y el *baby shower*.

–No dejaría que lo hiciera nadie más –le aseguró Lily–. Todavía no puedo creerme todo lo que has montado hoy para nosotros; eres increíble.

–Sí que lo es. Gracias por todo, Kara –le dijo Daniel con una sonrisa–. Cuando la llamé el otro día para decirle lo que tenía en mente nunca pensé que fuera a convertirse en esto. Te has superado. Esto es más de lo que habría podido imaginar.

Kara sonrió, visiblemente complacida.

–Me alegro de haber podido ayudar, y que os haya gustado el resultado –dijo. Luego se volvió hacia Lily y añadió–: Cuando hayáis escogido una fecha dímelo: estas cosas es mejor prepararlas con tiempo.

–Te lo diremos en cuanto lo sepamos –le prometió Lily.

***

Horas después de que su madre y la familia de Lily se hubieran marchado, Daniel y ella estaban sentados en el mirador, con ella acurrucada en sus brazos mientras disfrutaban tranquilamente de las vistas.

–Te quiero, Lily –murmuró besándola en la frente–, más que a nada en el mundo.

Ahora que había admitido lo que sentía por ella era como si no pudiera dejar de decírselo. Claro que tampoco parecía que a Lily le molestara oírlo. Cada vez que se lo decía sus ojos azules brillaban de un modo especial.

–¿Cuándo quieres que nos casemos? –le preguntó ella recostándose en su pecho mientras miraban el cielo estrellado.

–Cuanto antes mejor –dijo él sin vacilar.

Lily asintió.

–Yo también. Le preguntaré a Kara a ver qué fechas tiene disponibles.

–La verdad es que yo estaba pensando que podríamos casarnos primero por lo civil, y luego celebrar una gran boda en otoño, después de que nazca el bebé –le dijo Daniel, esperando que a Lily no le pareciese mal.

Ella se quedó callada, y Daniel estaba empezando a pensar que

su sugerencia la había enfadado cuando contestó:

–Me parece bien. Sería bonito casarnos a mediados de octubre, en la fecha en la que nos conocimos en aquel baile benéfico.

–Buena idea –respondió él–. Octubre es mi mes de la suerte.

Lily giró la cabeza para mirarlo.

–¿En serio? No sabía que tuvieras un mes de la suerte.

–Hasta el año pasado no –contestó él con una sonrisa–. Pero se convirtió en mi mes de la suerte desde que te pedí que bailaras conmigo.

–Buena respuesta, señor Addison –murmuró Lily, y lo besó en la barbilla–. ¿Quieres volver a ser un hombre con suerte? –le susurró tentadora.

Daniel se rio suavemente.

–Esta noche no, cariño. Ha sido un día con muchas emociones y estoy seguro de que cuando bajemos al dormitorio y nos metamos en la cama te vas a quedar dormida en cuanto pongas la cabeza en la almohada.

–Supongo que tienes razón –murmuró ella ahogando un bostezo.

Los dos se quedaron callados un buen rato antes de que Lily volviera a hablar.

–Gracias por hacer mi sueño realidad –le dijo.

Daniel la tomó por la cintura para girarla hacia él y sacudió la cabeza.

–Fue tu padre quien te dio este castillo, princesa –dijo mirándola a los ojos.

–Es verdad –admitió ella poniéndole una mano en la mejilla–, pero tú eres el príncipe que siempre pensé que llegaría un día en su barco, mientras yo lo esperaba asomada al mirador. Eres el príncipe con el que voy a vivir en el castillo y que me ayudará a llenarlo con las risas de pequeños príncipes y princesas –murmuró antes de besarlo en los labios–. Te quiero, Daniel.

–Y yo a ti, Lily. Te querré siempre… por siempre jamás.